

BIBLIOTECA DEL RENACIMIENTO LITERARIO

LA
MONJA

NÓVELA MÉDICO-SOCIAL.

(TERCERA PARTE DE *EL CURA*)

POR

EDUARDO LÓPEZ BAGO

Quinta edición

La moral moderna consiste en
buscar la causa de los males
sociales, analizándolos y sometien-
diéndolos al experimento.
CLAUDIO BERNARD.

ADMINISTRACIÓN

Calle de Don Martín, número 13

Teléfono 3.007

DEPOSITO

OPICIS

OBRAS DE EDUARDO LÓPEZ BAGO

La Prostituta , novela médico-social, quinta edición corregida.....	3 pesetas.
La Pálida , novela médico-social (segunda parte de <i>La Prostituta</i>), séptima edición corregida. (Estas dos obras, denunciadas por el Gobierno, por supuesto delito de escándalo y ataque á la moral, á la decencia pública y por el Tribunal Supremo).....	3 »
La Buscona , novela médico-social (tercera parte de <i>La Prostituta</i>), sexta edición...	3 »
La Querida , novela médico-social (cuarta y última parte de <i>La Prostituta</i>), segunda edición.....	3 »
El Cura (caso de incesto), novela médico-social. (Ha sido también objeto de una denuncia gubernativa, y sometido su autor al proceso criminal, recayendo el sobreseimiento libre.) Cuarta edición.....	3 »
El Confesionario (satiriasis), novela médico-social (segunda parte de <i>El Cura</i>). Tercera edición.....	3 »
La Señora de López (primera parte de <i>La Mujer Honrada</i>).....	3 »
La Soltera , (segunda parte de <i>La Mujer Honrada</i>).....	3 »
La Desposada (tercera parte de <i>La Mujer Honrada</i>).....	3 »
Carne de nobles (primera parte de una serie).	3 »

DE OTROS AUTORES

El Fango del Boudoir (<i>doble adulterio</i>), novela social, por R. Vega Armentero.....	2 »
El Señor Obispo , novela por J. Zahonero.....	2 »
Crimen legal , novela por Alejandro Sawa....	2 »

65-195

2
181320

Lta Monja

MARIANO NUÑEZ SAMPER.—EDITOR.
SUCESOR DE JUAN MUÑOZ SÁNCHEZ

LA
MONJA

NOVELA MÉDICO-SOCIAL

(TERCERA PARTE DE *EL CURA*)

POR

EDUARDO LÓPEZ BAGO

La moral moderna consiste en
buscar la causa de los males
sociales, analizándolos y some-
tiéndolos al experimento.
CLAUDIO BERNARD.

ADMINISTRACIÓN
Calle de Don Martín, número 13.
Teléfono 1.007

—
1904

Es propiedad.
Queda hecho el depósi-
to que marca la ley.

Establecimiento tipográfico de M. Núñez Samper
Don Martín, 13.—Teléfono 1.007.

LA MONJA

I

Así hablaba con ella el confesor:

«—Dices que quieres ser monja, y dices muy bien, porque no puedes elegir más digno estado en la estimación de los hombres. De tal suerte veneran éstos á la que deja el siglo por la clausura, que lo mismo es verla vestir el hábito que tenerla por santa y encomendarse al fervor de sus oraciones. Y verdaderamente con razón, porque contemplan en ella una esposa de Jesucristo, y que en el primer paso de su heroica empresa toma la resolución de encerrarse toda la vida: valentía de espíritu, á que apenas se atreve ningún hombre.

»Ezequías se mostró inconsolable porque Dios le sacaba del mundo á los treinta y nueve años; y las que sienten, como tú, esa vocación, dejan al mismo mundo á los veinte, á los diez y ocho y aun á los quince; y no sólo sin sombra de desconsuelo,

antes bien bañado el rostro de alegría y de dulzura el corazón. Aquél, además de ser hombre, era rey ejercitado en el ruido y bravura de las armas; tú eres una niña criada entre blanduras y timideces. Aquél llamaba principio de la vida á casi cuarenta años de edad; tú, la mitad, y aun antes de la mitad de estos años, cuentas por fin de la tuya, pues nunca más quieres vivir para ti, sino á Dios y por Dios.

»He aquí por qué se admiran los hombres al ver que una tierna y delicada doncella trueca las galas por el sayal, el regalo por la mortificación, la libertad por la obediencia, y las anchuras del siglo por la estrechez de la clausura.

»De esta admiración nace el deseo que todos tienen de verla, y de esto mismo compungirse muchas veces los pecadores, avergonzados de su mala vida. De esto, enternecérselos las entrañas á todos los circunstantes y derramar lágrimas de consuelo. De esto, en fin, dar mil enhorabuenas á los padres de las que se encierran, por haberles cabido la dicha de tener una hija que supo elegir tan divino Esposo, el cual no la amará menos en la enfermedad que en el tiempo de la salud, ni en la vejez que en la primera edad. Por todas estas consideraciones, cuantos la miran la felicitan, la llenan de bendiciones, la veneran como á santa,

y no pocos la imitaran y siguieran entonces, si pudiesen.

»De la complacencia que de esta aclamación reciben sus padres, baste decir que, ya desde aquella hora, acuden á la hija monja en todas sus aficciones, porque tienen para sí que si ella se estrecha con el Señor, alcanzará cuanto pidiere. Y así, que sea luz en las dudas, paciencia en los trabajos, ó alivio en la tribulación, todo lo ha de conseguir, porque nada negará el soberano Esposo á la que se le entregó por esposa, con tan invariable ternura, que dice en su corazón: *Mi Amado es todo para mí y yo todo para Él*. Oye, por último, esto, que merece mucha atención. En los conventos, que precisamente no requieren nobleza ni calidad distinguida, sucede á veces que se entra á monja una pobre criada. Y hay que ver entonces cómo repentinamente su ama muda de estilo y la trata como á hija y aun con respetos de señora. La mayor sirve á la menor, y con tan devoto empeño, como si aquel obsequio fuese interés suyo y no dé la favorecida. ¡Tanto como esto—terminaba el padre Aeebedo, cruzando las manos, mirando al techo del oratorio y cerrando por fin los ojos,—tanto como esto vale en la estimación de los hombres dejar una doncella al mundo y meterse en religión!»

Luego no pasaba un día sin que el confesor llevase alguna nueva adquisición para enriquecer la biblioteca de la joven, que era una bonita *étagère*, en la que se alineaba; encuadernados en piel de Rusia, una escogida colección de libros místicos: *La Vida de Santa Teresa*; *La Introducción á la vida devota*, por San Francisco de Sales; *La verdadera esposa de Jesucristo*, por San Alfonso de Ligorio; el *Retiro espiritual*, del padre Luis de Bourdaloue, y el *Libro de las fundaciones*.

Demás de esto, acordó, para que mejor eligiera y más concretamente, hacerla conocer las diferentes reglas; y Melita pasábase el día leyendo la de San Agustín y constituciones para las hermanas religiosas de la Visitación, la de las dominicas de la segunda orden y la de las monjas de Santa Clara; asustábanle un poco las carmelitas descalzas, y aún en aquellas otras encontraba algunas empresas demasiado árduas y muy reñidas con sus costumbres de muchacha aristocrática; pero todo lo dominaba y vencía la palabra elocuente de Román.

—Padre, mire Ud. lo que dice aquí (y abriendo el libro, leía): «El lavar el cuerpo y el uso de los baños no sea frecuente; pero se podrá conceder según los intervalos de tiempo hasta aquí acostumbrados, esto es, una vez al mes.»

—Y ¿qué, hija mía? ¿Qué hay en eso, para que te sorprenda?

—¡Oh! Nada, padre; pero..... yo me figuré que la limpieza del cuerpo debería correr parejas con la del alma..... El baño es un aseo.

—El baño es una medicina—replicó el cura con la más profunda convicción.—Una medicina que á las veces se convierte en veneno. Créeme: no porque el Apóstol haya dicho que las esposas de Jesús deben ser limpias en cuerpo y alma, ha de olvidarse que para mantener entera la castidad tiene que ser la monja muy prudente; pues á las prudentes y no á las necias, admite el Soberano Esposo á sus bodas, y esta prudencia le enseña lo primero á tratar su cuerpo con el mismo recato que si fuese cuerpo extraño. Alguna vez parece provechoso lo que es conforme á nuestro deseo, y, lejos de aprovechar, daña.

El confesor continuaba ponderando los beneficios del estado monjil, y recordaba todos los piropos que á las que se meten en religión prodigara el *suavisimo doctor* y gloriosísimo mártir San Cipriano, llamándolas flores del jardín de la Iglesia, ornamento de la gracia, región de la espiritual alegría, viva copia de la eterna santidad, y porción la más ilustre del rebaño de Cristo. Hablando de la castidad, decía que en la de las

profesas lucen continuas flores y se propaga la fecundidad de la Iglesia santa. Y á imitación de San Ambrosio, el más elegante y celoso predicador de la virginidad, llamaba principal á esta virtud, que dijo ser característica de las monjas, teniendo por imposible saberla declarar con palabras, y aun llegarla á comprender con humano entendimiento. «Y no es mucho, añade el santo doctor, porque esta virtud no salió de la tierra, sino del cielo; y no del cielo como se quiera, sino del seno del Padre celestial; de manera que la virgen que se desposa con Jesucristo es altar consagrado á Dios, hostia viva y agradable á la Divina Majestad, y está significada en aquella felicísima Reina que, según el real Profeta, se sentó á la derecha del Soberano Monarca vestida de oro y adornada de joyas de inestimable valor.»

Comparó otro día el matrimonio con Jesús al matrimonio con el hombre, en estos términos:

—Si la doncella que se casa es bien heredada de la naturaleza, tiene al marido en continuas zozobras. Rara vez puede ella decir una palabra festiva, insinuar la risa ó poner buen semblante á un hombre extraño, que no le dé celos, pasión insufrible, y que Salomón compara con el infierno. Pero si, por desgracia, le sucede lo contrario, si le cuadra aquel mal nombre que ya desde niña

nunca pudo oír con paciencia, discurre tú misma si está expuesta á ser un perpetuo enfado de su marido. Si es fecunda, condenada está á padecer mil dolores, sin contar con los fastidios que acompañan á la fecundidad. Si estéril, será tenida por tronco inútil, y será maravilla que no le resulte de esto mucho rubor y sentimiento. Si su consorte es amable, cada instante teme ser viuda; *mas si de perversa condición, nunca se muere para librarla de tan pesada servidumbre.* ¿Que diré de los sustos y ansias en colocar y guardar sus hijas? ¿Qué del cuidado y afán en educar y encaminar sus hijos? ¿Qué de la amargura de corazón si fuesen necios, traviosos ó desgraciados? ¿Qué de la ordinaria y molesta pensión de la suegra? ¿Qué de las omisiones y engaños de la familia, más atenta por lo común á su interés y ociosidad que al provecho de la casa y servicio de su dueño? Dejo otros muchos trabajos, molestias y pesadumbres, porque basta decir que muchas veces la triste doncella, con todo el precio de su dote y libertad, se fabrica una galera, y compra un fiero tirano en vez de un compañero cariñoso.

Y terminaba:

—Pues de toda esta tribulación, de este pesadísimo yugo, preserva Dios á la que se digna llamar para monja.

Para remachar el clavo, como decirse suele, añadía:

—Sí; Dios le dice á la que toma por esposa, le dice con la voz más tierna y regalada: «Me desposaré contigo sin atender á tu alto ó bajo nacimiento, á tus riquezas ó pobreza, á tu salud ó enfermedad, á tu juventud ó vejez, y mucho menos á la hermosura ó fealdad de tu cuerpo. Porque en mis esposas sólo busco yo la limpieza y hermosura del alma. Porque te compré con el precio de mi sangre, eres mi esclava; pero una vez que por mi amor dejaste el mundo, bien puedes llamarme *Esposo y Padre*, porque de hoy adelante te cuidaré como Padre y te amaré como Esposo. No temas que te deje por otra, como hace cada día la infidelidad de los hombres; porque *Yo soy fiel y verdadero, y todas caben en mi corazón. A todas las quiero y a ninguna dejo, sino á la que antes me deja á mí.*»

Dicho esto, resumía:

—Con esta fineza de expresiones, é infinitamente mayor de lo que yo sé decir ni pensar, habla la Majestad de Cristo al espíritu de la verdadera monja; y así repito, hija mía, que cuando dices que quieres ser monja dices muy bien.

Escuchaba la niña recogíendose y elevando su espíritu, no sólo para comprender, sino para sentir cada una de aquellas palabras; Melita quería afirmar su resolución; es muy fácil lograr que sea Jesucristo el primer amor de la mujer á los diez y seis años. El confesor lo sabía; su empresa, lejos de tener riesgos y retardarse con obstáculos, era cómoda, sencilla. La edad, y, por lo temprano de ésta, la inexperiencia de su penitente, lo allanaba todo.

Reuníasen y trabajaban al mismo fin una porción de circunstancias favorables.

En primer término, la madre servía, no sólo para la amonestación, sino para el ejemplo. La marquesa de Florida, joven aún y excesivamente hermosa, si es que puede haber exceso en la hermosura; dama de la corte, viuda, modelo de elegancia y distinción, dueña de una gran fortuna, sollicitada por lo más selecto de la sociedad aristocrática, había renunciado á diversiones, bailes y teatros, á todas las glorias y placeres mundanos, acogíendose, ya que no al retiro conventual, á la oración y á la práctica más escrupulosa de sus deberes de católica apostólica romana. La misa, el rezo, la confesión y comunión, el ayuno, las lecturas piadosas, eran únicas tareas de su viudez. Pasaba largas horas en

el oratorio, y con el padre Acebedo, el director espiritual, encerrábase no menos tiempo en sus habitaciones, sosteniendo, sin duda, pláticas piadosas y edificantes. Y Melita llegó á pensar que no sería el mundo cosa tan llena de encanto, ni en él debería andar la felicidad muy de sobra, cuando su madre estaba prefiriendo el encierro dentro de los muros de aquel edificio, donde el marqués había muerto, donde ella nació, donde el aburrimiento era, á la postre, un compañero inseparable de cuantos lo habitaban, muy pocos, por cierto, entre dueños y servidores.

Si. Vivir de este modo era vivir como las monjas. La vida del hotel y la vida del convento no debería diferenciarse en nada; y la diferencia, caso de existir, redundando en ventaja de este último; porque en el convento, la soledad no sería tan espantable, y alegraríase la devoción viéndose rodeada, estimulada y asistida por la de sus compañeras en la comunidad.

Luego las reflexiones del confesor, siempre inclinadas, como ha podido ver el que leyere, á corroborar estos juicios y exaltar diestramente una clase especial de sentimientos. Así como ponderaba las excelencias del matrimonio con el divino Esposo y denigraba las del que se celebra con hombre, tenía también dialéctica para *demostrar*

cuántos son los beneficios de los votos de castidad, pobreza y obediencia, y los de la clausura, de cuyo voto refirió á la niña algunos milagros, por los que se viene en conocimiento de cuán agradable es al Señor y con cuánta estrechez lo deben guardar sus esposas.

—En Eciija prendió la peste; y clamando á Dios alzase la mano de aquel terrible azote las monjas de aquella ciudad, que con el hábito y regla de Santo Domingo están bajo la invocación y tutela de Santa Florentina, digna hermana de los Santos Leandro, Fulgencio é Isidoro, se apareció á una de ellas la santa, y le dijo que si votaban la clausura, que no habian guardado hasta entonces, cesaría la epidemia. Votáronla ellas con religioso fervor, y cesó, con efecto, inmediatamente la calamidad que las afligía. El P. Pedro Gil, de la Compañía de Jesús, varón docto, grave y de gran celo de las almas, en su manuscrita *Historia Natural de Cataluña*, advierte que, en la peste que afligió á Barcelona por los años de 1589 y 90, ninguna de las monjas que perseveró en la clausura murió del contagio; pero de las que salieron de ella murieron muchas, y las demás padecieron muchos trabajos.

—Como las hermanas de la Caridad que van á los hospitales—interrumpió Melita.

—¡Oh! Esas, por de contado.

No había en el hotel una sola habitación que no tuviese el mismo aspecto severo. Los tapices oscuros que cubrían las paredes, los muebles antiguos con que la marquesa reemplazó las coquetorías del lujo moderno, todo ello, uniéndose al silencio y la quietud, la ausencia y alejamiento del trato social, daba tan pobre idea de éste y tanta tristeza á la vida en aquel retiro, que Melita acogió cada vez con mayor entusiasmo los exhortos de su confesor.

—¡Oh, sí! ¡Yo quiero ser monja! ¡Quiero ir al convento!

Vocación en que la soledad estaba influyendo principalísimamente. Iba al convento, recordando sus años de colegio, en busca de compañeras con quienes renovar la formación de ternísimas amistades.

—¡Qué bien—pensaba,—qué bien estaremos allí rezando y cantando en el coro todas juntas!

Y se figuró que sería todo muy divertido, y que la verdadera ley social estaba sintetizada en aquellos primeros capítulos de la Regla de San Agustín, que cada vez leía con más gusto:

«Estas son las cosas que os mandamos observar y guardar á las que estáis en el monasterio:

I

»Ante todas cosas, carísimas hermanas mías, sea Dios amado y después el prójimo, porque estos mandamientos se nos han dado en primer lugar.

II

»Observad aquello á que os habéis juntado y congregado, que es á morar unánimes en una misma casa y á no tener sino un alma y un corazón en Dios.

III

»Ninguna diga: *esto ó aquello es mio propio*, sino sean comunes todas las cosas.»

La distribución del día le pareció un encanto. Era una novedad para la aristocrática niña, novedad tan grande como la de no tener vestido propio, aquello de levantarse á las cinco para juntarse en el coro media hora más tarde, adorar el Santísimo Sacramento, leer los puntos de la meditación, decir el *Veni Sancte Spiritus*, y permanecer en oración mental hasta las seis y media; cantar luego las horas canónicas, la Prima, y á las ocho la Tercia, después la Sexta, y, oída la

misa, la Nona. La comida á las diez (y aquí sus recuerdos del colegio la obligaban á leer con regocijo), la recreación hasta mediodía, y desde éste hasta las dos de la tarde las labores, teniendo un descanso de media hora, si les pareciere; luego lección ú oración hasta Visperas, y, acabadas éstas, labores y conversación espiritual hasta Completas, que son á las cinco; siguen las letanias, oración mental, silencio y paseo ó ejercicio corporal de cualquier otro género para espaciarse un poco; á las seis la cena; luego otra vez la recreación; después se reciben las obediencias; á las ocho y media tocar á Maitines y empezar el silencio mayor; siguen Maitines y Laudes, el examen de conciencia, la meditación, y todas las religiosas estarían acostadas á las diez en punto.

- ¡Dios mío!—exclamaba Melita cerrando su libro.—¡Esto es estar sumamente ocupada! Y añadiendo el locutorio, no sé yo qué nos pueda mandar hacer la superiora al presentarnos en las dos obediencias de cada día, á no ser que nos encomiende el mutuo amor de unas á otras y la Santa paz en Nuestro Señor.

Ya se consideraba profesa, y se veía rodeada de sus hermanas en aquellos actos en que se reúne la comunidad, en el Oficio divino, en la ora-

ción mental, en el capítulo, en el refectorio, en las recreaciones y en el ejercicio de lección.

Indudablemente, mejor que el hotel era el convento, mejor la religión que el mundo y mejor el amor divino que todos los afectos humanos.

Esto pensaba Melita, cuyos diez y seis años tenían la ignorancia del primer baile, cuyo entendimiento se aplicaba únicamente a la lectura del *Tratado del amor de Dios*, y cuyo rostro se miraba distraidamente en el espejo todas las mañanas al levantarse, vistiéndose presurosa al hacerlo y diciendo con vocecilla atiplada, persignándose: *Vestidme, Señor, el manto de la inocencia y la túnica de la caridad, y no permitáis, Dios mío, que parezca yo en vuestra presencia desnuda de buenas obras.*

No se llamaba Melita: aquel dictado era una extravagancia, debida al afán materno de buscar diminutivos; su verdadero nombre era Solomé. Tenía muy lindo y gallardo cuerpo, en el que, por delicadeza de organismo, se señalaban muy poco las curvas suaves que desarrolla la hembra, y era todavía ligerísima la sombra que formaban en la carne los primeros brotes de la nubilidad. Rubio el color de su pelo, rubio como el de su madre; blanca la tez y sonrosada en las mejillas, y como en las mejillas, en todos los relieves y sa-

lientes de la forma; azules las pupilas y muy abiertas, que parecían mirar el mundo sorprendidas y extrañadas de verse en él, miradas de angel bajo una frente casta y de nobilísimo modelado; la nariz y la boca eran lo imperfecto: aquella, larga; y ésta de pronunciados labios, grande, fresca, pero carnosa. Manos de niña, esperando todavía su verdadera y definitiva forma, pequeñas, pero no mórbidas; brazos delgados, en que el hueso también luchaba, aunque ya en retirada, con esta morbidez misma; movimientos de niño, sabiamente combinados con actitudes, no de estatua griega, sino de imagen cristiana; peinábase dividiendo por mitad en dos bandas la mata abundosa de cabello, recogiénolas después en la nuca con una gruesa trenza enroscada sobre sí misma, *à la moda de la Virgen*, según le recomendó su confesor; y tenía grandes propósitos de que cortaran cuanto antes todas aquellas ondulaciones doradas las tijeras de la superiora el día de la profesión. Andaba con menudos y lentos pasos, bajando los párpados, sin contonearse, mirando al suelo y cruzadas las manos, ocupándose casi siempre en repasar las cuentas de un precioso rosario de filigrana de oro que estaba bendito por el Papa.

Así se ejercitaba de antemano en las costum-

bres del convento, procurando amoldarse á la especial naturaleza y modalidad de las esposas del Señor; y así, después de vestida, encaminábase al cuarto de su madre, en el que no entraba sin licencia, ni sin avisar, llamando primero á la puerta, y esperando á que la devota dama contestase *!En nombre de Dios!*, también al modo y uso de claustro. Una vez dentro, se arrodillaba y la pedía su bendición. Hecho lo cual, ambas mujeres encaminábase al oratorio, donde el padre Acebedo les decía la misa, que, como ellas, estaba obligada á oír la servidumbre.

En la mesa volvía á repetirse, como si fuera un conjuro, aquel *!En el nombre de Dios!*, que resonaba de un modo extraño en labios de la marquesa de la Florida; decíase, por supuesto, el *Benedicite*, y después de esto, como autómatas, madre é hija desdoblaban las servilletas. Comían en silencio, sin manifestar agrado ni desagrado por los manjares que les servían, y detrás de ellas, el mayordomo cambiaba los platos, mudo también y reprimiendo la comezón frecuente de bostezos.

Melita sabía ya bordar escapularios, hacer confituras, ensartar primorosas lentejuelas en pedacitos de raso, que eran trajes para el niño Jesús; combinar flores de trapo; rizar velas de cera, poniendo entre el rizado tiras de talco de brillantes

colores, y leer en latín, llegando á tal extremo sus adelantos, que supo cómo se traducían aquellos latines al castellano.

Vivía en la pavorosa calma que precede al despertar de los sentidos, y esto no lo ignoraba el sacerdote. Razón suficiente para que procurase ganar tiempo y apresurar el de la toma de hábito y profesión, antes de que el grito de la naturaleza, el grito de alarma que da siempre la juventud, viniera á derribar aquel castillo de naipes, fabricante con maravillosa paciencia á fuerza de lenguaje evangélico y piadosas lecturas; había que aprovechar los diez y seis años de Melita tan ignorantes, que rayaban casi en la estupidez.

De nadie más que de la marquesa era la culpa, y no era cómplice en esta culpa nadie sino el confesor. Si Melita, contraviniendo todas las leyes de la naturaleza, se encerraba en el claustro creyendo obedecer á vocación para la vida religiosa, ellos dos eran responsables de lo que en lo futuro pudiera gritar desesperado aquel sexo inútil, aquella juventud condenada á la muerte, alejada á sangre fría de lo que es vida, en cuanto significa fecundidad.

—Tengo vocación de monja—exclamaba Melita, sin sospechar lo imposible de la frase, porque el padre Acebedo y la marquesa, la madre y

el sacerdote, llegaron á convencerla de las mejoras que iba á tener su existencia en aquel estado.

Y la palabra que sintetizaba su aspiración al voto de pobreza, de castidad, de obediencia y de clausura, era en aquella niña sincera; hasta el punto de estremecer á los que la oían. En realidad, deseaba cambiar y modificar, porque la variedad y la transformación son los dos grandes anhelos de la juventud. Sentíase atraída hacia la pobreza, porque en la heredera de un título y de una fortuna, acostumbrada desde su nacimiento á la riqueza y al mando, carecer de todo y obedecer era novedad y cosa divertida. La clausura comparábala con la pensión de interna en el colegio. Encerrada, sí, pero encerrada con veinte ó treinta mujeres, que serían otras tantas amigas suyas. ¡La castidad! ¡Bah! Leyendo las diferentes constituciones y reglas de las ordenes religiosas, al llegar al capítulo que de tal virtud se entretenia, lo que es la insistencia y el sinnúmero de amonestaciones en que eran minuciosos para pregonar una cosa tan sencilla, no se los explicaba.

Por ejemplo, San Agustín, en su regla, hacía un solo capítulo para estas pocas palabras:

«CAPÍTULO XXII

Entre vosotras no debe haber amor alguno carnal, sino solamente espiritual.»

¡Qué tontería! Un solo capítulo para demostrar á lo sumo que San Agustín era un bendito de Dios, y que, como conviene á todo verdadero santo, no sabia nada de estas cosas. «Mire usted—pensaba Melita, — mire Ud. que sólo á un santo se le ocurre recomendar á las mujeres que no tengan entre sí amor carnal. Yo no se de esto una palabra, y sé mas que él, porque el amor carnal no existe más que entre personas de diferente sexo.» Y sonreía picarescamente, llamando *ignoración* á San Agustín.

Parecía que exageraban mucho los primores de esta virtud y los tormentos á que estaban condenados los que tenían que luchar en el claustro con las tentaciones. No comprendía á San Juan Crisóstomo cuando aconseja el matrimonio, asegurando que, por la privación del estado que se puede tomar licitamente, se experimenta después en el convento la mayor rebeldía del apetito, más recia la batalla de los pensamientos y más brava y furiosa la tempestad de la carne, viéndose forzadas las religiosas á caminar sobre

ascuas encendidas y á llevar continuo fuego en el seno, que por su malignidad las reduce á miserables canizas.

«Sirva de escarmiento, leyó un día en uno de los libritos que la regalaba Román; sirva de escarmiento y aviso el ejemplar castigo que paso á referir. El convento coludiense, fundación de la devotísima Santa Ebba, fué reducido á cenizas, después de haberse abrasado las monjas en el fuego de la sensualidad, por su excesivo trato y conversación con los hombres, sin que bastasen las repetidas amonestaciones y correcciones de la santa para retraerlas de tan peligroso comercio.» Y añadía el autor: «¡No hay cristal que tan fácilmente se empañe y quiebre como la castidad religiosa!»

Estas exclamaciones y tamaña ponderación resultaban para la hija de la marquesa enigmas y asuntos incomprensibles. Ella trataba mucho á su confesor, hablaba con él largamente: al fin y al cabo era el padre Acebedo un hombre, muy guapo por cierto, y, sin embargo..., jamás encontró empañado ni roto aquel cristal, ni tuvo fuego en el seno, ni caminó sobre ascuas encendidas; y con los criados de la casa, hombres también, le sucedía lo mismo, sin contar los muchos seres que encontraba en sus cortas y raras ex-

curSIONES fuera del hotel, camino de la iglesia por la mañana, ó en los retirados paseos á que iba con su madre algunas tardes.

¡La carne y el amor! De la carne no dudaba, porque era carne su cuerpo; pero del amor dudaba mucho; y de que lo carnal llevase á la pasión, tenía lo por absurdo.

—Sé prudente—la decía Román, y esta prudencia te enseñará á traer modestos los ojos; que si andan sueltos y libres, introducen ladrones en el alma. Sea tu modestia y recogimiento habitual, para que en la ocasión imprevista obre la santa costumbre y no el descuido; á menos ver, menos llorar: luego si quieres librarte de este inconsolable llanto, nunca permitas libertad á los ojos; y si me quieres creer, tampoco les permitas el espejo, pues no has de agradar á otro que al celestial Esposo, que sólo mira á tu alma. Sustituye á la adulación del espejo la vista de Cristo crucificado, y en este espejo divino conocerás lo mucho que vale y cuesta tu alma. Sustituye una imagen de la Santísima Virgen, imitando la modestia de sus castísimos ojos, y merecerás su asistencia en la peligrosa batalla de la castidad.

¡La carne y el amor! ¿Qué era aquello? Algo muy formidable, cuando tan en guardia querían que estuviese contra sus ataques.

¡Que quitara el espejo de su cuarto! ¡Que no se mirasel Y ¿por qué? Con mirarse no podía sucederle nada. Se puede asegurar. Melita, al ver su rostro, no decía más que una cosa: «Esa soy yo.» Diez y seis años ignorantes hasta la estupidez, lo repito. Jamás llegó á dar al reflejo de aquella imagen suya el comentario que la mujer añade siempre: «Esa soy yo. ¡Yo, que soy hermosa!»

No llegó á comprender nunca por qué el *Directorio de las cosas espirituales* recomendaba tanto que las religiosas fuesen muy ligeras en desnudarse á la hora de dormir, procurando, al meterse en la cama, no descubrir jamás ni mirar desnuda parte alguna de su cuerpo; ni por qué, por último, aconsejaba el quedarse dormidas con algún buen pensamiento, «porque, añadía el *Directorio*, hay un demonio que vela sobre nuestro sueño para inficionarle con feas imaginaciones, y otro que acecha al despertar para llenar la fantasía de mil vanas é inútiles especies».

Sus noches no eran así. No eran como las de las monjas, y sin duda Satanás estaba esperando á que tomase el hábito para acordarse de ella. Si por azar, distracción ú olvido de las amonestaciones anteriormente dichas, al desnudarse descubría sus carnes, mirábalas sin complacencia, sin acertar á comprender que pudieran surgir de aquella con-

templación pensamientos de ningún género, á ser los mismos que ante el espejo tuvo, cuyo alcance era literalmente posesivo: «Este es *mi* pecho; ésas son *mis* piernas.» Y se acostaba de prisa, no por temor al demonio, sino porque estaba desnuda y por miedo al frío. Una vez acostada, soñaba con altares, con el claustro y con la iglesia, y todo lo más humano de sus visiones era una superiora que tenía la cara de la Virgen de su devoción. La Purísima.

¿Qué *feas imaginaciones* eran aquellas de que hablaba el *Directorio*? Hubiera deseado Melita que el autor, dejándose de vaguedades, fuera más explícito, diciendo, por ejemplo: «Las monjas ven en sueños tal cosa.» «Y así es como una sabe á qué atenerse. Y sobre todo—llegó á decir una vez con acertada claridad de juicio,—así sabe una adónde va, en lo que se mete y á lo que se expone.» Y al decirlo, no se figuraba sino que debe ser muy terrible tener todas las noches pesadillas; porque ella tuvo una, soñando que se caía desde lo alto de una torre y que no llegaba nunca al suelo, y sufrió mucho hasta que logró despertar, dando un grito. ¿Sería algo así? Se lo preguntó á su madre.

—No, hija mía, no; tranquilízate, no es nada de eso.

Luego la madre Gertrudis, comentando el caso á solas con Román, exclamaba:

—¡Es la pura inocencia! ¡Si es de lo que no hay! ¡Nacida para eso, para casarse místicamente con Jesucristo!

Lástima que la ciencia no hubiera llegado á intervenir en aquellos comentarios muy oportunamente. La ciencia, con la hermosa y pura franqueza de su lenguaje, era la única que, interrumpiendo el diálogo absurdo entre aquella devota aristocrática y aquel sacerdote enfermo y fanatizado, podía decirles la verdad del suceso: declarar que la inocencia es contraria al orden natural, y sólo existe en la infancia; y cuando después de la infancia se prolonga, acusa positivamente un retraso de la pubertad. Que cuando el organismo nada pide, no es milagro que nada se desee; pero que los instintos son superiores á todo; y si aparecen, si mandan, no hay inquisición más minuciosa que la de buscar sin saber qué y encontrar el objeto propio, ni fenómeno más admirable que ver la mayor ignorancia convertida en la más grande sabiduría.

Eso. Nada más que eso. Melita no era mujer todavía. Por ello, el confesor apresuró cuanto pudo el día de la toma de hábito. Había que ganar la mano al enemigo.

II

Fué recibida de novicia en Toledo; salió de Madrid para hacer su primer viaje, que sólo duraba algunas horas, risible por esto, triste por su fin; que era un encierro. Viajaban en su compañía Gertrudis y Román: ella, la madre, mirándola durante todo el trayecto con gran ternura; y el confesor, con cierto éxtasis de creador que contempla su obra. ¡Qué hermosa estatua de virgen cristiana había esculpido el cincel de sus consejos, y qué bien resaltaría en el coro entre todas las de la comunidad!

Desde el hotel á la estación tardó el carruaje media hora, porque es grande la distancia. La ronda de Atocha y las Delicias impresionaron á Melita desagradablemente. Las afueras de Madrid son lo más á propósito para inspirar la repulsión y el asco. Quedóse maravillada al contemplar la estación nueva, aquella gigantesca

construcción de hierro y cristalería, que hace comprender en la industria moderna bellezas artísticas de un estilo nuevo, con las cuales no estamos familiarizados todavía, nosotros los adoradores de la piedra labrada por el árabe, el godo ó el romano, adornada de penachos de hiedra y enrojecida por el tiempo, hendida y rota á veces por el hachazo de los siglos, que deja en las catedrales la misma herida que á su Moisés hizo en el muslo Miguel Angel.

Desde lejos, en su aspecto exterior, la estación de las Delicias tenia la nota de solidez y de limpieza, y se recordaba, al verla, el dibujo hecho en papel de calco con tinta china, la hermosa exactitud de la geometría, la pulcritud bellísima de las líneas rectas.

Ya en el andén, la futura monja, atolondrada por el ruido, contempló los encadenados vagones, las máquinas de vapor inmóviles, esperando la señal de partir, lanzando á intervalos iguales chorros de vapor, silbidos estridentes y humo por la descarada altivez de sus chimeneas, reluciendo en las ruedas los volantes como músculos de acero que se recogen y preparan para el salto; el padre Acebedo, convirtiéndose en *cicerone*, no dejó de decirle que todo aquello era el progreso moderno, los adelantos del siglo, los inven-

tos de que el hombre se vanagloriaba, inventos hechos por *el mundo* al ponerse de acuerdo con *el demonio* para procurar bienes y comodidades á *la carne*. Esto no obstante, tomó un reservado, y nuestros tres personajes se acomodaron en el departamento de primera. A las ocho lanzó la máquina un silbido más poderoso; todo el tren experimentó una conmoción de adelante atrás, jugaron los volantes, y la locomotora, con su carga, salió majestuosa y lentamente de la estación. Sentóse Melita junto á una ventanilla, el confesor á su lado, y enfrente de ambos la marquesa.

El viaje de Madrid á Toledo no es lo más á propósito para distraer alegremente el ánimo. Llanos inmensos, en que apenas de vez en cuando resalta sobre la morena tierra una figura humana, la del labriego en mangas de camisa, encorvado, pesando sobre la esteva, trazando penosamente el surco, insuficiente ya, del arado romano; raquíticos olivos, aspecto general de abandono, espacios en que no verdea ninguna hierba; la propiedad dividida en pequeñas partes hasta lo infinitamente pequeño, la gran miseria de España patentizada en estas subdivisiones.

El tren se desliza sobre los rails en una vía desierta; de trecho en trecho sale de una casita una

mujer ó una chiquilla desarrapada para desplegar al paso de la locomotora el banderín de señales; pero esto á largas distancias, y haciéndolo con los aburridos movimientos, con las actitudes de enojo de los que cumplen un deber, y para cumplirlo ven turbada su quietud é interrumpida su soledad.

Allá á lo lejos se ve una ermita que, según dicen, es el centro geométrico de España; por algunas veredas sorprende el paso de los vagones gentes que van de un pueblo á otro, mujeres montadas en horriquillos, hombres á caballo, que echan por los terrones á campo travieso; y las ondulaciones del terreno tan escasas son, que no los ocultan jamás á la vista de los viajeros. La locomotora se detiene ante estaciones de pueblos pobrisimos, cuyas casas tienen el color mismo de la tierra, y allí bajan algunos de los que van en los departamentos de tercera clase. En una de estas estaciones, Melita experimentó un poco de regocijo. Era indudablemente un pueblo rico: los habitantes, á juzgar por el grupo de los que había en el andén, eran gente alegre y sana, contenta de vivir, usando á voces del don de la palabra, prefiriendo reir á charlar, y llevando airosamente colgadas al hombro las alforjas de colores chillones, propias de los campesinos de

Castilla. Leyó el nombre del pueblo en el muro de la estación, un rótulo que decía, copiado literalmente.

PANTOJAYALAMEDA

y que, por estar escrito así, todo seguido, sin separación de palabras, producía un trabajo im-
probo á la vista, y al mismo Legouvé, autor del *Arte de la lectura*, hubiérale obligado á deletrear. El cielo contribuyó á la lisonja de las nuevas im-
presiones, que á veces sucede esta intervención
artística de la naturaleza en sus obras, y así, en-
tonces, de improviso, despejéronse los nublados,
y el sol, oculto durante las primeras horas de la
mañana, envió sus rayos de luz para más acre-
centamiento de alegría. Detúvose el tren más
que en ninguna de las estaciones anteriores: hubo
más movimiento, aumentó la carga de viajeros,
y entre ellos se pudo ver un cura vestido de pai-
sano, uno de esos curas de escopeta y perro, que
iba con toda certeza al arzobispado.

Melita, al reanudarse la marcha, se recostó de
nuevo en los cojines del asiento, y sus miradas

siguieron contemplando las llanuras, inundadas ya por la luz solar.

—¡Cosa rara!—exclamó Román.—Vamos á tener buen día en Toledo, lo cual quiere decir que si allí hace sol, hoy en Madrid es muy fácil que esté lloviendo.

Con esta observación se entabló el diálogo á la salida de Pantoja, diálogo que bien pronto quedó reducido á los consejos y advertencias que el padre Acebedo creyó convenientes para preparar á la novicia, y que ésta escuchaba con atención profunda.

—Una vez entrada en religión, no debes tener voluntad propia, hija mía, sino que tu querer y no querer se conformen enteramente con lo que quiere ó no quiere la prelada, y con lo que dispone la Regla y los usos y costumbres introducidos en la casa que tuvieron fuerza de Regla. Por ejemplo: es lícito comer de carne cuando la comen todos los fieles; pero si en estos ó aquellos días manda la Regla que se coma de vigilia, de vigilia has de comer y no de carne. Salvo siempre que el médico ó la prelada, por justos motivos que no debes examinar, no hayan ordenado lo contrario. Lo mismo digo de todas las demás cosas que son permitidas á los del siglo, pero están vedadas á las religiosas, según la variedad

de sus institutos. Pero esto es fácil: lo que sin duda es arduo y difícil, y más en personas religiosas, es negar su propia voluntad cuando lo que ésta pretende es de suyo conforme á la perfección y tiene cara de virtud. Figúrate que siendo de suyo cosa santa el rigor del ayuno, el uso del cilicio, la frecuencia de sacramentos y otras obras semejantes, y que tal vez practica otra religiosa de la casa y es tenida y alabada por ello, la prelada no quiere que tú lo practiques. ¿Qué has de hacer en este caso? Obedecerla á la letra, negar tu voluntad y hacer la de la prelada, creyendo firmemente que en ello haces la voluntad de Dios. Que la prelada lo mande bien ó mal, con prudencia ó con algún género de imprudencia, á su cuenta corre; que tú, haciendo lo que tu prelada mande, cumples con Nuestro Señor, el cual estima más la obediencia que los sacrificios, y prefiere esto á los cilicios y disciplinas y á todo género de buenas obras.

En aquel instante, la niña, que miraba por la ventanilla, no pudo contener una exclamación de júbilo.

—¡Dios mío! ¡Qué bonito!

Era el Tajo, que desarrollaba su rumoroso cauce por la llanura. Los rayos del sol hacían brillar en las aguas del río saltadoras chispas de plata,

movibles estrellitas que iban en la corriente. Los vagones pasaron el puente con una trepidación y estruendo de herrajes que aturdió á los viajeros. Melita, de pie, asomada á la portezuela, viendo las aguas, que se deslizaban bajo los arcos, no podía contenerse.

—¡Mira, mamá! ¡Padre, mire Ud.!

Y luego, como síntesis de sus reflexiones, extendiendo el brazo para indicar con el ademán el más pintoresco sitio de las orillas:

—¡Aquí sí que debía haber un convento!

Mientras la máquina estuvo renovando su provisión de agua, en aquella parada del tren en pleno campo, se sintió conmovida por el espectáculo que llenaba de esplendores el paisaje. Experimentó la fuerte vibración del sentimiento. No supo lo que la pasaba. Se le llenaron de lágrimas los ojos, de sonrisas la boca, y, por último, se arrodilló. Veía claramente que era preciso adorar al Criador de cielos y tierra.

La acción de su hija conmovió á Gertrudis. Ella y el sacerdote miráronse, por primera vez, no como hasta entonces, sino con la conciencia intranquila y el espíritu lleno de recelos. La adoración de Dios en la naturaleza les atemorizó en la que tenía por destino no ver á Dios más que en el templo, no amarle sino en el claustro.

Para llegar á Toledo faltaba poco. Para romper y quebrantar los remordimientos de la madre y el confesor, mucho se necesitaba; ambos se contentaron con las palabras siguientes, dichas por éste último:

—Pronto, *por tu propia voluntad*, entrarás en la santa casa de las esposas del Señor, hija mía. Entiende ahora que en la elección de estado, que es la más ardua de las elecciones, no tienes superior en esta vida. No son dueños de ella tu madre, tus deudos, ni yo tu confesor, sino tú únicamente. Nosotros sólo podemos ser consultores; mas obligarte á ser casada si te llama Dios para religiosa, ni á ser religiosa si Dios te inclina á casada, no hay en el mundo quien lo pueda hacer. Uno y otro estado son caminos de salvación. Porque si Dios aconseja y ama sobremanera la virginidad, también es cierto y de fe que instituyó el matrimonio, y que el Salvador lo elevó á sacramento; que con su presencia honró las bodas, acompañado de su Santísima Madre y de sus discípulos, y que en ellas hizo el primer milagro, convirtiendo el agua en vino. Por fin, también es cierto y de fe que el Apóstol llama al matrimonio *Sacramento grande* por la divina unión que significa entre Cristo y la santa Iglesia. Yo confieso que la virginidad, según todos los San-

tos Padres, es imitación de la vida angélica; mas esto no quita que el doctor máximo la llame *fruto del matrimonio*. Si aquélla es digna de culto, éste, según el Apóstol, es digno de honor y reverencia. Aquélla es mejor en sí, no tiene duda; mas tampoco la tiene que éste es bueno, y que si todos estamos obligados á lo bueno, nadie generalmente hablando, está obligado á lo mejor. Aquélla es oro y éste es plata. Mas así como si Dios llama al estado de la virginidad y se elije el matrimonio, éste no será plata, sino plomo que oprima y abisme; de la misma manera, si llama al estado del matrimonio y se elije el de la virginidad, éste no será oro, sino hierro, y hierro que esclavice y dé que llorar toda la vida, y quizá más allá de la vida.

Melita le miraba sorprendida, y no menos sorprendida fijó después sus ojos en la marquesa, que hizo á renglón seguido esta interrupción:

—¡Oh! Sí. Cásate si quieres, hija mía. Elije libremente. No quiero que puedas decir nunca, ni reprochar á tu madre la vida y el estado que tratas de abrazar.

El padre Acebedo intervino de nuevo.

—Tiene razón la señora marquesa—exclamó, saludándola con una leve inclinación al reanudar su discurso.—Eres libre para elegir, suplicando á

la Providencia que te inspire en qué estado la has de servir. En sus manos tiene tu corazón: inclínele el Señor hacia donde gustare, pues siempre inclinó y llamó los que quiso, cuando quiso y á lo que quiso.

Aquí tosió el cura para variar de tono.

—Si me pides parecer, te diré con el Apóstol que seas monja, pues claro está que, además de ser divino el consejo, nunca te propondré el estado que no quise para mí. Pero al mismo tiempo añadiré que cada uno tiene su don de Dios, y no le tienen todos para guardar perpetua castidad. Mira si tú le tienes, ó fundada esperanza de poderlo conseguir, y nada menos para observar la respectiva pobreza, obediencia y clausura. Si hallas que no, quédate con la bendición de Dios en el mundo. Si hallas que sí, ten por cierto que te llama el Señor á la vida religiosa. Luego es del todo necesario que muy despacio lo consultes contigo misma antes de decidirte.

¡Muy despacio! Jamás tuvieron más carácter y sello de burla los acentos humanos que el que revestían aquellas palabras, dichas dentro de un vagón, á una niña de quince años, mientras que, envuelta en penachos de humo, la máquina avanzaba en gran velocidad hacia el fin de su destino, ¡hacia el convento!

—¡Toledol!—dijeron las voces aguardentosas de la estación.

Abrieron las portezuelas y bajaron los tres; la marquesa y el confesor detrás de Melita, en cuyos oídos resonaban todavía las palabras del sacerdote: «Piénsalo muy despacio.»

—¡Á Zocodover! ¡Á Zocodover!

—¡Eh! ¡Á la fonda de Lino!

Eran los mayores de los ómnibus. En el que entraron mis tres personajes iban, á más de otros viajeros, dos colegas de Román, dos curas de tamaño monumental, que saludaron al padre Acebedo, por razón de compañerismo, con toda la deferencia compatible y permitida á la enorme amplitud de sus carnes. Dos cerdos de sacristía.

La cuesta que conduce á la ciudad imperial súbenla los caballejos al trote largo, entre gritos y latigazos, dejando tras de sí una nube de polvo y una serie no interrumpida de recuerdos artísticos y de perspectivas maravillosas en los accidentes del paisaje. El Tajo rodea la base de la montaña, el fondo de la hendidura sobre la cual tiende el puente sus estribos de piedra. «Allí—dice un *cicerone* improvisado—están los baños de Florinda.» Y se acuerda uno del docto académico á quien se debe el descubrimiento de que la gótica hembra no existió, y por ende la violación

no pudo tener efecto, descubrimiento de biblioteca que ha producido gran sensación en el mundo de los pergaminos. Luego nos sorprenden las ruinas de un castillo, y en las revueltas de la subida, la Puerta del Sol, con sus labradas encaladuras en la piedra, que ha tomado el color amarillento que tienen los encajes antiguos. Desde todas partes se ven los cuatro torreones del Alcázar, cuya masa aplomada domina la ciudad, el valle, y se asoma para verse en la hondura, en el río, á lo más alto de la montaña.

Melita oyó decir allí, dentro del ómnibus, con un evidente acento de satisfacción, y al decirlo, paseando envanecidamente sus miradas por los riscos de la montaña, complaciéndose en ver cómo iban ya sudando por subir la cuesta los caballos que llevaban sus dos moles, oyó decir esto á los dos curas: «¡Vaya, que es *nuestra* ciudad verdaderamente inexpugnable!»—«Cierto, contestó su colega: se concibe que no se pudiera tomar al arma blanca.» Y con tales palabras de comentario, al entrar en Toledo, le pareció á la niña que entraba en una fortaleza, en un nido de águilas y de guerreros de la edad media, en el que era tan difícil pasar el rastrillo, como, una vez dentro, intentar la salida.

Inexpugnable sería; pero Melita, que hubo de

estudiar la historia patria, recordó aquel hermoso reinado de Alfonso VI, la leyenda de cuando fué el rey cautivo, y para sorprender el secreto de la conquista se fingió dormido al oír tratar de ello; y como acometieran al jefe musulmán sospechas de este fingimiento, mandó que sobre la mano del monarca vertiesen plomo derretido, y Alfonso VI no retiró su diestra y soportó la terrible quemadura, que le valió en la historia ser llamado *El de la mano horadada*, de todo lo cual recibió premio y tomó venganza apoderándose de la ciudad.

El ómnibus se detuvo. Habían llegado á una plaza rodeada de bancos de piedra, y en la que á trechos iguales se erguían, formando alameda, algunos árboles. En ella se adivinaba el punto de reunión y cita propio de las capitales de provincia. Discurrían por allí algunos señoritos toledanos, y la mayoría de los paseantes estaba compuesta de militares, cadetes, profesores de la Academia y curas, muchos curas que tomaban el sol, y se adivinaba que hablaban entre sí de dos temas favoritos. El arzobispado y la catedral.

—Toledo—exclamó el confesor al poner el pie en las piedras de la calle.—Esta es Toledo. ¡La Roma de España!

Y el zagal del coche, puesta la mano en la por-

tezuela, creyó conveniente hacer llegar á los oídos de las viajeras aquellas cuatro sílabas sonoras que daban al sitio de parada nombre lleno con los encantos del recuerdo árabe.

—¡Zocodover!

Y es que al zagal le había gustado Gertrudis; la dió la mano para bajar al estribo, y de buena gana la hubie a llamado «¡mi reina!», frase con que era su costumbre piropear á las reales mozas.

Los quince días que precedieron á la toma de hábito, no vivieron en ninguna fonda, sino en casa de un beneficiado de la catedral, que era á la vez de la secretaria de cámara del prelado, hombre de actividad incansable, nervioso y servicial por todo extremo, y agradable en la llaneza y cordialidad de su trato. Estuvo en Madrid en varias ocasiones, y las tuvo de conocer y tratar á Román, que lo hospedó en su casa, por lo cual éste utilizaba á su vez iguales servicios, sin que la marquesa objetase á tal decisión ningún reparo: tal era la dominación que en el ánimo de nuestra heroína de *El Confesonario* ejercía ya el padre Acebéo.

El lector comprenderá los motivos que me llevan á no concretar mis citas y copias hasta el punto de escribir el nombre del convento en que Melita hizo su noviciado. Baste saber que las

profesas observaban la orden de San Francisco, aplicándola á sus constituciones particulares.

Era el convento un edificio modesto, que no demostraba en el exterior cosa alguna superflua ni curiosa. Las paredes, altas y seguras, no tenían más que una puerta fuerte de hierro, que recordó á Melita aquel adjetivo de los curas del ómnibus «inexpugnable»; y las numerosas ventanas estaban colocadas de manera que las religiosas no podían ver ni ser vistas, obedeciendo al mismo plan que se adopta para que entre la claridad en las cárceles. No eran en realidad sino tragaluces. Debían abrirse junto al techo de las celdas. Á espaldas del edificio prolongábase una tapia del espesor de una muralla, elevadísima también, y en sus bardas acribillada de pedacitos de cristal, que eran otras tantas agudísimas puntas. Allí estaba el huerto.

La marquesa, el confesor y Melita, entrando por la comunicación interior de la iglesia, llegaron al locutorio, adonde, anunciada ya su visita y el objeto de ésta, esperábales la superiora al otro lado de la doble reja de hierro.

No se le veía la cara á la buena madre á causa del entrecruzamiento de los barrotes y de estar en sitio hábilmente preparado á una semioscuridad, desde la cual ella podía observar sin ser vista á

sus tres interlocutores, puesto que se hallaban expuestos á mayor luz y más al descubierto.

Ya sabía la monja, por referencias del señor arzobispo nada menos, el rango de la postulante, y así no se detuvo en averiguaciones que no condujeran al fin más próximo. Tenía una voz muy dulce, de mujer joven todavía, y á los oídos de la marquesa llegaban las preguntas hechas con suavísimo tono.

—Tenemos ordenado, señora marquesa—dijo, después de los saludos de rigor,—que no se reciba en la congregación niña alguna que no tenga cumplidos quince años y que no sepa leer, si es que entra para corista, y que al mismo tiempo no muestre gran deseo de la perfección religiosa; cuando alguna niña se propone para ser recibida, ante todas cosas disponemos que venga á casa, y así se lo debo advertir. Tendrás, pues, hija mía—añadió, dirigiéndose á Melita,—que vivir con nosotras algunos días como huésped, para que puedas ser vista y considerada despacio por mí y por las demás religiosas. Cuando yo juzgue que ya es tiempo de proponerla, lo haré en pleno capítulo, pidiendo la entrada y recibo á la comunidad. Tomaré los votos de todas; y si, como espero, se acuerda, la admitiremos á la primera probación, precediendo, ante todas cosas, el consejo de

nuestro padre espiritual. La primera probación durará los días que fuere preciso, y durante ella estará con sus vestidos ordinarios de seglar, para que tenga tiempo de probar y considerar por su propia experiencia si podrá bien ajustarse á las reglas y observancias de la congregación, las que desde luego se le hará que practique y cumpla exactamente. A este fin, desde ahora empiezo por darla á entender que la congregación es una escuela de una total abnegación de sí mismas, de mortificación de los sentidos, de resignación de todo querer humano, y, al fin, un perpetuo ayuno de la propia voluntad. Debo, en suma, decir con claridad que este monasterio no es otra cosa que un monte Calvario adonde las castas esposas de Jesucristo suben á crucificarse espiritualmente, para ser después de esta vida glorificadas con él. La dispondremos por medio de meditaciones y oraciones eficaces para que haga una buena confesión general, si no es que ya la traiga hecha; porque en este caso, sólo la deberá hacer del tiempo que medie entre aquélla y su entrada en el monasterio.

Luego añadió, extremando lo melifluo de su acento:

—Además, esta señorita, supongo que se conformará en tener conmigo alguna expansión y

confianza, contándome sus inclinaciones, su genio....., sus pasiones, es decir, las pasiones que más la hayan dominado hasta hoy, haciéndome, en fin, puntual pero compendiosa relación de su vida y de lo malo ó bueno que hubiese hecho en ella, y esto con toda fidelidad y confianza, para que yo me haga cargo de raíz y entienda mejor cómo debo conducirla y ejercitarla; nada más que para eso—insistió,—porque he de guardar inviolablemente como secreto de conciencia todo cuanto sobre esto se me dijere. (Cambió de tono.) Nos lo manda la Regla.

Seguía acariciando los oídos aquella voz agradable, llena de unción en la palabra, de misterio en la penumbra, cuando terminó de este modo:

—Pasado el tiempo de la primera probación, tomaré los votos de la comunidad; y siendo favorables, esta señorita se prevendrá y se le dará le hábito de novicia.

—¿Y cuándo? ¿Cuándo será eso? ¿Qué es lo que tengo yo que hacer ahora?

—Ya lo he dicho—contestó la monja más insinuante:—manifestar su voluntad.

Entonces Melita se levantó, y con todos sus anhelos dijo:

—Quiero entrar ahí.

Hay cosas que tienen tal fuerza sobre los ner-

vios, que á los más insensibles estremecen. Conmueven tanto, que hacen llorar á los crueles. La marquesa y el confesor sintieron tal emoción, que ella, la madre, se arrojó en brazos de Melita.

—¡Hija mía, piénsalo, por Dios!

—Está pensado —replicó la virgen con firmeza.

¡Ah! ¡La firmeza, el carácter, la resolución, la energía! Cosas muy fáciles de tener á los quince y á los diez y seis años. Se estrenan.

La superiora se levantó.

—Es necesario avisar al prelado. Vengan ustedes mañana, y esta señorita entrará como postulante, para lo cual hoy mismo se votará en el capítulo.

Antes de despedirse:

—Excuso advertir—y aquí se dirigió á la marquesa—que no se recibirá como novicia hasta que se hagan las escrituras de la dote competente que trae, alimentos y propinas, conforme á la tasa y costumbre de este convento. Esta señorita podrá renunciar la legítima paterna ó materna, mas en ninguna manera las herencias que por la línea transversal le puedan venir, y esta renuncia se hará dentro de dos meses antes de la profesión. Creo conveniente que sepan ustedes.....

—Madre, es inútil—intervino la marquesa;—

todo queda hecho en Madrid, conforme á sus necesidades.

—El Señor les de su gracia y les acompañe. Hasta mañana—terminó la voz, dulcificándose hasta lo infinito.

De allí á poco salieron los tres del monasterio; y á la verdad que quien de los tres experimentaba mayor gozo era la victima, á la que tardaba ya para su impaciencia la hora del sacrificio.

—Fuera delito—iba diciendo el padre Acebedo por la calle,—fuera delito no ver hoy mismo la hermosura de la catedral y subir á la torre, para medir á palmos la famosa campana de Toledo.

Gertrudis y Melita aceptaron la proposición, y allá se encaminaron antes de regresar á casa del beneficiado.

La catedral impresionó profundamente á Melita. Ella no sabía qué era aquello: no podía juzgar de las sensaciones que el arte remueve; pero se arrodilló y rezó bajo los altos cruzamientos de la arquitectura ojival. En esta disposición de ánimo, emprendieron después la subida de la estrecha y oscura escalera que conduce á la torre. No esperaba ciertamente una reacción por todo extremo distinta.

Llegaron.

En lo que menos se fijó Melita fué en la brutal masa de bronce de doce pies de altura y de mil quinientas cuarenta y tres arrobas de peso. En el suelo estaba el badajo, cuya ponderación era en libras de número igual á la de arrobas citada. El que la campana tiene puesto llamó en cambio poderosísimamente la atención del padre Acebedo, que habló breves instantes en voz baja acerca de tal asunto con el campanero.

—Fíjese Ud.—decía éste:—el maldito que lo fundió sin duda era un réprobo, un condenado, y quiso burlarse. Mire Ud. qué forma tiene. ¿A qué se parece?

La marquesa, que escuchaba, se fijó también, y hubo de ruborizarse.

—Así es que cuando se tira de la cuerda, y se mueve de un lado á otro, y choca en las paredes de la campana... ¡Le digo á Ud., padre, que estamos escandalizados!

Y Román exclamó:

—¿Pero el prelado, ¿no resuelve nada? Hay que poner otro. ¡Eso es una indecencia!

El campanero se encogió de hombros, y filosóficamente comentó: «Hay que confesar, no obstante, que es una brava pieza.»

Melita, entre tanto, iba de una ventana á otra,

saciando las miradas desde aquella altura en la contemplación de Toledo á sus pies. Sentía lo que debe sentir el pajarillo cuando por primera vez se asoma al borde de su nido en la cima del árbol. Tuvo un presentimiento de grandiosidad de las palabras «libertad, espacio», en contraposición de aquellas otras: «Esclavitud, clausura.» Pudo ver á Dios en el infinito, y creyó verlo mejor que allá abajo en las sombras y cruceros del templo; se llenó su alma de respetos, pero también de amor, siguió con la vista el vuelo de las aves; cegó ante el disco del sol, y vió sus rayos inundando de clara luz el campo, las agrupadas casas, cuanto alcanzaba á distinguir en amplísimo horizonte. Confusamente adivinó las fuerzas inmortales de la naturaleza, el trabajo de recomposición y destrucción, la vida universal de los seres; recordó las noches serenas y estrelladas, los mundos astrales; se preguntó si en ellos habría otros habitantes que iban, como los de la tierra, aislados y suspendidos en la inmensidad, como el aeronauta por su navecilla, como los átomos de polvo adheridos á una bala de cañón, siguiéndola en la rapidez de su curso; llegó á comprender las masas estelares que se ciernen como archipiélagos inmensos en el océano de los cielos, las masas de estrellas, los universos, con sus

millones de soles y de sistemas planetarios, rodeados de inmensos desiertos; y sin saber definir técnicamente nada, acertó con la preexistencia á la vida, y como la atracción, la luz, el calor y la electricidad hacen que lo espiritual perciba el universo exterior y pueda tener una acción directa sobre la materia.

Entonces no cayó de rodillas como en la catedral: el universo entero se iluminaba con una claridad nueva, que le daba á comprender su magnificencia y bellezas. Dios no era lo que afirma la teología ni lo que niega el ateísmo. Ella no sabía nada de teólogos ni de áteos; ignoraba lo mismo que hubiera inventado la Edad Media en Empíreo y la Grecia un Olimpo, Mahoma un Paraíso y los chinos y japoneses los siete cielos de Buda; pero estaba segura de una cosa, allí, en lo alto de la torre, mirando el cielo arriba y la tierra á sus pies, estaba segura de que en ninguna región del infinito hay un sitio determinado incrustado de pedrería, sobré el cual se haya levantado el trono del Altísimo. Si en aquel instante alguien, compadeciéndose de su ignorancia, se hubiera acercado para decirle «Dios es un espíritu puro, ó, mejor dicho, puro espíritu, consciente de sí mismo en cualquier parte infinitesimal del universo; personal; pero sin forma; infinito y eterno, es de-

cir, sin extensión ni duración; tan realmente presente aquí, en Toledo, como en las estrellas más brillantes; tan activo en las obras de la naturaleza terrestre como en las manifestaciones más sublimes de las esferas superiores espirituales; si esto le hubieran dicho, ¡oh!, ¡entonces!, entonces Melita contestaría: «¡Sí! ¡Es verdad! ¡Eso es!» Y no hubiera entrado la pobre niña en el convento.

III

Al día siguiente, Melita, como postulante, era recibida en el Capítulo, doade la superiora le preguntó si le agradaba la vida de aquella orden, qué motivos la habian inducido á hacerse religiosa, y, por último, si entraba libremente en la religión, ú obligada por la violencia de sus padres ó parientes.

—¡Oh! No, señora; obedezco á mi voluntad, á mi vocación.

Las preguntas continuaron, sin perdonar ni omitir ninguna, por ridicula ó inútil que pareciese.

—¿Es Ud. casada?

—¿Ha profesado Ud. ó llevado el hábito en alguno de nuestros conventos ó en otra congregación ú orden religiosa?

—¿Tiene Ud. deudas ó alguna responsabilidad de bienes ajenos?

--¿Tiene Ud. alguna enfermedad oculta?

Hicieronla otras muchas; pasó después al locutorio, donde el prelado en persona la estaba esperando, y allí sufrió un nuevo interrogatorio, que tenía la tendencia de conocer si obraba por violencia ó por seducción, si comprendía la importancia del paso que iba á dar.

Por último, la superiora, acompañada de tres religiosas de coro, hizo á la postulante la siguiente protesta.

«Yo le prevengo á Ud. que, después de la profesión, estará Ud. obligada á observar los tres votos de pobreza, castidad y obediencia, lo propio que la Regla y constituciones de nuestra orden; no como se observan en otras partes, sino á la letra; de suerte que, cuando los superiores exigieren su exacta observancia, estará Ud. obligada á obedecer prontamente.»

Y esta protesta se registró en el libro de Consejos, firmada por Melita, por la superiora y por las tres sobredichas religiosas, haciéndose constar también en el mismo libro las preguntas que se le hicieron en el examen, en orden á la vocación.

Por fin, estaba en el monasterio, en el claustró, para practicar, tan sólo diez días, los ejercicios espirituales que preceden al gran acontecimiento, á la toma de hábito.

La permitieron verlo todo. En la parte que daba á la iglesia había, entre las religiosas y los seglares, una ventana de dimensiones convenientes, con su reja de hierro, delante de la cual se decían los sermones. En lugar cómodo había asimismo dos ventanas pequeñas, con rejas para las confesiones. Todos estos huecos tenían doble reja ó agudos clavos, en tal forma que no podía haber el menor contacto entre los de adentro y los de afuera; y por la parte interior, fuertes puertas de madera, que se cerraban cada una con dos llaves. Había también un torno en la sacristía, otro cerca de la puerta reglar y otro en el locutorio, y una ventanilla para la comunión de las religiosas. Las galerías de los claustros, de paredes desnudas, recibían la luz por claraboyas practicadas en el techo; á uno y otro lado de aquellos largos corredores abriáanse las puertas de las celdas. Estas eran muchas; el convento, de vastísimas proporciones; muy grande y bien cuidado el huerto. La superiora la acompañó en aquella visita, y no perdonaron ni el refectorio, ni la sala del Capítulo, ni el coro, ni las cocinas, ni siquiera la ropería. Debía ser una comunidad numerosa y rica, En cuanto á las prisiones, cepos y grillos, no vió nada por ninguna parte. Si existían, se los ocultaban.

Después de esto, la superiora la llevó á su celda.

Entonces pudo Melita verla á su gusto. Llamábase en el convento la buena madre sor Maria Egipciaca de la Ascensión, y no importa saber cómo en el siglo.

Era mujer de treinta años recién cumplidos, blanca y de buen color, llena de carnes y fuerte.

El hábito que vestía, de paño color de ceniza, por ser éste el de las religiosas de Santa Clara y Terceras, era de poco ruedo y anchura; el velo negro, y no de seda; la toca de lino, sin color, goma ó almidón alguno, lisa y llana, de manera que cubría todo el cabello y llegaba por delante hasta los pechos; la cuerda de esparto, y al cuello llevaba una vuelta de rosario, por la devoción á la Virgen Maria.

Iba descalza, no por ser de la Regla, sino por voto especial. Los pies eran muy pequeños y blancos.

Pues bien: á pesar de estas modestias del traje, estaba hermosa sobre toda ponderación. Una hermosura especial que sorprendió á Melita. Tenían sus ojos un brillo extraño, vivísimo, poderoso, en que no se traslucían los arrobamientos del misticismo; húmedos los labios y frescos, abultados, sensuales; las cejas negras, muy co-

rrectas de arco y muy pobladas; la frente, lo que de la frente se le veía, limpio de arrugas y de pesadumbres. La voz, como ya dejo dicho, meliflua, agradable al vibrar, voz de mujer muy mujer, y todos sus ademanes expansivos, cariñosos....., iba á decir ardientes. Abultada de pechos, de caderas, exuberando la carne, pero bien formada, ágil y suelta de miembros.

—Hija mía—dijo á la que lo era de la marquesa,—la maestra de novicias se encargará de tí después de la toma de hábito; pero en estos diez días quiero ser yo misma la que empiece á dirigirte espiritualmente. Estarás hoy á mi lado—y al decir esto la acarició la redondez de la cara con una mano mórbida y tibia al contacto.—Podrás ver á tu familia todos los días en el locutorio. Asistirás conmigo al coro, al capítulo de novicias y al refectorio; yo te enseñaré las oraciones que has de aprender y los libros que debes leer. Hélos aquí.

Y puso dos en manos de la rica heredera, que leyó en cubiertas los títulos. Eran, el uno, los *Ejercicios de Santa Gertrudis, virgen y abadesa de la orden de San Benito, traducidos y publicados por fray Gueranguer, abad de Solesmes*, y el otro se titulaba *Palacio del Amor divino*.

—Leamos un poco, si quieres. Podemos empe-

zar desde ahora mismo, puesto que esta hora la tengo libre para poder dedicártela.

Hízola sentar en una sillita baja, junto á ella; poner el libro en su falda, en la falda de la superiora; leer allí, entre sus dos opulentos muslos, que se sentían por el poco bulto de ropa interior propio del traje mojlil: abrir las paginas al azar.

—Lee, hija mía; pero al leer, fíjate bien—dijo con extraño acento.

Y poniendo esta vez su mano en la aristocrática cabeza de la lectora, entraron sus dedos dulcemente en el peinado, acariciándola la raiz de los cabellos.

Melita leyó maravillada, sin comprender apenas estos singularísimos párrafos.

«¡Duérmame yo á la sombra de tu amor, tendido sobre mí como un velo! Mi vida consistía en saborear tu dulzura: exhálese en tu seno: saliendo yo de mí misma, pase á tí con suavidad, ¡oh tú, que eres mis queridas delicias! ¡Sucumba en tus abrazos, y sea para mí una tumba el místico beso de tu amor!

»Dígnate admitirme en la intimidad de tu amor: mi corazón aspira con afán á tu divino beso..... Mi alma tiene sed de tus eternos abrazos. ¡Oh amor! ¡Oh mi bello mediodía! ¡Quisiera morir,

y morir mil veces, para descansar en tí! ¡Inclina, pues, hacia mí, oh Dios mío, tu querido rostro!..

»Deja que te dé también mi humilde beso, á fin de que, unida contigo, te quede ligada de una manera indisoluble!... ¡Oh amor, prodígame tus caricias hasta que yo sea un solo espíritu con Dios!..... ¡Oh, cuando me sentiré estrechada en tus brazos, Dios de mi corazón! ¡Dichosa el alma que te tiene abrazado con un inseparable amor!

»¡Oh amor, amor! ¡Cuándo vendrás á separar tan eficazmente mi alma de mi cuerpo, que mi espíritu ya no habite en adelante sino en tí! Tus tiernos y fugaces abrazos, ¡oh Jesús!, tienen para mí tanta dulzura, que si yo tuviera mil corazones, se derretirían en mí al instante. Tus divinos besos hacen pasar mi vida á ti mismo, y mi alma se atreve á prodigarte sus amorosos abrazos. ¡Oh ventura, si en estos momentos cayese yo sin vida para perderme en el piélago de tu divinidad!»

Aquellos eran los *Ejercicios de Santa Gertrudis*. En todas las páginas se usaba el mismo lenguaje de exaltación sensual, producida en el claustro por la contemplación del Hombre Dios desnudo.

—Lee ahora el retrato del Amor divino. En ese otro libro—aconsejó la superiora, y ella misma buscó la página.

Hé aquí lo que decía:

«Retrato del Amor Divino. Tiene noble y gallardo talle, labios de coral, cabellos rubios, echados atrás y atados con una cinta colorada; una banda flotante; lleva un arco, pero no saetas y aljaba: las gracias y las virtudes que forman su séquito se las proporcionan. Se encuentran en su palacio el bosquecillo de las Victorias y el de la Paz. en él se representan misterios y dramas como el del martirio de San Ignacio. Cada día hay nueva representación.

»En los conciertos de ese palacio, la humildad hace el bajo; la caridad, el tiple; el celo, el contralto; la paciencia, el contrabajo, y el amor divino lleva el compás.»

¡Cosa singularísima! La postulante no sintió comezón alguna de hilaridad leyendo estos absurdos. La mano de la superiora, acariciando sus cabellos, producía una sensación de placer inexplicable. Las dos estaban muy serias y pálidas.

Melita, sin saber por qué, sin acertar con lo que la pasaba, sintiendo sólo grandes deseos de cerrar los párpados sobre los ojos, que se le enro-

jecian con la subida de la sangre, y reclinar la cabeza sobre aquel regazo caliente, exclamando como en un suspiro:

—¡Oh, mi buena madre! ¡Mi buena madre!

¿Sería aquello la iniciación en el Amor divino?

Cerrado el libro, permanecieron algunos segundos en silencio, mirándose de una manera casi interrogativa, como preguntándose cosas que sólo se contestan los ojos. Pero la Virgen no sabía de tales interrogatorios. Sor María Egipciaca lo comprendió así.

—Dime, hija mía, ese sacerdote que venía con la señora marquesa, ¿ha sido, por fortuna, tu director espiritual?

—Sí, señora. También lo es de mi madre. Es un santo y un sabio.

—¡Ah! Me ha parecido, sin embargo, muy joven.

Y aquí la abadesa escudriñó profundamente el efecto que hacía su observación en la postulante.

—No sé que edad tiene.

Sor María Egipciaca añadió después de una pausa:

—¿Vendrá esta tarde al locutorio?

—Creo que sí.

—¡Ah! Me alegro. Quisiera hablar con él. Ten-

go algún proyecto... Ya verás, hija mía... Con la ayuda del Espíritu Santo... hemos de conseguirlo..., y estarás muy contenta.

—¿Puedo saber algo, madre mía?

—Lo sabrás; ahora, no. Por de pronto, no bajes esta tarde al locutorio. Déjame sola con tu madre y con tu confesor. Es un proyecto que he consultado ya con el Protector de la Orden; que me ha inspirado él, si se quiere. Es para tu bien. No te digo más.

Melita oyó una voz que decía á la puerta de la celda:

—Madre, en el nombre de Dios.

Sor Egipciaca contestó:

—Alabado sea por todos los siglos de los siglos.
¿Qué desea, hermana?

—Son las tres.

—Vamos á decir vísperas. Ya lo sé—replicó con tono de mal humor.

Y levantándose, llevóse á Melita cogida cariñosamente de la mano.

La que había avisado era la hermana vicaria, que al retirarse, añadió:

—Están cerrados los tornos.

La primera vez que habló con la postulante la maestra de novicias, hubo de decirle:

—Sor María Egipciaca de la Ascensión, en el año primero que lleva de ejercer el supremo cargo de abadesa, ha conseguido grandes beneficios para la vida interior del convento. Tan querida es de casi todas las hermanas, que fué elegida por una gran mayoría de votos. La damos gustosa y hasta gozosamente la obediencia. Está reverenciada y respetada como prelada, cabeza y madre de todas las religiosas, y ejerce blandamente la autoridad de mandar por santa obediencia, de penitenciar, corregir y castigar; y hácelo con prudente discreción, considerando las condiciones y calidades de las personas, tratándolas con caridad, sin particularidad, y guardando igualdad y justicia entre nosotras. Es el alma y el corazón de todo el monasterio—añadió, exaltada en su entusiasmo.—Nadie observa mejor que ella las reglas y constituciones; no usa para sí de singularidades, ni toma ni admite distinción alguna en el vestido, comida, ni en otra cualquier cosa, si no es arreglándose en todo á la medida que su particular necesidad pide, como otra cualquiera de la comunidad. Manda á cada una de las hermanas, y á todas en general, con palabras compuestas y graves, pero suaves; con

un semblante y rostro firme y seguro de que se la ha de obedecer; pero al mismo tiempo dulce y humilde, y con un corazón lleno de amor y deseo del bien de aquellas mismas á quien manda. Pone toda su atención y desvelo en que todos los miembros de esta congregación respiren la paz, la concordia, la unión y el amabilísimo servicio y amor de Cristo Jesús. Cria con amor materno á las que, como niños todavía pequeñitos, son endebles en la devoción; acordándose de todas, no familiarizándose de suerte con unas, que pueda excitar en otras el espíritu de la envidia. No reprende las faltas cuando se cometen, y delante de otras, sino á solas y con caridad.

Y repitió con la misma exaltación extraordinaria:

—¡Es el alma y el corazón del monasterio!

Esto pasaba en el noviciado, después de Vísperas, á la hora de las labores. La postulante estaba rodeada de novicias, todas jóvenes como ella, y todas escuchaban estas palabras, aprobando con la cabeza aquella lisonjera semblanza de la abadesa.

Melita estaba muy contenta, sin acordarse para nada de lo que el día anterior había sentido bajo la campana grande, al ver la ciudad, el cielo y el campo desde la torre de la catedral. Estaba con-

tenta allí en aquella sala espaciosa, alegre de luz, formando una de las figuras en aquel bello cuadro de rostros y cuerpos juveniles que se inclinaban sobre la labor, y á los que presidía una mujer joven también y de agraciadas facciones, en que estaba impresa aquella misma nota de cariño y de ternura infinitos que tenía el de la superiora. ¡Oh! Aquélla era la expresión de cuantos rostros veía en el convento. Las monjas eran felices.

La sala de labores era habitación con rejas altas, que daban sin duda á la calle, porque en aquel momento una voz, la de un pilluelo sin duda, interrumpió el silencio, y, traspasando las rejas, llegaron claras y distintas estas palabras, dichas á grito pelado:

*Las monjas de Santa Clara
Tienen un loro,
Que se pasea
Del caño al coro,
Del coro al caño...*

y empezó á repetir cada vez más de prisa las dos últimas frases.

—¡Taparse los oídos! ¡Taparse los oídos!—gritó asustada la maestra de novicias.

Las niñas obedecieron; pero una de ellas hubo de tardar un poco.

La voz fué perdiéndose á medida que el pilluelo se alejaba.

Entonces la maestra, quitándose los dedos de las orejas, dijo á la de la tardanza:

—¿Ha oído *el lapsus*?

—Sí, hermana. No pude evitarlo.

—Fué por no obedecer pronto.

Quedóse un momento reflexionando.

—Lo siento mucho, hija mía; pero debo castigarla.

—Obedeceré, hermana.

—Está bien. Vaya al huerto, y por su culpa, coja y traiga contadas cien hormigas.

Era una recién profesa que, haciendo la venia, salió para cumplir ésta penalidad.

Los rostros estaban bajos; los labios de las más maliciosas apretados fuertemente, conteniendo la risa. Melita comprendió que todas, excepto ella, todas, incluso la maestra, habían oído las frases del pilluelo.

Le recordaba mucho esta escena otros episodios no menos divertidos que ocurrían con sus antiguas amigas del colegio.

—Hasta que vuelva, no seguiremos nuestra plática; estábamos hablando de nuestra buena madre.

En realidad, no se hablaba en el noviciado todos los días de otra cosa.

La buena madre inspiraba á la maestra una verdadera adoración, y en todo el convento sucedía lo mismo. Melita pudo comprobar la certeza de este amor de las religiosas entre sí, y de esta ternura hacia sor María Egipcíaca con preferencia. Fenómeno que no la sorprendió, porque estaba muy conforme con los prejuicios que ella hubo de formarse acerca de la vida y de los afectos monacales contrarios al proverbio que corre muy válido: «Se reciben sin conocerse, viven sin amarse, se separan sin llorarse.» No era verdad. ¡Era una calumnial

Tales hechos afirmaban su resolución. La abadesa estaba en el locutorio hablando con la marquesa y con el padre Acebedo. ¿Qué proyectos serían los suyos? Esperaba con impaciente curiosidad el resultado de la entrevista, y, por ende, la revelación.

Entre tanto examinó las fisonomías de sus futuras compañeras, y, sobre todo, la de la maestra de novicias.

Sor María Josefa del Consuelo tenía veintitrés años, una palidez cálida y apasionada en su moreno rostro; grandes ojeras, que daban incitantes sombras á los brillantes ojos negros; era no menos bien formada que la abadesa; más ágil y suelta, en razón de su mayor juventud; iba también descalza, pues parece ser que muchas de la comuni-

dad, excediéndose en los límites de la Regla, imitaban este voto, ya mencionado, de su buena madre; manos y pies estaban muy bien cuidados; la toca, blanquísima, ocultaba el cortado cabello, que dejaba traslucir en el lienzo su negrura intensa. Gruesa la nariz, de fosas nasales muy abiertas y movibles. La voz timbrada de contralto, aunque algo echada á perder por la costumbre de ganguear en los cantos del coro. Entre las novicias no encontró ninguna fea. Como postulante, y á fin de que conociese bien las costumbres y trabajos de la comunidad, así como para ser conocida y examinada por ésta, Melita estaba admitida á todos los ejercicios, exceptuando el de reunión de Capitulo; así es que esperaba fuese llegada, después de Completas, á las seis, la hora de la cena, para continuar sus observaciones, porque alrededor de la mesa, en el refectorio, podría ver bien las caras de las profesas. ¿Por qué? ¡Oh! Sencillamente por que empezaba á sorprenderse agradablemente con aquel exceso de hermosuras. ¿Serían también todas las monjas, como las novicias, como la maestra, como la abadesa, jóvenes y guapas? En ese caso, la vida en común iba á resultar una delicia.

En aquel momento, sor María Egipcíaca se presentó á la puerta del noviciado:

—Siéntense, hijas mías—dijo al verlas ponerse de pie;—continúen sus labores.

Y acercándose á Melita:

—En el locutorio la espera una buena noticia. Venga á recibirla.

Sin duda sor Maria Josefa del Consuelo y sus educandas estaban en el secreto, porque la vieron salir, haciéndose unas á otras guiños significativos.

Relacionábase la noticia con las preguntas que acerca del padre Acebedo había tenido que contestar Melita pocas horas antes. Román, llamado por el arzobispo en persona aquel mismo día, tuvo que contestar categóricamente si estaba dispuesto á desempeñar el cargo de confesor ordinario, vacante por defunción del que lo cumplía en el convento de religiosas de Santa Clara.

El presbítero se inclinó en señal de acatamiento y obediencia.

—Además, tengo entendido—añadió el prelado—que la señora marquesa, la madre de esa virtuosa joven á quien Ud. acompaña, es persona piadosísima, á quien tal vez agradaría retirarse del mundo.

—Retirada vive desde la muerte de su marido.

—Pues bien: atendiendo á la calidad de su persona, consulte Ud. y pida su beneplácito, por si

desea ser admitida en el retiro del mismo convento donde entrará su hija en calidad de *señora de piso*. En caso de aceptación, adviértala que puede contar con mi influjo para obtener la precisa licencia de Su Santidad.

—¿Y las religiosas?

—Ya la han votado la mayoría. Todo esto viene tratándose desde que se supo en el convento quién era la postulante, quién Ud., y la calidad así como la devoción de la señora marquesa. Están las pobres, según parece, muy contentas con esta toma de hábito.—Y añadió confidencialmente.—Es la mejor comunidad de la población. No nos da que hacer, y si mucho que agradecer, por su buen ejemplo entre los fieles.

Y he aquí como supo Melita en el locutorio ambas novedades, á las que contestó con regocijo, moderado ya por el misticismo.

—El Señor me colma de bienes. Deseo, al tomar el hábito, hacerlo bajo la advocación de la virgen y mártir Santa Felicidad.

Transcurrieron plácidamente de este modo los diez días de ejercicios espirituales, y transcurrieron pronto, porque rápidamente pasa el tiempo si

está lleno de bienandanzas como el de Melita, y colmado de agasajos.

En vano leía las constituciones para convenirse de que iba á entrar en la Regla de San Francisco, que, según lenguas, y después de la del Carmelo, era de las más estrechas. No se veía que las monjas practicaran todos sus capítulos con escrúpulo extremado. Es verdad que, aun cuando ella no lo vió, aseguraba la superiora que las religiosas dormían en un dormitorio común, vestidas y ceñidas, y cada una en su cama, separadas unas de otras, y la cama de la abadesa estaba colocada de modo que podía ver las de todas las demás. Que usaban un jergón lleno de heno ó paja, y almohada de paja ó lana; que asimismo, sor María Egipciaca dijo que, tanto ella como otras muchas de la comunidad, no sólo iban descalzas por especial voto, sino que llevaban cilicio y se disciplinaban; que guardaban silencio continuo, de tal modo, que no hablaban unas con otras sin obtener licencia; que practicaban el ayuno desde la fiesta de la Natividad de la gloriosa Virgen María hasta la de la Resurrección del Señor, exceptuando tan sólo los domingos y el día del Nacimiento del Señor; y que, en el demás tiempo, ayunaban los viernes, absteniéndose siempre de comer carne, cosa que hacía más sor-

prendentes las buenas y robustas formas que predominaban en las profesas; cierto, todo debía de ser cierto, puesto que la Regla lo decía y corroborábalo la abadesa; pero Melita, aunque vió las camas, aunque ayunó como todas, aunque tocó con sus manos las disciplinas y los cilicios, aun cuando vió que en punto á castigos no eran todos tan leves como el de ir á coger y contar un centenar de hormigas en el huerto, sino que algunas hacían la penitencia de pan y agua en el refectorio, aparte de las que comían en tierra, ni vió la cárcel por ninguna parte, ni el cepo, ni los grillos, ni cosa que se le pareciera.

Se decidió, pues, y fué cosa digna de verse, la toma de hábito de mi protagonista. De ella se habló en Toledo largos días, ponderando la serenidad con que Melita se dejó cortar el cabello, se tendió en tierra en el coro, donde la rezaron el oficio de difuntos, y la plácida dicha con que se despidió del mundo sin derramar una sola lágrima.

El nuevo confesor del convento, el padre Román, estaba como loco de puro regocijo. Todo aquello era obra suya.

IV

Pues bien: la que había de llamarse en religión sor Felicidad se equivocaba. Á ella, como a todas las novicias, la estaban engañando miserablemente.

Formaban la comunidad náda menos que veintisiete monjas, pertenecientes á distintas clases sociales; pero todas ellas *guapas*, como observó nuestra novicia, á excepción de la hermana portera, de la refitolera y otras dos hermanas domésticas, mujeres de avanzada edad, con apariencias de perfectas celestinas.

Para proceder con orden, preciso será hacer un análisis del estado de ánimo en que nuestra novicia se encontraba á los dos meses escasos de la solemne ceremonia, estado que se relacionaba con el de muchas de sus compañeras. De esta manera llegaremos á conocer exactamente lo que ocurría dentro de los muros conventuales.

Desde el día de su entrada como postulante, ya hemos asistido á la escena ocurrida en la celda de la abadesa, durante la lectura *espiritual* de los *Ejercicios de Santa Gertrudis* y del *Palacio del Amor divino*.

Esta escena se repitió en los sucesivos.

¡Ah sor María Egipciaca, qué bien oculto y disimulado, para las maledicencias de los réprobos, tenéis los secretos de las profesas, y cómo sabéis ser lo que os llaman, *la buena madre, el alma y el corazón de todo el monasterio!* ¡Oculto y disimulado todo, los vicios y los crímenes, manifiestas ostentosamente las virtudes que prescribe la orden de nuestro padre San Francisco, al que apellidáis confesor de Cristo, así como vosotras os consideráis formando parte de la gran familia Cismontana! ¡Ah sor María Egipciaca, cómo sabéis cuidar de que todas las monjas corten con frecuencia y en determinadas épocas sus cabellos en redondo hasta las orejas; de que cada una, además del cilicio, tenga dos túnicas y un manto prendido al cuello; de que estas prendas sean de lana y de bajo precio; que no se hagan por muy cortas ó muy largas, de que usen escapulario, sin capi'la de paño grosero ó de estameña, y de que delante de personas extrañas lo vistan siempre, así como el manto; de que usen,

en lugar de cinturón, una cuerda; de que las tocas sean de un lienzo común, y cubran de tal modo la cabeza, que queden tapadas la frente, el cuello, garganta y mejillas; de que usen el velo negro, largo y ancho, para que por las dos partes llegue hasta los hombros y por detrás hasta la capilla de la túnica, de que gangueen en el coro las hermanas cantoras; de todo, absolutamente de todo esto, que hace decir al arzobispo las palabras que escuchó Román: «No nos dan nada que hacer, y sí mucho que agradecer, por el ejemplo con que edifican á los fieles.»

Mas para que la abadesa, la maestra de novicias y la vicaria, las discretas, y en general todas las oficialas, palidecieran ligeramente, bastaba oír en el refectorio el tono con que la lectora, hojeando las constituciones, decía al llegar al capítulo séptimo:

—*De la castidad.*

Y antes de que leyera el sumario, exclamaba la buena madre:

—Lea el octavo, hermana, y ese déjelo para otra vez. El octavo, que es el de la clausura.

¡Nol Ninguna queria oír este párrafo:

«1.º Tendrán todas las religiosas muy presente en el alma el voto de castidad que hicieron y prometieron á su Dios, por el cual se constituye-

ron especiales esposas de Jesucristo; y como tales, deben guardar fidelidad, viviendo en gran pureza y castidad en el alma y en el cuerpo, mostrando este afecto en obras y compostura, en el vestir y tocados.»

La castidad era de suponer que se guardaba. La palidez repentina, en realidad, no sabían las novicias á qué atribuirla. Alguna explicación pudiera, sin embargo, encontrarse, reflexionando acerca del precepto que manda tener un dormitorio común, y, sobre todo, en el párrafo tercero del capítulo quinto, que trata *Del silencio*, cuyo párrafo es tan sabio y previsor como sigue:

«3.º Tañido á recoger, se ordena y manda que una religiosa no entre en celda de otra, pena de comer en tierra en el refectorio; y si hubiere dos en una celda, pórtense de suerte que no hagan ruido.»

Ello es que el mundo, los profanos, las mismas novicias, ignoraban lo que pasaba en las horas de silencio del dormitorio, y que, en realidad, nada notable debería ocurrir, pues lo que es ruido, no se oía ninguno.

Era verdaderamente aquella la mansión de paz, consagrada á la devoción; mansión donde la arquitectura tomó el atrio de los palacios romanos por modelo para hacer el claustro, cuyas líneas

sencillas, cuyos arcos regulares y cuyas apacibles sombras simbolizan tan perfectamente la vida religiosa. Alrededor del claustro estaban la entrada al coro, las habitaciones comunes, la sala de Capítulo, el noviciado y el refectorio; y en el piso principal se hallaban las celdas, muy pequeñas, y los largos corredores. Reinaba allí la pobreza en medio del orden, en el espacio y en la luz. Allí era donde vivían, esperando el cielo, los que indubablemente no tienen más que un solo afecto y un solo espíritu. El padre Lacordaire, que reformó en Francia para el instituto de Santo Domingo estas deliciosas mansiones, describió un convento, no de monjas, sino de frailes, con estos conceptos, llenos de ternura y de amor:

«Al sonido de una campana se abren todas las puertas con una especie de dulzura y de respecto. Ancianos encanecidos y serenos, hombres de una inteligencia precoz, jóvenes en quienes la penitencia había dejado un matiz de hermosura desconocida del mundo, aparecen todos juntos en todo tiempo y con el mismo traje. ¡Oh santas y amables casas! Se han levantado en la tierra suntuosos palacios, se han ejecutado monumentos sepulcrales admirables, se han dedicado á Dios templos casi divinos; pero ni el arte ni el corazón del hombre se han mostrado jamás tan gran-

diosos como en la creación de un monasterio.»

No parecía sino que la buena madre hubiese leído estas ponderaciones y ajustádose á ellas estrechamente; porque es lo cierto que en aquel monasterio, no sólo el arzobispo, sino el mismo Urbano IV, reformador de la orden, si resucitara, había de complacerse en ver con tanta puntualidad seguidas aquellas famosísimas instrucciones suyas, que encabezó con las palabras pontificias *Sieruo de los sieruos de Dios*, que tan gráficamente expresan la falsa humildad de los soberbios.

«Portéense de suerte que no hagan ruido», proclama el texto; y á la verdad que así lo hacían, practicando las subordinadas de sor Maria Egipciaca el silencio, que es la llave del alma y el culto de la justicia, la hermosura y ornato de las casas de religión; por ello, sin duda, la madre abadesa hubo de preferir, ya que en sus licencias estaba, hacer en el dormitorio común la división de cancelos, por lo que era su comunidad una de monjas de dos en celda, con arreglo á la reforma más moderna; si bien es cierto que, teniendo muy presente lo convenientísimo de no contraer amistades y predilecciones las hermanas unas con otras, ni ella con cualquiera de las hermanas, había ordenado que cada noche fuesen distintas

las parejas, y daba el ejemplo la superiora durmiendo á diario con una monja diferente.

Igual conducta observaba sor María Josefa del Consuelo en el noviciado, para adiestrar en esta práctica á sus educandas.

No había ruido, no, así como tampoco rencillas entre las hermanas; y en este silencio y amor que se profesaban estaban el secreto del convento. Un silencio en que sólo se oían ardientes suspiros, un afecto lleno de besos y de caricias. Allí no ocurrían escándalos como en otras comunidades. Allí no violaba la clausura ningún hombre. Todo ocurría entre mujeres.

En tal estado las cosas, empezó á ejercer su cargo de confesor ordinario el padre Acebedo, y llegó á los pocos días la licencia de Roma para que la marquesa de la Florida viviese retirada, como señora de piso, en el mismo monasterio donde iba á profesar su hija.

Mucho tiempo había transcurrido desde aquella aparición, repentina como una explosión, de la terrible enfermedad que estaba minando el organismo del sacerdote. Román, sin embargo, no olvidaba la tarde en que, durante la agonía del

marqués, huyó del *boudoir* de Gertrudis, donde ésta le contó el origen de aquella desgracia, un relato repugnante que sobreexcitó el sensualismo del confesor enamorado de su penitente. «Cuando quedamos solos se arrojó á mis pies, me abrazó fuertemente las rodillas; luego se levantó. «¡Por fin!», dijo, y me besó en la boca con el ansia frenética de un loco, de un endemoniado. Estaba horrible. ¡Parecía un sátiro! Yo cerré los ojos. Era mi marido. Pensé en que era preciso obedecerle. En que eras tú el que me lo mandaba, y me abandoné en sus brazos. Lo que pasó no he de contártelo: fué un delirio suyo, un espasmo de todo mi ser. Yo era una estatua.» Luego terminó: «Ahí está. Se muere. El médico dice que yo le he matado.» Entonces fué cuando Román se separó de ella, cuando huyó de la marquesa, sintiéndose vencido por la lujuria monstruosa de la satiriasis. ¿Cómo podía olvidar dónde terminó su carrera aquella locura sin delirio, un estado de integridad mental y de conciencia, mezclado con impulsos de demente? Sintió esa fuerza invencible que impele al monomaniaco del mal, no por efecto de una afección del cerebro, sino por una depravación violenta de las pasiones. Siempre recordaría las asquerosas é innobles horas que pasó en el lupanar, en una habitación de paredes desnudas,

cuya cal manchó el paño negro del traje talar; dentro de la casa de camas, acariciando brutalmente á una desdichada que reía cínicamente, que parecía burlarse de él primero, y que luego le miraba asombrada, víctima de una salacidad horrible, de un furor tal, que á la postre comprendió con quién tenía que habérselas y el peligro que corría; y al comprenderlo, de un prodigioso salto se puso en pie y huyó; salió corriendo, desnuda, dando voces, profiriendo imprecaciones y palabras groseras, pidiendo socorro á sus compañeras; y él, Román, se vió rodeado por todas aquellas mujeres que le atronaban los oídos con una gritería estridente, insultándole, llenándole de improperios, obligándole á que se pusiera de hinojos para suplicar, para implorar con lágrimas en los ojos, ¿el qué?, que no le echaran á la calle; que le permitiesen permanecer allí una, dos, tres horas más; todas las precisas para esperar á que anoheciera, á que llegase la oscuridad, y á su amparo poder salir, sin que las gentes vieran que salía del lupanar, en el que su locura, la satiriasis, le hizo entrar tal como estaba vestido, de sotana y manteos, cuellecillo, ceñidor y sombrero de teja.

No olvidaba Román su pasado terrible, ni la sombra que sobre este pasado, oscureciéndolo,

producía la muerte de Gracia, de su hermana, de su primera víctima, agonizando la misma noche que él pasó en el hotel en brazos de la marquesa. Desde entonces, la satiriasis no hizo más que progresar aterradora, frenética. ¡Quién hubiera adivinado que la marquesa y el sacerdote, encerrados los dos en el *boudoir*, transformado en oratorio, á poco del encierro salían ambos por el opuesto lado, abriendo la puerta que comunicaba el oratorio con la alcoba; y cuando las gentes del hotel los creían entretenidos en plática piadosa, renovábase la lucha lasciva, continuaban sus sacrilegos amores; y ella sentía siempre el contacto duro del fauno, los brazos que la estrechaban, no como caricia, sino como agresión; los dos zarpazos de fiera que desgarraban su traje, desataban sus cabellos, la sujetaban, la inmovilizaban en poder, no de un hombre, sino de un loco furioso! La explosión del deseo, del sensualismo, no como aparece en el ser humano, sino en la bestia. El acceso. ¡La satiriasis!

Este era el confesor y capellán que, de acuerdo con el arzobispo, á la vez cardenal protector, había elegido la comunidad para llenar la vacante por defunción de su antecesor, religioso de la orden de los menores.

Y decía la constitución particular del monasterio:

«El elegido para este cargo ha de ser hombre docto, prudente, de vida irrepreensible, discreto, honesto, constante y devoto. De modo que la madre abadesa pueda seguramente descuidar en su aplicación y celo de todo lo necesario al buen estado de las conciencias de las religiosas. Porque aun cuando para este mismo fin se toman otros medios más conducentes, como son las confesiones extraordinarias, la comunicación con personas espirituales, y especialmente con la superiora, con todo eso, es así que, para mantener en sinceridad y pureza las conciencias de las religiosas, tiene el confesor ordinario más poder que otro alguno, siendo como un ángel visible, diputado á la conservación de las almas del monasterio y para encaminarlas á largos pasos á la salud eterna. Y, finalmente, así como las religiosas le deben respetar en gran manera, así también él, por la misma razón, debe tratar con grande reverencia á las religiosas, considerándolas como sagradas esposas del Hijo de Dios.»

¡Él! ¡Román Acebedol! ¡Un satiriacol!

Había aceptado el encargo palideciendo. Por obediencia á los mandatos del prelado. Y el día que se estableció en el monasterio, donde, como capellán, tenía su habitación separada del claustro, con acceso nada más que á la calle y á la

iglesia, miró las nuevas paredes que iban á ser su morada estúpidamente, preguntándose con verdadero susto: «¿Qué va á pasar aquí?»

El cuarto ocupado por Gertrudis tenía comunicación con el claustro, para que pudiera participar en este punto de la vida de retiro; pero también érale permitido salir á la iglesia por la puerta interior del convento, y, una vez en la iglesia, podía recorrer la ciudad, ir á la calle.

La marquesa estaba moral y físicamente desconocida. Conservaba aquella hermosura que ya hemos descrito en *El Confesionario*. A pesar de su enfermedad, de la que había curado afortunadamente, estaba hermosa: su pelo seguía siendo rubio, de color de oro mate, sin una cana; sus ojos, sin perder el brillo, azules, limpiamente engastados en los párpados, como piedras preciosas; muy pálida, y no palidez malsana, sino delicada, distinguida: el nácar con el azulado tornasol de las venas transparentándose levemente; dientes menudos, iguales, como escogidos todos del mismo tamaño; el óvalo de la cara, como las redondeces en que terminan algunas nubes, tenía límites tan vagos, líneas tan confusas, que no

podía copiarse con lápiz, sino con difumino. Era toda ella así, como había sido antes del contagio, antes del misticismo. Un ligerísimo vello dorado idealizando la carne. Opulentas formas, ninguna demacración, é inspirando la idea de un peso tan ligero como el de los cuerpos más porosos. «Una mujer hecha á propósito para que, sin producir cansancio alguno, la llevaran siempre en brazos.» La muñeca de salón. La misma muñeca que hemos conocido; pero vestida ahora de beata y ejerciendo concienzudamente su papel de manceba de un sacerdote. ¡Concienzudamente! Gertrudis amaba á Román, amaba al fauno, como no creyó amar nunca, con intensidad que no tuvo el amor de niña, el amor de recién casada hacia su marido, con el delirio que no tuvieron después sus adulterios; le abrazaba y le besaba como no abrazó ni besó al marqués ni al secretario de embajada (1), porque en aquellas caricias descubrió hasta los últimos límites á que puede llegar el placer de la carne; porque el satiriaco llevábala con sus excesos hasta el delirio, hasta el desmayo; más todavía, hasta el peligro de muerte. Le dió un millón de reales, un millón de una vez para que lo enviase como limosna á la Santa Sede para el

(1) Véase *El Confesionario*.

dinero de San Pedro, porque él quería ascender en la jerarquía eclesiástica, llegar, si era posible, hasta el papado; le dió un millón, y ciento, y mil le daría, teniéndolos, si el que de tales extremos la hizo sentir se los pidiese.

¡Satiriasis! ¿Qué sabía ella de las enfermedades á que están sujetos los celibatarios? ¿Cómo adivinaría la dama aristocrática los misterios profundos del organismo? Para Gertrudis, Román, lejos de ser una naturaleza enferma, viciada y miserable, era, por el contrario, un ser de privilegio prepotente, que, así como en inteligencia, era también en la parte corporal y física superior á los demás hombres. Había, además, otra explicación para justificar tales delirios y la pasión reciproca que sentían. El estado eclesiástico, el carácter sagrado del amante. El incentivo de monstruosidad y de cosa nefanda que la religión daba á sus amores, y lo que por ello sufrían el confesor y la penitente. El misterio, el sigilo de que tenían que rodearse, el secreto y el disimulo en que se envolvían; y cuando, pálidos ambos y extenuados por el frenesí de las caricias, abriendo de nuevo la puerta, salían del oratorio, en el rostro de la servidumbre no encontraban malicia que los adivinara, sino conmiseración y piedad, y en los ojos de Melita leíase bien claro este pensamiento:

«Mi madre ha llorado. Mi madre ha rezado hasta el punto de sufrir con la oración. Ha llegado quizás hasta el éxtasis. Mi madre es una santa.»

Así es que cuando Gertrudis entró en su habitación del monasterio como señora de piso, su primer cuidado fué decir á la abadesa:

—Supongo que el padre Román podrá entrar en mi cuarto.

—Nuestro confesor, puesto que ya lo es, puede hacer en este punto lo que guste. Pero cuide la señora marquesa de que de su cuarto no pase, porque nos está prohibido, hasta para con él, romper la clausura.

V

Las religiosas, además de las separaciones ó compartimientos formados con biombos en el dormitorio común, tenían cada una su celda para recogerse en ella durante el día, á las horas de meditación ó reposo, y en aquellas en que no era necesaria su presencia ó no tenían que practicar acto alguno en comunidad.

En el noviciado, también cada novicia disfrutaba de igual ventaja y desahogo, y aun sobraban en aquel vasto edificio habitaciones que no tenían destino ni uso alguno.

La celda de Melita tenía una ventana pequeña que daba al jardín. Había en ella, para utilizarla sólo en casos de enfermedad, ó de no, en las horas de la siesta, una cama que se componía de ancha tabla puesta sobre dos banquillos de madera, un jergón agujereado, dos sábanas de tela tosca y blanca y una frazada parda. Enfrente de la cama

había una gran cruz negra, es decir, pintada de color negro, y hecha de relieve en la pared. Una mesa de pino y una silla de enea constituían todo el mobiliario, añadiendo un palanganero de hierro, siendo también de este metal la palangana, un jarro para el agua y una toalla. Nada más. Las paredes desnudas de todo adorno; ni pilillas de agua bendita, ni santas imágenes.

Habiendo pasado ya la fiesta de San Miguel, tocábase la campana para levantarse á las cinco y media; y como quiera que el dormir practicábase vestidas y ceñidas, no tardaban más que el tiempo preciso para lavarse el rostro con agua fresca, y á las seis entraban á oración, juntándose novicias y profesas en el coro para adorar el Santísimo, leer los puntos de la meditación, y decir el *Veni Sancte Spiritus* y la hora Prima; y aquí, en este detalle, fué en el que Melita tuvo que recibir lecciones de sor María Josefa para aprender la variedad del canto.

Era una compasión ver á la pobre niña afanosa en dominar este galimatías que la entregaron escrito en un papel:

«Prima se dice en voz corriente y llana. Tercia, con inflexión de canto. Sexta, en voz llana. Nona, de la misma suerte, exceptuando los do-

mingos y fiestas grandes y días de apóstoles, que se canta con inflexión. Vísperas, ordinariamente en voz llana, salvo la *Magnificat*, que en todo tiempo, sino en Cuaresma, se dice cantada. Pero los domingos y fiestas de precepto, todas las Vísperas se dicen cantadas. Completas, en todo tiempo se dicen en voz llana y seguida, si no es la Antifona de Nuestra Señora con que se rematan, la cual y el *Nunc dimittis*, en las fiestas grandes, se cantan. Maitines y Laudes, en voz llana, si no es en las fiestas solemnes, que se canta el Invitatorio, el *Te Deum laudamus* y el *Benedictus*, con su Antifona. En las procesiones en que se cantan himnos, se cantarán con la inflexión ordinaria. En las que se cantan Letanias, podrá á veces variarse el canto.»

Lo leyó tres ó cuatro veces, y se desesperaba por no entenderle.

—¡Dios mío, qué difícil es esto; y cuánto latin tengo que estudiar para ser monja!

—No es difícil, no, hija mía. Yo lo he puesto bien claro, y eso, con la práctica lo aprenderás mucho mejor. No te apures.

Y la acariciaba amorosamente. Desde que era novicia, la maestra había reemplazado en estos cometidos de ternura á la buena madre sor Maria Egipciaca, que, dedicada por completo á sus

profesas, sólo rarísimas veces se presentaba en el noviciado.

¡El canto de las monjas! Allá en el mundo, Melita oyó decir que nada es tan sublime y augusto como la música religiosa. Lo creyó al escuchar algunos hermosos trozos, el *Stabat Mater* famosísimo, el *Miserere*, y aun se figuró que en los conventos se sabría de memoria el *Ave Maria* de Gounod. El padre Acebedo hablaba con entusiasmo de artista, de San Gregorio el Grande, el compilador de todos los cantos primitivos adoptados por la Iglesia para enriquecer con ellos la liturgia romana. El canto gregoriano le habían dicho que era la forma más bella y más verdadera de que puede servirse el alma para expresar y declarar á Dios su fe y su amor. Le habían dicho que ese canto sabía adorar y orar sin abusar de los sonidos y de sus armonías; que tenía lo sobrio de la ornamentación griega, que ni interrumpe la línea ni el buen tono, ni altera la superficie y atractivo exterior, ni admite lo que pueda haber de frívolo en las alegrías, ni tampoco lo que pueda haber de exceso en el arranque y ardor de las pasiones. Figurábase ella este canto como la purísima luz de una noche de luna; tal como lo describe y desea San Bernardo en una de sus homilias: «Lleno de gravedad, que evite así la lan-

guidez como la dureza; que, sin ser frívolo, sea agradable; que encante los oídos, para tocar y mover el corazón; que aleje la tristeza y aplaque la cólera; que no altere el sentido de las palabras, sino que le haga más provechoso y fecundo, *haciéndole fijarse menos en la voz que en la verdad.*»

Preguntóselo á la maestra, y deseó ir al coro después de recibir esta contestación:

—Así como dice San Bernardo lo interpretamos nosotras. Ya veras, hija mía, *como no te fijas en la voz.*

Cuando empezó el canto, comprendió lo exacto de las palabras que dejó de cursiva. En la voz no era posible fijarse. Todas las monjas cantaban ganqueando. Y ella, Melita que tenía una hermosa voz, vióse obligada á deformarla también, apelando al mismo medio.

Ésta fué una decepción; pero ¿qué importaba? Había en la imaginación de la virgen de diez y seis años sobrados elementos para llenar cualquier vacío que resultase en su novela conventual. Estaba desarrollándose su organismo en las condiciones requeridas, con una exuberancia de vida, una necesidad de amar, una inquietud y deseo vagos, confusos, propios de la crisis por que estaba atravesando; la adolescencia. Sus im-

presiones tenían poderosas afinidades. Amistad, amor, espiritualismo, realismo, todo existía, y nada con líneas definidas. Podía amar con amor humano á quien la hablase del amor divino.

Podía..... ¡Ya lo creo! Retirada en su celda, á la hora de la siesta, creía oír en la inmediata suspiros entrecortados, y se preguntaba, al sentir palpitar con insólida priesa su corazón: «¿Qué es esto?» Se lo preguntaba mientras que su pensamiento recordaba primero las caricias de sor María Egipcíaca, luego las de sor María Josefa. Las dos, la buena madre y la hermana acariciaban del mismo modo, y ninguna de ellas como en otro tiempo, cuando era niña, la acarició su madre verdadera. No. Sobre todo los besos, los besos que la daban, no en la frente, sino en los labios, con expansión, casi con ansia, prolongándolos todo lo posible. Jamás el contacto de la boca de la marquesa la produjo aquellos estremecimientos que ahora sentía. Y volvió á pensar en los libros que la dieron para la meditación. Los *Ejercicios de Santa Gertrudis* y el *Palacio del Amor divino*. Eso debía ser. *El amor divino*. Empezaba ya á introducirse en su alma. Las dos novicias que estaban en la celda inmediata eran las más antiguas; estaban ya esperando el día de la profesión; suspiraban, cierto, porque el amor divino

las penetraba mucho más, las poseía en razón de su antigüedad por completo.

Largo tiempo pasaba reflexionando acerca de esto y de otros muchos pormenores en que hubo de fijar su atención, en los cuales le pareció que se faltaba abiertamente á la Regla, sobre todo en lo que ésta ordenaba respecto á la absoluta separación entre novicias y profesas, el desaseo del cuerpo y el solo amor á Jesucristo. Observó, por ejemplo, que si bien les estaba prohibido dirigir la palabra á las hermanas, las horas de la recreación eran las mismas, y así andaban juntas y reunidas con ellas en el huerto; que siendo la sala del refectorio bastante capaz para todas, no había segunda mesa; que el noviciado, en una palabra, sólo existía de nombre; que el servicio hacíanlo donadas ó freilas; y así, estas eran las que imitaban la vida de Marta, prefiriendo las monjas, como más cómoda la de María; y este texto del capítulo tercero de las clarisas: «Á todas las que deseen entrar en esta religión, y hayan de ser admitidas, antes de que varien de hábito y entren en ella se las aplique á los oficios y ejercicios más duros y escabrosos, por los cuales se llega hasta Dios»; este texto, repito, resultaba para profesas, novicias y postulantes letra muerta, así como también (y al comprobarlo, Melita experimentó un

gran regocijo), así como también la prohibición del baño y la falta de limpieza en la ropa interior. Cierta que desde sor María Egipcíaca hasta la más moderna, á semejanza é imitación del lenguaje que se usa en casi todos los conventos, llamaban al cuerpo *la bestia*; pero tenían una bestia muy limpia y bien cuidada: cierto que amaban al Redentor, y que, como las monjas de la Visitación, cuando se encontraban en el claustro, gritaban: «¡Viva Jesús!», y á veces el vitor era este otro más largo: «¡Viva Jesús y el señor arzobispo!»; pero en el refectorio andaban con finezas y ofrecimientos de unas á otras, y se miraban complacientemente, y parecían gozar con esta vista (ya observó Melita el raro caso de que entre las veintisiete profesas, aun añadiendo las diez novicias, no se encontraba ninguna fea).

Á los pocos días de su noviciado, tanto tormento llegó á sentir con estas cavilaciones, que á la hora del Capítulo se acusó de ellas. La maestra de novicias sonrió al escucharla.

—Hija mía, todo lo que le produce extrañeza, si no le ha sido causa de malos pensamientos, no tiene nada de particular. La Regla existe; pero nosotras, como sabe, gozamos de ciertos privilegios, y tenemos aprobada por el cardenal protector de la orden algunas constituciones particu-

lares. Levántese, si no tiene otra cosa de qué acusarse.

Y volviéndose á la novicia á quien tocaba el turno:

—Diga su culpa—mandó.

Arrodillóse aquélla en el centro de la sala, y dijo de carretilla lo siguiente:

—Digo mi culpa. Acúsome de haber quebrantado el silencio en los lugares y tiempos prohibidos; de haber estado en la iglesia y lugares sagrados con poca compostura y reverencia; de no haber hecho las inclinaciones como debía; de haber dado mal ejemplo á las hermanas; de haber sido negligente en el desempeño de los oficios que me han encargado; de estas cosas, y de las demás de que no me acuerdo, digo mi culpa, y pido perdón.

Sor María Josefa preguntó en seguida:

—¿Hay alguna novicia que tenga que acusarse de algo más?

La contestación fué coreada, y gangueando por supuesto:

—¡Nooo, señoooral

—Por penitencia, haga la venia.

La novicia tendió todo el cuerpo en tierra sobre el lado derecho, poniendo, al quedar así, una pierna sobre otra. Se ciñeron por esto los pliegues del hábito; vióse algún tanto el arranque

de las pantorrillas. Estaba muy bonita en aquella postura, y debía saberlo, porque miraba á sus compañeras sonriendo placenteramente.

—Levántese y vuelva á su sitio.

Sor María Josefa era muy partidaria de aplicar esta penitencia y otras por el mismo estilo, que hacían resaltar la gracia de aquellos cuerpos jóvenes, obligándoles á diversas actitudes estudiadas para el favor del hábito. Así, unas veces era la venia, otras la genuflexión, que, como es sabido, se hace adelantándose desde su puesto al centro, tocando en tierra con la rodilla derecha, sin inclinarse el busto y levantándose inmediatamente; otras, la inclinación profunda, y, por último, la postración. Al final de alguna de ellas, sor María Josefa no se podía contener, y como arrepentida de su severidad, exclamaba:

—Acérquese, hija mía.

Y daba á la penitenciada un sonoro beso.

Por eso, sin malicia alguna, repetía Melita en su pensamiento:

—Decididamente, estas hermanas se quieren mucho.

Pronto esta idea tuvo otra gradación y variante:

—La maestra me quiere á mí más que á todas las novicias.

Para decirlo, no faltaron antecedentes y motivos en qué apoyarse.

Sor María Josefa del Consuelo, tenía, repito, veintitrés años, ó, lo que es lo mismo, siete menos que la abadesa; era, como ya hemos dicho, agradada y de moreno rostro; muy expansiva cuando se encontraba á solas con una cualquiera de sus educandas, y más cuidadosa que nadie de la pulcritud de su hábito y de su persona.

Y decían las constituciones en el capítulo que se refería á su cargo:

«Prudente, discreta, llena de celo por la observancia religiosa, y muy versada en las ceremonias, la maestra instruirá á las novicias en lo relativo á las obligaciones del estado religioso. Debe enseñarles lo que constituye la sustancia de la religión, la pobreza, la castidad, la obediencia, los ayunos en ciertos días, la abstinencia perpetua, el uso de la lana, la manera de acostarse, el silencio y las demás observancias. Tendrá cuidado de enseñarles que en el coro se porten con piedad, con gravedad en el Capítulo y en el refectorio, en el que comerán con modestia y sin precipitación. Debe también acostumbrarlas á ser reservadas en

sus palabras, á tener los ojos modestamente bajos, á caminar sin ruido en el dormitorio, á no andar de una á otra parte sin motivo. Haga que las novicias se ejerciten en la humildad de espíritu, en la mortificación de la carne y en todo lo que conduce á la perfección.»

Pareció como si de repente sor Maria Josefa se sintiera acometida del deseo de perfeccionar á Melita en todas las obligaciones antedichas, descuidando por completo á las demás educandas. Consagróse á ella exclusivamente: tenía la siempre junto á sí; pasaban las dos la mayor parte del tiempo encerradas en una celda, ora estudiando las rúbricas del breviario y las constituciones de la orden, ora leyendo la vida de los santos ú otras obras espirituales. Por la mañana, apenas tañía la campana, se daba prisa la monja en levantarse para acudir á la cama de su novicia, siendo ella la que la despertaba, dándole los buenos días con un beso y un apretado abrazo. A las horas de recreo, juntas paseaban por el huerto, y en el refectorio sentábase á su lado.

Sostenía con ella largas conversaciones; buscaba con verdadera impaciencia las ocasiones de hablar á solas, entreteniéndola en una multitud de distingos y paradojas, de las que la hija de la marquesa quedábase unas veces maravillada y

otras sin acertar á comprender su misterio y alambicado sentido.

Comiase á las diez, y desde dicha hora hasta mediodía, tenía recreación la comunidad. Una mañana, al salir del refectorio sor María Josefa, enlazando cariñosamente su brazo con el de Melita, en lugar de dirigirse al huerto, condújola á su celda.

—Tenemos que hablar—fué la única explicación que dió para justificar aquella variante.

Iba la religiosa con paso apresurado; sus ojos brillaban mucho, y en sus morenas mejillas encendíase el arrebató de la sangre.

Al entrar en la habitación, después que Melita hubo pasado, cerró cuidadosamente la puerta. Hizo ademán la joven de sentarse en la única silla disponible, al ver que la hermana lo había hecho ya en el borde de la cama; pero ésta se lo impidió.

—No; en la silla, no. Aquí, donde estoy yo, á mi lado.

Todos estos preliminares excitaban poderosísimamente la curiosidad de la educanda. ¿Qué tendría que decirle su maestra? Se atrevió á mirarla con la expresión interrogativa que daba á sus ojos el pensamiento. La verdad es que sor María Josefa estaba en aquel momento hermosísima.

Rodeó con uno de sus brazos el talle de la virgen, la atrajo hacia sí, y cuando de este modo la tuvo abrazada, en voz muy baja, muy dulce, interrumpiendo el relato para dar besos, explicó el objeto de aquella secreta entrevista.

Habían transcurrido cuatro meses desde la toma de hábito. Era preciso que se aplicara más, porque continuaba en la ignorancia de muchas cosas importantísimas, de aquellas cosas que, como dice la Regla, constituyen *la sustancia de la religión*, y para ella, la maestra, era un deber de conciencia enseñárselas pronto y bien.

—¡Ah, hermana mía! ¡Es verdad! ¡Jamás podré aprender el canto llano!—exclamó la novicia, haciendo casi un puchero.

No era eso, no. No se refería al canto llano sor María Josefa. Ya la advirtió en otra ocasión que por ello no tenía que apurarse, porque el canto llano se aprende sólo á fuerza de práctica, y estaba segura de que lo aprendería. Eran otros asuntos de mayor entidad para la salvación de su alma. La madre abadesa la había hablado de ello el día anterior para informarse, y ella, la maestra de novicias, tuvo que decir la verdad, sufriendo una reprimenda por su descuido, y siendo amonestada para que lo enmendase á la brevedad posible.

—Hemos dejado el recreo para hablar de esto. Hemos venido aquí con permiso de la abadesa.

—¡Por Dios, hermana mía, querida maestra, dígame pronto lo que es, para corregirme!

Entonces la abrazó más estrechamente con la mano que tenía libre, cogiéndola la barbilla; la obligó á que levantase el rostro, la cabeza, para mirarse así las dos cara á cara, y abordó resueltamente el asunto, aunque con cierto temblor en la voz, temblor que se comunicaba á todos sus miembros, y que no podía, sin embargo, atribuirse á vacilación ó miedo.

Se trataba de los actos de devoción, del famoso amor divino.

—Se trata de los diversos estados por que el alma pasa para su perfecta unión con Dios. Se trata del éxtasis.

Y explicó la teoría más absurda de la espiritualidad. El método de San Ignacio. Explicó el primer periodo, *el purgativo*; para ello tenía que considerar que su alma no era más que mancha, pecado, miseria; que era preciso limpiar, purgar esa alma, inspirarse en el horror al mal, confesarse, por supuesto, descubriendo las menores circunstancias de sus pecados, cuándo, cómo, dónde, con qué medios. Hecho esto, se pasaba al segundo periodo, *el iluminativo*. En lugar de

las tinieblas del pecado, de las manchas ya lavadas, el alma tiene los fulgores de la vida nueva, los esplendores del bien, las funciones de la virtud. Brilla en ella una luz resplandeciente, llégase á gran altura, y, sin embargo, hay algo mejor todavía, que es el tercero y último período. *el unitivo*. ¡Oh! Entonces, el alma, desprendida de todo, libre del mal, como ave que se escapa de la red del cazador, puede ya remontarse á la suave región de la unión con la belleza infinita. Se anega el ser en los deleites del amor, tiene las contemplaciones arrobadoras, los éxtasis inefables.

—Para todo eso se necesitan quince días—terminó la monja.

—¡Quince días! —exclamaba Melita.—Voy á empezar hoy mismo. Descuide hermana, que no sufrirá por mí otra reprimenda de la buena madre.

—Quince días—continuó sor Maria Josefa, sin hacer caso de aquella interrupción,—á menos que se proceda por otro método mucho más rápido, por el cual se llega al éxtasis..... hoy...., ahora mismo, hija mía, si tú quieres.

Melita la miró sorprendida. Preguntó. Todo aquello la interesaba mucho. Eran las cosas que *constituyen la sustancia de la religión*.

—¡Ahora mismo! Y ¡cómo?

Entonces la maestra de las novicias la enseñó que para llegar á la unión perfecta con Dios se tardaba bastante, una quincena, cuando no se podía apelar más que al propio esfuerzo, cuando se quería llegar por sí mismo; pero que tan señalado favor era fácil conseguirlo valiéndose para ello de un agente intercesor ó intermediario.

—Algún santo ó alguna santa, ¿no es eso?

No, no era preciso picar tan alto. Bastaba con valerse de alguna persona que hiciera perfecta vida religiosa, que hubiese llegado ya á conseguir esta unión, uno de cuyos beneficios era el de poder trasmitirla á los que de ella consideraban merecedores.

—Siendo así.....—interrumpió de nuevo la impaciente Melita.

—Siendo así, cualquiera de las profesas de esta comunidad es suficiente, hija mía. Todas nosotras, desde la abadesa hasta la última, como esposas del Señor, estamos unidas con Él en unión perfecta. Todas gozamos ya hace tiempo del tercer periodo, del *unitivo*. Todas somos *extáticas*.

Melita vaciló un momento. Parecióle que iba á pedir un señaladísimo favor, algo así como la salvación de su alma, y que pudieran muy bien negárselo. Por último, cogiendo las manos de la monja:

—¡Ah, señora! ¿De modo que Ud. podría..... si

quisiese?... ¡Oh! ¡Por Dios!... ¡Si Ud. fuese tan buena!...

Sor María Josefa se puso muy pálida ante la súplica del acento y lo insinuante de la caricia. Pareció que tuvo que hacer un supremo esfuerzo para contener algún acto que debió sentir impulsos de llevar á cabo, y que á la reflexión y á la voluntad era difícil contener.

—¡Yo! Si, ciertamente. Yo puedo, yo quiero...; pero no sé si deba... Acaso es muy pronto..., acaso eres todavía indigna de disfrutar tales bienes...

—¿No me ha dicho Ud. que ahora mismo, que podía ser ahora mismo?

—Lo he dicho, porque es la verdad. Pero... es preciso..., es preciso que no te extrañes de nada..., que me obedezcas en lo que yo te mande hacer... Ya sabes el voto de obediencia... Es uno de los que tienes que practicar ahora ..., para profesarlo después... Que hagas, pues, lo que yo te mande..., y que no te resistas á lo que yo haga contigo.

Se adivinaba que la maestra vacilaba, dudaba, y quizás temía que era lo que se estaba jugando algo muy expuesto á riesgo.

—¿Conmigo?—preguntó Melita.—Y, ¿qué es lo que tienen que hacer conmigo?

Casi empezó á cobrar susto.

—Tranquilízate. No es nada terrible, nada doloroso.

—Pero...

—Se trata, sí, de una..., ¿cómo le llamaremos?... Como tú quieras... Una operación. Eso es, una operación que te hará sentir los inefabes goces del éxtasis.

Y, fuera de sí ya, con las mejillas más arrebatadas y los ojos llenos de fulgores:

—Ya verás.

La pluma se resiste á describir aquella repugnancia. Melita se sintió empujada dulcemente, tendida en el camastro; y la monja, sentada en el borde, inclinándose sobre ella, besábala en la boca, y sus manos se perdían entre las ropas de la inocente novicia, que, asombrada al principio, iba á dar un grito.

—¡La obediencia!—la dijo sor María Josefa.—La obediencia, no la olvides. Me debes la obediencia.

La infamia aquella se consumó. Adquirió el organismo de la virgen el primer vicio, vicio contra naturaleza. La credulidad propia de su absoluta ignorancia, confundió la sensación corporal con una explosión de sentimiento. El éxtasis.

—Y, sin embargo—dijo la hermana,—esto no es todavía el periodo *unitivo*.

Dijolo con enojo, porque en aquel instante era ya mediodía, y, por tanto, tuvieron que dejar la celda para ir á recibir las obediencias. Las obediencias, á cuyo amparo se había cometido aquel crimen.

Al recorrer de nuevo el claustro, sor María Josefa pronunció su última recomendación.

—De estas cosas no tienes que hablar con el nuevo confesor ordinario. Es el tuyo, ya lo sé. Te merece entera confianza. Pero los curas, hija mía, no entienden á veces. Además, que si le hablas de que tienes éxtasis, es muy probable que no lo crea y te penitencie por el pecado de soberbia, de exagerado amor propio, por figurarte que eres una santa, lo cual ya ves tú que resulta reprochable. Ellos ignoran, en punto á religión, muchas cosas que á nosotras se nos comunican por la intercesión divina, pues por algo somos las esposas de Jesucristo.

Y luego, para alejar de su víctima toda sospecha:

—Lo más que puedes decirle es que has empezado á practicar la mortificación de tu carne, sin explicarle en qué consiste esta práctica.

La dió un beso, la arregló los pliegues del hábito y siguieron andando.

¡Desdichada Melital

VI

Entre tanto, el padre Román Acebedo ejercía su nuevo cargo. Las monjas se confesaban dos veces en la semana, las vísperas de comunión de orden, que son los domingos, y los jueves. Es decir, que las confesiones se hacían los miércoles y los sábados. Confesábanse primero las postulantes, luego las novicias y las freilas donadas, luego las profesas, y la última de todas la superiora. Esta frecuencia de los sacramentos no pertenecía precisamsnte á la regla de Santa Clara, sino que formaba también parte de las innovaciones y costumbres establecidas en aquel monasterio.

Llevaba ya dos meses el padre confesando á sus nuevas penitentes, y todavía no le era posible decir si eran éstas de tales ó cuales facciones, y si sólo adquirió el convencimiento de su juventud, atendiendo á la frescura de timbre de las voces. Román estaba maravillado. Él, esclavo

miserable de una carne siempre rebelde, no escuchaba una sola confesión en que los combates contra la carne apareciesen. Aquellas débiles mujeres le hablaban, en cambio de infinidad de soñados delitos, que eran á la postre, y analizándolos, escrúpulos monjiles, cuya declaración realizaba lo verdadero de su virtud. En vano aludía el sacerdote en sus exhortaciones á los pecados contra la castidad. En vano presentaba el ejemplo de Santa Flora, que, á pesar de su pureza, apenas se hizo monja de la religión de San Juan, padeció horribles tentaciones, hasta que, con la gracia del Señor, á quien acudió á imitación del Apóstol, salió de ellas victoriosa y coronada de laureles; el de Angela Serafina, esclarecida fundadora de las capuchinas de España y de las Indias, que también triunfó; el de Santa Margarita de Cortona, que, después de haber sido pasto de la llama más inmunda, fué un volcán abrasado de amor de Dios en la tercera orden de San Francisco, en donde se refugió después de su conversión; el de Santa Pelagia, y otras muchas que, tras de graves pecados, hicieron rigurosísima penitencia y volaron al cielo llenas de méritos. Le dejaban hablar, y luego contestaban todas lo mismo, como si se hubiesen puesto de acuerdo y lo tuviesen aprendido de memoria:

—Padre, le ruego me perdone que no le responda, porque temo inquietar y turbar mi alma si trato de eso; fuera de que sobre ello, á Dios gracias, no tengo escrúpulo ni remordimiento alguno de conciencia.

¿Qué era aquello? ¡El satiriaco, y ellas... no! ¡Imposible! Sospechó que las confesiones no estaban bien hechas. Trató de inquirir, de averiguar. Buscaba un ardid, y dábase de calabazadas para encontrarlo, como vulgarmente se dice. Un ardid que las descubriese. Pensó en que dentro del monasterio podía contar con dos aliadas, ó, cuando menos, con una, si la otra, por su temprana edad é inocencia, no pudiera serle de gran provecho. Esta última era Melita. La otra, su hija de confesión; en realidad, su querida. La marquesa. La señora de piso. Por conducto de ésta, algo podía averiguarse.

Supuesto queda que no le llevaban en este punto móviles justos y buenos. Depravada la naturaleza, ya sabemos que había en él dos enfermedades que, aun cuando tenían muchos puntos de semejanza, diferían, sin embargo, en la esencia. La erotomanía (1) y la satiriasis (2). El mal nacía

(1) Véase *El Cura*.

(2) Véase *El Confesonario*.

en esta última de la irritación de los órganos reproductivos, cuya irritación reaccionaba sobre el cerebro; en la primera, el mal residía en la cabeza, la imaginación era la afectada; había un error de entendimiento. Era un padecimiento mental en el que las ideas amorosas estaban fijas y dominantes, como las religiosas en la teomanía; la satiriasis haciale víctima de un desorden físico; la erotomanía lo convertía en juguete de su imaginación.

La monomanía erótica es á la satiriasis lo que las afecciones vivas del corazón, vivas pero castas, al libertinaje.

Por eso, al establecerse en el convento, al aceptar el cargo de confesor ordinario de las clarisas, Román se preguntó con verdadero susto:

—¿Qué va á pasar aquí?

Como erotómano, la sola idea de su cargo, «confesor de monjas», llevaba el pensamiento á visiones en que se complacia, delirando absurdos que nadie más que él hubiera concebido. Fingíase las soledades del claustro, el aislamiento de la clausura, propicio á todo; se figuraba, por los suyos de sacerdote célibe, los tremendos combates en que se consumirían las vírgenes del Señor. La fantasía iba más allá en lo porvenir y en el presente.

Veía á las religiosas, veinte ó treinta mujeres, en los distintos actos de la vida común, reunidas en el capítulo, en el coro, comiendo en el refectorio, discurriendo por las alamedas del huerto, cogiendo flores, haciendo aquellos preciosos ramos que le entregaban luego por el torno de la sacristía para que los pusiera en el altar de la Virgen.

Veíalas á todas reunidas ó separadas, consagradas en sus celdas á la oración, y daba á cada una las facciones que más se acomodaban á los tipos que su instinto artístico tenía preferidos como de belleza. Unas eran de la estatura de la Venus de Médicis, que es la misma dada por la escultura cristiana á sus Purísimas. Otras, altas, reposadas de movimientos, graves de expresión, de bondadoso y dulcísimo mirar, de brazos largos como las estatuas de Canova; aquéllas, de ojos azules, como los de Melita, como los de Gertrudis; éstas, negros y rasgados, con una gran curvatura de pestañas y mucha sombra en los párpados. Ostentando las novicias el fresco sonrosado de las mejillas; las profesas, la interesante palidez de su larga vida de claustración, las frentes ennoblecidas en su modelado por el misticismo, arrobadas las facciones en la contemplación de los esplendores del culto, todas sintiendo bajo los

hábitos el latir apresurado del corazón, la necesidad del amor humano, combatida por su inextinguible sed de los afectos celestes. Todas soñadoras, apasionadas; todas, como él, víctimas de los preceptos, llevando su cruz y esperando el día de la liberación eterna. No era preciso allí más que la presencia de un hombre para producir la explosión, y ese hombre..., ese hombre, caso de entrar alguno, tenía que ser el confesor ordinario.

¡Soñar esto, y encontrarse con una observancia estricta del voto de castidad, estricta y fácil, sin luchas contra tentaciones de ningún género! ¡No era posible! Las clarisas le engañaban. Era preciso saberlo todo por la marquesa. Entrar por allí, por la habitación que ocupaba ésta en concepto de señora de piso, y á la que, como ya es sabido, le era permitido al confesor el libre acceso.

De esta licencia usaba á diario; y como antes en el hotel, ahora en el convento se repetían los ataques del satiriaco, las escenas repugnantes y terribles, hasta el punto de conseguir aterrar á Gertrudis, que no concebía sino como amor creciente lo que era crecimiento y desarrollo fatalísimo de la enfermedad, cuyo desarrollo iba tomando caracteres funestos.

Mucho más funestos, si se atiende á que la marquesa estaba, prematuramente quizás, atravesando

do aquel periodo que los antiguos médicos consideraban como el de mayor peligro para la mujer.

Según recuerdo que dice á este propósito M. Pidou, *la edad crítica* en las religiosas es, por lo común, poco temible. «Larga vida y mala salud, añade, es la suerte que las espera.»

Pero en la marquesa, aunque haciendo en la apariencia la vida de monja, la edad crítica podía tener otros resultados, por sus pasiones violentas, y, sobre todo, por los excesos á que Román la sometía. La edad crítica, la menopausia, aparte de sus síntomas locales, y atendiendo sólo á los generales, era un hecho en la marquesa. Cierta tendencia á la obesidad, debilidades de estómago, languidez y sudores profusos, y, sobre todo, una gran susceptibilidad nerviosa, ó, por mejor decir, la exasperación de la susceptibilidad ya existente é inherente á su constitución, no dejaban lugar á duda.

Podía sobrevenir una porción de accidentes, de lesiones, que permanecen en estado latente, y que al atravesar este periodo llegan á ocasionar la muerte de una manera inesperada. La hemorragia, las úlceras, los pólipos, el terrible cáncer y la hidropesía; podían reaparecer enfermedades antiguas: la que contrajo al caer de nuevo, por obediencia á Román, en brazos de su enfermo marido.

Para combatir y preservarla hubiera bastado con los más sencillos consejos de la higiene. Alejar todo lo que pudiera producir éxaltación de la sensibilidad; someterla á un régimen alimenticio, suave, humectante, poco suculento. Vestidos de suficiente abrigo, para mantener esa abundante transpiración que es propia para disminuir la plétora; evitar la permanencia en un ambiente frío y húmedo; hacer un ejercicio moderado al aire libre; impedir las vigiliias ó el sueño demasiado prolongado, y toda violenta agitación del alma.

En lugar de esto, Gertrudis era *señora de piso* en el monasterio de las clarisas; en lugar de esto, su vida era sedentaria, su imaginación exaltábase, así como su sensibilidad; la alimentación era insana, el abrigo poco, fría y húmeda su habitación, situada en el piso bajo; y lo más terrible era aquella visita diaria de su confesor, de su amante, del satiriaco.

El desarrollo de la crisis en Gertrudis, en la marquesa, era peligroso bajo el aspecto puramente fisiológico, y éralo todavía más bajo el intelectual y moral. Sabemos la historia de esta mujer, nacida para cumplir los mejores fines del amor, para cumplirlos por entero, y á quien el destino, si así lo quieren los fatalistas, la insuficiencia é imperfección de nuestro estado social, realmente,

habían impedido que los verificara. Historia llena de tristezas, en que su sexualidad lanzaba el grito de los más amargos reproches contra el marido crapuloso, contra la infidelidad del primer amante, contra la ciencia médica, contra todo y contra todos. Hembra, se vió fecundada una vez tan sólo, y luego tuvo que condenarse á las inacciones de la esterilidad. Sintió la fuerza de atracción de las caricias primeras, y luego el asco y la náusea hacia el mismo ser que se las inspiraba. Siguió entonces la tortuosa senda del adulterio, sin encontrar las compensaciones de esta violencia. Y ahora, á lo último, cuando la menopausia se presentaba; cuando ya ninguno de aquellos destinos podía realizarse; cuando llegaba la sequedad de sus entrañas, casi puede decirse que la desaparición de las verdaderas sensaciones; cuando la unión sexual no podía tener más objeto que el de un adquirido hábito vicioso; ahora que el árbol no podía dar flores ni frutos, encontraba el amante, para que fuese más sentida la pérdida de la esperanza, la inutilidad de cualquier esfuerzo.

Esto se figuraba la marquesa, porque no podía sospechar que, de todas sus historias de amor, la última, la de Román, fuese la más lamentable. Porque no adivinaba ni presumía que el frenesí tuviese carácter de enfermedad, y supuso en cada

frenético un apasionado. De aquí la aberración de cometer pecado y amar á Dios sobre todas las cosas. De aquí el arrodillarse en el lecho, en el mismo lecho, caliente aún por el cuerpo del hombre; cruzar las manos, fijar sus miradas en la cruz colgada á la cabecera, y rezar, mover los labios, y procurar que con los labios se moviera el espíritu á la contemplación de las celestes visiones. De aquí, por último, una melancolía infinita, que tenía dos verdaderas bases, la edad crítica, base fisiológica; la desesperación, base moral.

Una tarde, ya muy cerca del oscurecer, entró Román en la celda de Gertrudis.

—Escucha: esta noche es preciso que yo duerma aquí.

—¿Cómo? ¡Imposible!

Le miró para descubrir en su rostro lo irrevocable de la resolución formulada. No podía creer que fuese cierto. El confesor sabía mejor que nadie las terminantes órdenes que regían en el convento. En todo el monasterio no había más que dos hombres, sin contar el padre Acebedo, puesto que el sacerdote no vivía dentro de la clausura. Estos dos hombres eran el jardinero y su hijo.

Pues bien: el jardinero, un anciano de sesenta años, hombre que se casó muy tarde, á los cuarenta y ocho, y su hijo, hijo de viejo, un muchacho que contaba apenas doce años, antes de que rezaran las monjas Maitines y Laudes, al toque de silencio mayor, que se daba á las ocho y media de la noche, los dos, padre é hijo, salían del convento, dormían fuera de aquel recinto, y las religiosas quedaban solas bajo la custodia de sus puertas cerradas con dobles llaves.

Repitió, pues, la señora de piso su contestación:

—¡Imposible!

Pero Román se encogió de hombros desdeñosamente. Estaba seguro de su fuerza, confiado en alcanzar lo que pedía. Gertrudis era más que suya. Su esclava en cuerpo y alma. A él le tocaba mandar, y á la otra obedecer. Además, que, como ya es sabido, al sacerdote no le faltaban nunca razones en que fundar y con que disimular y fingir los intentos más reprobados, presentándolos con la apariencia, con el disfraz de nobles y laudables fines, en que el bien de los demás era el objeto único, la salvación de sus semejantes, ya que á tal empeño se habia consagrado con el afán del que tiene perdida la propia, con ese afán que para los sacerdotes pecadores se jus-

tifica en la famosa esperanza de esta máxima: *Animam salvasti, animam tuam liberasti.*

Tomó de nuevo la palabra. Explicó su proposición.

No se trataba de ningún capricho. ¡No! Tenía fundadas sospechas de que las monjas clarisas le ocultaban en el confesonario muchas cosas. Quería convencerse por sí mismo de que dentro del claustro existía alguna monstruosidad, suponiendo que monstruosidad debía ser, porque si simplemente fuera pecado, no se le ocultaran.

—Esto, sea lo que fuere, debe ocurrir de noche. Así, pues, me quedo. En interés de algo que á ti y á mi nos hace incurrir en responsabilidad. No sólo se trata de la religión. No puedo yo, desgraciadamente, mostrarme muy celoso por estos bienes, que tanto ultrajé. Se trata de tu hija. Si hay un peligro para ella, es preciso sacarla de aquí, llevarla á otro convento, donde la sinceridad de las confesiones no me inspire las sospechas naturales en el disimulo.

¡Un peligro para Melita! Ignoraban que ya era tarde. La madre se alarmó. Esta amonestación valió por todas, y hubo de decidirla.

—Está bien. Quédate. No salgas, porque no podrías volver á entrar. Aquí no vienen ya. Ni siquiera tienes que esconderte.

Entonces, en voz baja hablaron de Melita, de su estado especial, de aquella tardanza en ser mujer que era muy peligrosa. La marquesa, iniciada en estos misterios de su sexo, comprendía que el principio de una nueva función que no se ha ejercido todavía, llevada á su completo desarrollo, requiere mucho mayor grado de potencia que la que se necesita para la continuación de su actividad. Temía que la naturaleza de Melita no tuviese fuerzas bastantes para ello. Román la tranquilizaba. Sin entender nada de medicina, la razón natural decíale que, semejante á los demás procesos de desarrollo orgánico, el sistema de la generación admite considerables variaciones en punto al tiempo, sin necesidad de pasar los límites de la salud. Y que de la misma manera que un niño puede muy bien echar su primer diente á los siete meses, otro no lo hará hasta el año; y así, una joven puede adquirir todas las condiciones de mujer á los catorce ó quince años, mientras que en otra aparecerán éstas á los diez y siete, y aún más tarde, sin que exista ninguna razón plausible para explicar la precocidad ó el retardo. Los cambios que se observan en la pubertad no se ejecutan todos al mismo tiempo, sino que necesitan un periodo de muchos meses para producirse, durante los cuales son más frecuen-

tes las enfermedades; y estas épocas son mucho más fatales en las mujeres que en los hombres. Era, pues, muy natural la ansiedad de la marquesa, que se aumentaba en proporción de la tardanza que experimentaba Melita en llegar al desarrollo definitivo; porque desde el momento en que la nueva función se hubiera establecido convenientemente, muchos peligros inherentes á la pubertad podían considerarse como pasados.

Gertrudis se mostró más explícita con el amante: habló de Melita, del cuerpo de Melita, desnudándola, digámoslo así, ante la imaginación de su confesor, con palabras crudas. Tenía ya todos los signos: el desarrollo de los pechos, la aparición del vello, la voz tomando su timbre, y sus inclinaciones cambiando por completo. Quejábase de una sensación de plenitud y de pesadez, de dolores lumbares; padecía frecuentes dolores de cabeza. Román, con este relato, se sobreexcitaba poderosamente.

Eran ya las diez. Todas las religiosas debían estar recogidas, y, sin embargo, el sacerdote pareció haber olvidado los propósitos que allí le condujeran. Miraba á la marquesa con todo el brillo que en los momentos del acceso ponía la fiebre en sus ojos. Se levantó para acercarse adonde ella estaba. Mudo, pálido, convulso, convertido, como

siempre, de ser humano en bestia de lubricidad, empleó la fuerza, sin pronunciar una palabra, cogiéndola en sus brazos, echando el cuerpo de mujer sobre la cama, y cayendo él sobre la masa de carne:

—¡Oh! ¡Por Dios, pueden oírnos!

Era inútil resistir. Mejor entregarse, para evitar mayores males. Dejarle saciar sus instintos. La mujer quedaba en estos trances extenuada, rendida, casi exánime. Así es que desde el primer abrazo palidecía, porque, como por presentimiento, adivinaba que estaba corriendo un verdadero peligro de muerte. El día en que la satiriasis no se aplacara; el día próximo en que, lejos de satisfacerse, adquiriese mayor exacerbación en aquellos carnales contactos, el sacerdote empezaría por acariciar á una mujer, y acabaría besando horrorizado un cadáver.

Aquella noche salvaronla las imaginaciones y proyectos que llevó á su celda el padre Acebedo.

Las doce daban en el reloj de la torre, cuando el amante, al oír la última campanada, puede decirse que recobró el uso de la razón, ó que sintió ir por otros caminos su locura. Arregló el desorden de su traje talar, púsose en pie de un salto, y sin esperar la cooperación y ayuda de

la mujer, abrió por sí mismo la puerta de comunicación.

Se encontró en el claustro bajo del convento. La oscuridad de una noche lluviosa y triste, una de esas noches propias del cielo nublado de Toledo, favorecía sus propósitos. Sin embargo, no pudo evitar sobrecogerse en la soledad. Bastaba el más ligero incidente para que descubrieran su presencia. Tembló al pensar el escándalo que se promovería. Las sombras le fingían tocas blancas y velos que venían por entre las arcadas del claustro en dirección contraria á la suya. Más de una vez, la visión tuvo tales apariencias reales, que le dejaba inmóvil, ó bien le hacía dar un prodigioso salto, para esconderse al amparo de uno de los pilares de la arcada que circuía y limitaba el anchuroso patio. En medio de éste había una cruz de piedra, verdosa por la humedad; desde uno de sus brazos, donde sin duda se había posado, partió volando un pajaraco, un ave nocturna, quizás la lechuza, agitando el aire con un gran ruido de alas. Román estuvo á punto de dar un grito. La lluvia, en gruesas gotas, rebotaba sobre las baldosas y formaba charcos, arroyos, que corrían por el declive hacia el centro. Luego

todos estos arroyos caían ruidosamente por la rejilla de un sumidero. Román siguió andando. Gertrudis le había dicho la dirección que debería tomar, y el sitio donde se encontraba el dormitorio común. Allí era donde se proponía entrar. ¡Las doce dadas! A las diez se habían acostado. Era de suponer que todas las religiosas gozarían del primer sueño. Todas, incluso la abadesa. De suponer asimismo, que la puerta no estaría cerrada, sino con aldabilla únicamente.

Conocía la disposición del dormitorio. Un salón dividido por medio de biombos, y dentro de cada una de estas divisiones era donde dormían separadamente las religiosas. Lo que no pudo decirle Gertrudis fué hacia dónde caía el departamento de sor María Egipcíaca, pero el confesor supuso que sería el primero de todos. Él no trataba de entrar en ninguno. ¡No! Quería cruzar por en medio de ellos, escuchar, ver algo si era posible, puesto que en el dormitorio había luz encendida toda la noche, y, viera lo que viese, volver á marcharse.

Llegó. Sus presunciones eran ciertas. Conteniendo el aliento, y con extremo cuidado, levantó la aldabilla. Allí debía ser; tanto por las instrucciones que tenía, cuanto por la luz, una débil claridad que brillaba dentro. Abrió. Allí era. Oíanse

á través de los biombos las respiraciones sosegadas. ¿Dormían? Todas, no. En la primera división, la que la ocupaba, sin duda no podía conciliar el sueño, y oyó Román el crujir del jergón indicando que se agitaba el cuerpo en el camastro. Ésta era una contrariedad que le impedía avanzar, le dejaba inmóvil delante de aquel biombo, sin atreverse á llamar la atención de la desvelada con el ruido de sus pasos, por muy recatados que los diera. El temor le acometió de nuevo. Además, suponía, como ya sabemos, que quien ocupaba aquel primer compartimiento era nada menos que la mismísima sor María Egipciana de la Ascensión, la superiora.

En aquel estado de quietud forzada en medio del silencio, al poco rato pudo oír hasta lo más leve. De pronto irguió la cabeza sorprendido. No era sólo la respiración de los durmientes la que percibía. Eran suspiros, cuchicheos en voz baja. Había muchas despiertas, é indudablemente algunas dormían juntas en una sola división. Luego sus sentidos no se equivocaron. Acababa de distinguir perfecta y claramente el estallido de un beso. Todos sus temores desaparecieron. Hasta entonces había dudado en mover pie ni mano, en pasar por delante de la entrada del biombo; ahora, quien podía temer el escándalo era la abadesa.

Adelantó, sin embargo, con precaución. Pero al llegar al hueco y separación tan temido antes, palideció de improviso intensamente. Una mano de mujer le había cogido por el brazo, y una voz en que no se adivinaba ningún acento de enojo le decía al oído:

—¿Cómo ha podido Ud. llegar hasta aquí?

La tenue luz del dormitorio había permitido que la monja no sólo viese el traje talar, sino que conociera las facciones. Porque aun cuando él no conocía las de ninguna de sus penitentes, ellas sí le habían visto, por la disposición especial de la reja que les servía de confesionario. Él no conocía más que la voz, y la voz no era la de la abadesa, que aprendió fácilmente á distinguir entre todas, por ser la última que se confesaba.

¿Quién era aquella religiosa?

—Entre Ud., padre. Entre.

Y tiró del brazo hacia sí suavemente. No se la oía andar. Se movía como una sombra. La explicación del hecho era muy sencilla. Iba descalza, siguiendo el voto especial de otras muchas de la comunidad, y á imitación y ejemplo de la abadesa.

Román veía perfectamente. Viniendo de las oscuridades de la noche allá en el claustro, la luz del dormitorio, por tenue que fuera, dábale

más visión que á la monja misma. Tenía delante de sí á una muchacha de diez y nueve á veinte años á lo sumo, morena, de graciosa y ardiente expresión, no muy alta, inquieta y ligera de movimientos, nerviosa, acusando en todo una gran plenitud de vida, supremo desarrollo de formas, soñadora frente, llena de juveniles fulgores, cálidas mejillas, boca sensual. Le miraba y sonreía.

El quiso explicar su presencia. Pero la joven no le dejó concluir la perorata en que iba acumulando distingos, argucias y pretextos de todo género para justificarse.

—Dejémoslo estar. Ha venido Ud., y esto es todo. La suerte ha sido que yo le viera; de lo contrario, sabe Dios lo que sucedería. Padre, Ud. no sabe lo que pasa aquí.

El sacerdote prestó atención.

Su hermosa penitente lo contó todo. Hablaban cuchicheando para que no se les oyera. Inclínase la monja hacia él para contárselo al oído. Los dos estaban sentados en el camastro.

¡Ló que pasaba en el convento! Excedía á las presunciones de Román, á cuánto él pudiera haber imaginado. Fué una confidencia detallada, mejor que todas las confesiones. El padre Acebedo supo en lo que consistía la contestación que

al llegar á las acusaciones del sexto mandamiento le daban todas las religiosas. «Padre, *le ruego me perdone que no le responda, porque temo inquietar y turbar mi alma si trato de eso; fuera de que sobre ello, á Dios gracias, no tengo escrúpulo ni remordimiento alguno de conciencia.*» ¡Exacto! Lo hacían sin escrúpulo ni remordimiento, por aberración de los sentidos, y más concretamente, era esta aberración la del instinto. El pecado para ellas era el cometido con el hombre. No le daban otra interpretación al precepto del Decálogo ¡«No fornicarás». Pues bien. ellas no fornicaban. Amábanse unas á otras, y aun esto *sin preferencias*, según manda la Regla. Allí no había celos. Todas se consideraban esposas de Jesucristo, transformaban á Jesucristo en sultán, y ellas, sus odaliscas, tenían en el convento todos los vicios del serrallo.

—Esto [ha sido causa de mi desgracia—prosiguió la profesas;—yo me resisto. No sé por qué, pero no puedo vencerme á ciertas cosas. Me dan asco. Me irrita oírías decir que buscan en tales porquerías el éxtasis. Que son extáticas. Yo no vine al convento en estado de inocencia. A mí, como á otras novicias, no pudieron engañarme. Así es que soy aquí la víctima de todas. Llevo dos años en el claustro y uno de profesas. Toda-

vía estoy bajo la dependencia de la maestra de novicias. No pasa día sin que ésta ó la madre abadesa me castiguen. Pero mi mayor castigo son las noches; tener que dormir aquí, en el dormitorio común. Oír lo que Ud. ha oído; me desvelan, me inquietan, perturban mi alma. Dígase lo que se quiera, padre, á mi edad, no es una de mármol. Lo que tiene es que, despertando mis sentidos, no caigo en brazos de ninguna de ellas, no caeré nunca; pero han hecho que mi castidad desaparezca, y que tenga fijo mi pensamiento en el hombre. No es mía la culpa. No lo puedo evitar. Monja soy, pero también soy hembra, muy hembra.

Y tapándose la cara con las manos, ahogó un sollozo y secó una lágrima entre sus dedos.

Desde que se sintió atraído por ella, desde que sentaron allí, el sacerdote apercibió un nuevo peligro. Un riesgo de distinta naturaleza que los tenidos al principio. Existía siempre en su carne de satiriaco, exacerbada por la irritación constante á que se veía condenado. Mucho más ahora, en presencia y en contacto de aquella mujer, y más aún al escuchar el relato de las miserias que confirmaban sus presunciones. Cuando terminó con estas palabras: «Monja soy, pero también soy hembra, muy hembra», no pudo dominarse

por más tiempo. Sabía, ella misma lo declaró implícitamente, sabía que no daría un grito de susto, sino que, por el contrario, había de reprimir el de júbilo, el de satisfacción; que no iba á encontrar resistencia, sino abandono, y pensó que tal vez, al asirle del brazo al pasar, haciéndole entrar allí, la monja, observando igual conducta que la de las mujerzuelas que detienen á los hombres á la puerta del lupanar, acaso, acaso, esperaba ahora en silencio eso mismo, la explosión de la lujuria en el sacerdote, no para rechazarla, sino para compartirla.

Así fué. Cayeron los dos, ella de espaldas, devolviéndole el abrazo y estrechándolo contra su agitado pecho; revolviéronse y se mezclaron los hábitos y la sotana, y la virginidad, lejos de lanzar el grito de espanto, dijo estas solas palabras:

—¡Por fin!

Mucho antes de la madrugada, el confesor ordinario recorría de nuevo el claustro de regreso á la celda de la señora de piso.

Si hubiera podido enterarse Melita de todo aquello, la curiosidad de Román quedaría más satisfecha con esta explicación:

—¡Ah! Ya sé quién es. Sor María de la Soledad. La que estuvo en el huerto cogiendo hormigas.

VII

El día siguiente éralo de confesión para la comunidad. El padre Acebedo conoció bien pronto en la voz, voz para él ya querida, á la penitente.

Como recién profesa, se confesó después que la última de las novicias.

Iba muy turbada, balbuceando las frases; no sabía cómo decirlas. Román acudió en su ayuda.

—¿Tiene una pena de corazón?

—Sí, padre.

—¿Ha habido pecado?

—Sí, padre.

—¿Está bien arrepentida de su culpa?

—Sí, padre.

—Inclínese, hija mía, que voy á darle la santa absolución.

Era un maestro.

Pero el oficio de Ramón estaba aquel día lleno de dificultades. Detrás de sor María de la Soledad

empezaron á confesarse las profesas, que estaban sometidas únicamente al poder de la superiora.

La primera fué la maestra de novicias. El cura abordó la cuestión de una manera ingeniosa.

--Hija mía, perdóname que te impida confesar tus culpas para que antes me escuches. Pero es necesario. Yo tuve anoche, ¿qué te diré yo?, una especie de revelación acerca de todas vosotras, y quiero participártela, quiero consultarte.

—Hable Ud., padre.

—Pues bien: mi revelación petenece, sin duda, á la clase de las llamadas intelectuales.

—No le entiendo, padre.

—Voy á explicártelo, porque éstas son cosas de teología que conviene enseñar á las que, como tú, profesan los cuatros votos. Las visiones ó revelaciones, como quieras llamarlas, unas son externas, otras imaginarias y otras intelectuales. Las externas son las que se ven con los ojos; las imaginarias las que pasan en la imaginación, y las intelectuales no se ven ni con los ojos ni con la imaginación, si no con el entendimiento, por medio de la luz divina, que proporciona los objetos de ella. Esta especie de visión, dice Santa Teresa, es toda espiritual: los sentidos exteriores no tienen ninguna parte en ella, ni tampoco los interiores, como la imaginación. Debo advertirte

que con los ojos ó con la imaginación no pueden presentarse al alma los objetos, sino bajo una apariencia corporal, aunque estos objetos se refieran á sustancias espirituales; al contrario, por el entendimiento, se ven aún las cosas materiales como si fueran espirituales, ó, por mejor decir, se conocen y no se ven, y su conocimiento es todavía más perfecto que si se vieran con los ojos del cuerpo. Conviene que sepas, además, que estas revelaciones pueden ser obra de Dios ú obra del demonio. Lo mismo sucede con las intelectuales, según San Juan de la Cruz dice en su *Subida del Monte Carmelo*, y contra la opinión del cardenal Petrucci. Sin embargo, las corporales están mas sujetas á ilusión (y aquí acentuó mucho y recaló las frases), y las más veces son producto de la imaginación, sobre todo en las mujeres. Voy á decirte ahora cuáles sean los signos para distinguir las verdaderas de las falsas.

—Todo eso es muy curioso, padre—interrumpió la monja gangueando.—Muy curioso, pero completamente inútil. Yo no veo visiones.

—A eso vamos, hija mía. Ten un poco de paciencia y escúchame. Cuando las veas fijate en esto: primero, si vienen súbitamente y sin que lo piense el alma; segundo, si empiezan causando confusión y calor; tercero, si son raras, porque

las que se repiten con frecuencia son muy sospechosas; cuarto, si duran poco; porque cuando el alma mira mucho el objeto que se le representa, dice Santa Teresa que es una señal de que la visión es más bien efecto de la imaginación: las más veces pasa la visión divina como un relámpago, mas no por eso deja de quedar fuertemente impresa en el alma; quinto, visión verdadera deja en el espíritu una paz profunda y un vivo conocimiento de su propia miseria, al propio tiempo que aviva grandemente el deseo de la perfección, á diferencia de las visiones diabólicas, que producen solamente impresiones pasajeras y dejan en el alma sequedad, congoja, movimientos de propia estimación y..... *y un gusto sensible de este género de gracias.*

Hizo una pausa. La penitente ya no le interrumpía. Antes, por el contrario, escuchaba con atención profunda, sin querer perder una sílaba.

—Sin embargo—prosiguió Román,—todos estos signos, según la misma Santa Teresa, no dan una completa seguridad: á veces el demonio sabe fingir una quietud, unos pensamientos de humildad y unos deseos de perfección, cuyo autor no es fácil de conocer: válese el espíritu maligno de tales ardidés para sorprender la confianza y coger el alma en alguna red. Por lo tanto, si tú tuvie-

ras visiones, hija mía, yo que soy tu director espiritual, me guardaría muy bien de prohibir á tu alma que me las participe. Al contrario, te mandaré que me digas lo que ves, [sea verdadero ó falso. No mostraré curiosidad de saber estas cosas, ni preguntarlas municiosamente, ni prevendré tu respuesta, dicidido: *¿La cosa pasó tal vez así? ¿Viste tal cosa?* No. Yo sé cumplir con mi deber. No quiero exponer á ningún penitente mío á que responda afirmativamente, sea por malicia ó por inocencia. Si no me quedase ningún género de duda de que estas visiones no eran más que efecto de la imaginación ú obra del enemigo, ya porque debilitan la obediencia, la humildad ó las otras virtudes en el alma, entonces te lo declararía sin rodeos. Pero si no sé nada, no diré que son diabólicas é imaginarias, como algunos que se muestran demasiado incrédulos, al paso que otros, excesivamente crédulos, las tienen por verdaderas. Diré á mi penitente que [pida á Dios la saque de un camino tan peligroso, protestando que no quiere conocerle en este mundo más que por la fe. Por lo demás, le insinuaré que saque un fruto cierto de sus visiones, verdaderas ó falsas, esto es, el ser más fiel á Dios. De esta suerte, aunque el demonio hubiese sido el autor de ellas, el alma no será víctima de sus ilusiones.

—¿Y decía Ud., padre—exclamó la maestra de novicias,—que Ud. había tenido una revelación acerca de todas nosotras?

—Respecto al estado de vuestras almas, sí. La noche pasada.

—¡Ah! Y ¿qué fué ello?

—Se me reveló que habéis conseguido, por un medio *especial*, llegar á disfrutar de las tres especies de unión con la Majestad divina.

La religión hizo un movimiento brusco.

—Hable Ud. Siga Ud.

—Ya sabes, hija mía, que el Señor, después de hacer pasar el alma por la contemplación, la conduce al periodo *unitivo*. El único objeto del alma en este periodo debe ser unirse á Dios. Hay dos uniones, la *activa* y la *pasiva*; pero para salvarse no es necesario que llegue á la unión *pasiva*, basta la *activa*. Dios no guía á todas las almas por caminos sobrenaturales, y aun son pocas aquellas á quienes dirige de este modo. En el cielo veremos muchas que, sin haber tenido estas gracias extraordinarias, estarán más gloriosas que las que las hayan recibido. La unión *activa* es la perfecta conformidad con la voluntad de Dios; y en esto sin duda consiste toda la perfección del amor divino. «Las almas que no gozan más que la unión *activa*, dice Santa Teresa,

pueden tener mucho más mérito, porque es el fruto de sus esfuerzos: el Señor las trata como almas fuertes, á quienes reserva, para dárselo todo á un tiempo, aquello de que las priva en este mundo.»

—¡Eso dice la Santa?

—Eso dice, y añade en cambio que, en la unión *pasiva*, *el alma no ve, ni siente*, ni percibe su estado, porque la abundancia de la luz y del amor forma esa dichosa oscuridad en que se hallan suspensas todas las potencias del alma. *Esta unión, continúa la Santa, no dura á lo sumo más que media hora.*

—¡Es verdad!—exclamó sin poderse contener, y dando un suspiro, la religiosa.

—En las otras contemplaciones, Dios se da á conocer como próximo; pero aquí como presente, y el alma tiene el delicioso coocimiento de su unión con El. Hay tres especies de unión: la unión *simple*, la de *desposorios* y la *consumada*, que se llama *consorcio espiritual*. De la simple acabo de hablarte. Fijate ahora en lo que consiste la de desposorios. El Señor hace ordinariamente que preceda á esta unión la aridez sustancial que sirve de purificación al espíritu. En esta especie de unión se distinguen tres grados: el *éxtasis*, el *arrobamiento* y el *vuelo de espíritu*. En

la unión simple están suspensas las potencias del alma, pero no los sentidos corporales, aunque su acción es tan débil que casi quedan reducidos á la nulidad. En el *éxtasis* se pierde también el uso de los sentidos; de suerte que no se ve ni se oye, y el que lo experimenta llega á ser insensible á los golpes y agitaciones. El *rapto* ó *arrobamiento* es una impresión más fuerte de la gracia, por la cual el Señor, no solamente levanta el alma hasta la unión, sino que también la arrebatada por un movimiento súbito y violento; *de suerte que á veces el mismo cuerpo es elevado del suelo, y nos parece tan ligero como una pluma*. El *vuelo de espíritu* se verifica cuando el alma se siente como transportada fuera del cuerpo y levantada sobre sí misma con mucha fuerza, lo cual, al principio, á las novicias, que no á vosotras las profesas, les causa gran temor. De manera que en el vuelo de espíritu se comprende el éxtasis, porque hay pérdida de los sentidos, del mismo modo que el rapto, es decir, el movimiento violento.

—Cierto, padre—dijo la religiosa, arrastrada y seducida, á pesar suyo, por las explicaciones del confesor;—cierto; así es. Cuando yo me siento favorecida de estas gracias, en eso que Ud. llama vuelo espiritual, me parece que me arrancan el

alma del cuerpo, y que me la arrebatan con tanta violencia, que creo recorrer inmensas distancias en un instante, y con gran sobresalto, como ignorando en dónde había de detenerme.

—No tiene nada de extraño—arguyó el confesor con una seriedad imperturbable:—hay quien en esos momentos se figura que está muy lejos de España, más allá de los mares, en Manila.

Tosió, y luego dijo:

—Pasemos ahora á la *unión consumada*, que es la más perfecta é íntima que puede conceder el Señor en su vida á un alma peregrinante. Llámase *consorcio espiritual*, como ya he dicho. En él es transformada el alma en Dios, y viene á ser una misma cosa con Él, como un vaso de agua colocado en el mar viene á sumergirse. En las otras uniones están suspensas las potencias; pero no sucede aquí lo mismo; porque, purificadas de lo que tienen de sensible y grosero, son propias para la unión divina. Así la voluntad ama á su Dios con una suprema dicha, y el entendimiento conoce esta unión íntima y reflexiona en ella, como si alguno mirase al sol sin deslumbrarse y conociera todo su resplandor. Hay que notar que esta unión no es pasajera como las otras, sino permanente; de suerte que el alma goza habitualmente en la mayor paz de la presencia de Dios,

con quien está unida. Las pasiones no la turban: las ve aparecer, pero sin afligirla á la manera de un hombre que, situado sobre las nubes, viera formarse las tempestades en las regiones inferiores, pero que no las sintiese.

Román terminó:

—Ahora bien, hija mía: ¿es cierto, ó no lo que se me reveló la noche pasada? ¿Gozáis de las tres especies de unión, de la *simple*, con su éxtasis y arrobamiento correspondientes; de la de desposorios, con el *vuelo de espíritu*, y de la consumada? ¿Vosotras, esposas del Señor, es cierto que disfrutáis del *consorcio espiritual*? ¡Ah! ¡Si así fuera, qué mayor dicha para mí sino la de ser confesor de un convento en que no hay una, sino tantas Teresas de Jesús!

Sor María Josefa del Consuelo estaba irresoluta. Conociásele que no acertaba con el partido que debía tomar. Indudablemente, allí había habido una delación; el cura sabía algo. A ella, que no la fueran con revelaciones. Aquel padre Acebedo era un zorro astuto. Pues bueno: ella también. Ella era una zorra. Partida igual. Sin embargo, lo cierto y averiguado, y en esto no cabía engaño, porque se deducía de la dulzura del acento, de lo insinuante del consejo, de la mansedumbre y cariño, era que el confesor se porta-

ba como hombre que no trata de abusar de su secreto; antes, por el contrario, prefiere, si es posible, sacar con la garantía de su reserva alguna utilidad. Indudablemente, el padre Acebedo tenía mucho talento; daba pruebas de tenerlo. Y, además de esto (al pensar así, le miraba por la rejilla), además de esto, era muy guapo y joven todavía, en lo mejor y más lozano de la edad viril. Representaba unos treinta años.

¡Con cuánta elocuencia y con qué tacto tan exquisito había tratado aquellos asuntos peligrosos! ¡Qué manera de describir, valiéndose de Dios y de los movimientos del alma, lo que era humanidad y movimientos del cuerpo!

No obstante, convenía no proceder de ligero.

—¡Mire, padre, el caso es peliagudo!

—Ya lo sé, hija mía.

—Pues no se extrañe de que, por esta misma razón, me reserve contestarle con toda sinceridad hasta tanto que lo consulte con todas mis hermanas y obtenga el conveniente permiso de la madre abadesa. Ahora, si le parece, haré la confesión de mis culpas y pecados.

—Hágala, en buen hora.

Fué muy rápida. No estaba el ánimo de la religiosa para detenerse en escrupulizar y hacer registros minuciosos por los rincones de la concien-

cia; además que su larga estancia de rodillas ante la reja había provocado la admiración de sus compañeras. Toda la comunidad, detrás de ella, había dejado de estar con espíritu de humildad, esperando cada una su turno; y curiosamente apartados los ojos del libro de oraciones, la miraban y se miraban después unas á otras, escandalizándose, sin duda, de aquella enorme carga de pecados que llevaba la maestra de novicias. La madre abadera se mordía los labios, perdiendo, al fin, ante aquel espectáculo su máscara de bondad y de dulzura. Se los mordía con ira. Estaba pensando en la cárcel, en el cepo, en las *baquetas*. ¿Cuál de estos castigos sería más doloroso para la culpable?

Por fin, sor María Josefa se levantó, inclinándose profundamente ante la rejilla. Al volverse, la miraron. Su rostro estaba pálido todavía por la emoción.

—¡Hermandad! ¡Chist!

Era la superiora la que la llamaba. La maestra se apresuró á dejar su puesto y acercarse; pero sin dar tiempo á que la otra la increpase:

—Reverenda madre, pido venia para hablarla á solas en cuanto salgamos de aquí. Ocurre algo muy grave. Tengo que hacerla una consulta.

—¿Acerca de qué?

—Acerca del padre.

—¿De nuestro confesor?

—Y de lo que me ha dicho. Se trata del interés de toda la comunidad.

—¡Ah! Concedido. Aplazaré mi resolución; la resolución que he tomado, hasta después de oirla, hermana.

Quedó desarmada; y la curiosidad podía tanto en la buena madre, que llegó á advertir á sus inferiores, llevada de su impaciencia:

—Procuren ser breves y despachar pronto.

VIII

La conferencia entre la buena madre sor María Egipciaca de la Ascensión y la maestra de novicias, sor María Josefa del Consuelo, fue larga, larguísima; duró dos horas.

Se verificó á puerta cerrada en la celda de retiro de la abadesa. Y así no anduvieron las dos mujeres con ambages y rodeos. Podían, según marca el precepto del retórico, puesto que estaban solas, y puesto que no había precisión de disimulo, *pensar alto, sentir hondo y hablar claro*.

Estaban sentadas una frente á otra, en dos de aquellas sillitas bajas de enea que usaban en el convento para las labores. Libres de testigos, dieron expansión á su cariño, porque excusado es decir que aquello de no tener preferencias de amistad, ordenado por la Regla, regia en público; pero en realidad, la maestra de novicias era la favorita de la abadesa. Empezaron por abrazarse

estrechamente, besándose en los labios, y luego, enlazadas las manos, mirándose con complacencias propias de la mirada de los amantes:

—¡Habla! ¡Ya te escuchol ¿Qué te ha dicho ese hombre?—exclamó Maria Egipciaca.

—Mucho, y muy bueno.

Y con estas cuatro palabras empezó la favorita el relato de lo ocurrido en el confesionario. Ya suponía ella que su buena madre, al verla tanto tiempo arrodillada, estaría muerta de celos y pensando quizás en algún tremendo castigo; pero se trataba de una cosa en extremo importante, y estaba segura de que al saberla sería perdonada. Cualquiera en su caso hubiese obrado del mismo modo.

—Acaba. ¿Qué es ello?

Entonces lo explicó detalladamente. Ello era que el padre Román se había enterado de todo. Que aquel hombre, por fuerza tenía que ser muy ladino, y más monje él, sin verlos ni tocar, que todas las monjas juntas, habidas y por haber. Para convencerse, bastaba oírle: ¡qué palabra, Dios mío, qué palabra! No podía recordar textualmente cómo se explicó, pero se explicó divinamente, sin soltar prenda, y no quedándole nada dentro del buche. Pelos podía tener; pero lo que es en la lengua, no tenía ninguno. Luego, ¿había reparado bien

sor Egipciaca en aquel rostro de serafín, en aquella bizzarria con que llevaba el manteo, y lo buen mozo que era y lo garrido? ¡Dios las librara á cualquiera de las dos de estar un minuto á solas con varón semejante, porque podían pasar una porción de cosas en un minuto!

La superiora, escuchando, frunció su hermoso entrecejo de mujer de treinta años. La otra se exaltaba cada vez más en sus alabanzas del cura. Tuvo que interrumpirla de nuevo. *Llamarla á la cuestión*, que diria cualquier parlamentarista.

—Dices que lo sabe todo. Pues bien: ¿qué es lo que sabe?

Sor María Josefa la miró maliciosamente, como miraría un pilluelo á un granuja.

—Lo que hacemos todas nosotras. Y ¡sobre todo—añadió, levantándose y dándola un nuevo abrazo y otro beso nuevo,—lo que hacemos nosotras dos.

Pero la buena madre, lejos de corresponder á estas caricias, la rechazó brucamente.

—Déjame. Quiero que trates de recordar, si es posible, hasta sus mismas palabras y en el mismo orden que las pronunció.

—Me ha hablado del *éxtasis*, del periodo unitivo.

—Y ¿cómo explica él eso?

La maestra soltó una carcajada tal y tan alegre

y picaresca, que hizo sonreír á la otra, cambiar sus sentimientos por los de ternura, participar del genio juvenil y travieso de su interlocutora.

—Anda, dimelo. Á ver si te acuerdas.

La favorita se reconcentró un momento. ¿Qué no sería capaz de hacer ella para complacer á su amiga, cuando le pedía algo de aquel modo?

—De todo, no es posible. Pero si me acuerdo de la definición que hizo del *éxtasis*, del *arrobamiento* y del *vuelo de espíritu*. Escucha, verás tú. Verás qué bonito, y, sobre todo, qué exacto y qué bien disfrazado.

—Á ver. Di.

Imitando hasta la entonación de Román, engrasando la voz para que pareciese voz de hombre, repitió, con la asombrosa memoria que tiene en nosotros todo lo pecaminoso:

—Dijo que en el *éxtasis* se pierde el uso de los sentidos, de suerte que no se ve ni se oye. Que el *raptó* ó *arrobamiento* es una impresión más fuerte de la gracia, por la cual, no solamente se levanta el alma hasta la unión, sino que también se siente arrebatada por un movimiento súbito y violento, de suerte que parece como si el mismo cuerpo se elevara del suelo, haciéndose tan ligero como una pluma. Y en cuanto al *vuelo de espíritu*, añadió que se verificaba cuando el alma se

siente como transportada fuera del cuerpo y levantaba sobre sí misma con mucha fuerza. Sí, eso dijo; añadiendo que esto, á nosotras, las profesas, no, pero á las novicias, cuando les sucedía, les causaba mucho temor. ¿Has visto que tu-nante?

—Sigue.

—No me acuerdo. Te digo que no me acuerdo. ¡Ah! Sí. Y añadía que en el vuelo de espíritu se comprende el éxtasis, porque hay pérdida de los sentidos, del mismo modo que el rapto. ¿Cómo he dicho que llamaba al rapto?

—Movimiento violento — apuntó ya la superiora.

—Pues bueno: quedamos en que hay pérdida de los sentidos y movimiento violento.

— ¡Ese hombre es el demonio! — prorrumpió María Egipciaca, que tuvo que cerrar los ojos, y experimentó la subida de sangre á la cabeza.

—No lo veo yo así. Ese hombre es un hombre. Es todo un hombre. Reflexiona. Él, alguna mira se lleva.

—¿Qué dices? ¿Te figuras algo?

Aquí la superiora hizo sus dos preguntas verdaderamente alarmada, con susto evidentísimo, en que no había nada de fingimiento.

¡Ya lo creó que se lo figuraba! Es más: esta-

ba segura de ello. Indudable, para sor María Josefa era indudable que el sacerdote se propuso, con su lenguaje, explorar el ánimo de las monjas, hacer una ligerísima indicación, echar un memorial muy bien echado, eso sí, y esperar la repuesta.

—¿De manera que tú crees?....

—Creo que quiere una cosa muy sencilla. Que le dejemos entrar aquí. Eso suponiendo que no haya entrado ya sin nuestro permiso.

Sor María Egipcíaca se quedó muy pensativa. La maestra siguió por este camino de las conjeturas, sutilizando mucho. A ella no la engañaba el confesor, ni cien confesores en columna de batalla. Ciertas cosas no se saben por adivinación. Además, que lo mismo creía en las revelaciones, visiones y coloquios, que el carabina de Ambrosio. ¡Visiones! ¡Buenas están las visiones! Visiones de carne y hueso. ¡Coloquios! Ya lo creo; pero no con algún espíritu, sino con un ser humano y perteneciente al sexo femenino. ¡Revelaciones! Claro está que se lo habían revelado todo. Allí había habido soplo.

—Pero ¿cuándo, en dónde, quién?

¡Vaya Ud. á saberlo! ¡Facilillo era! Podía presumirse mucho, sospechar de todas y de ninguna. En primer lugar, de la señora de piso, por ser

ésta la que más comunicación tenía con el padre Acebedo y ser hija de confesión desde antes de retirarse al convento.

—Por cierto, que Dios nos libre de malos pensamientos; pero la señora marquesa y el cura se miran de un modo, y tienen unas pláticas tan largas..., y todos los días, sin dejar uno, y.... algunos días dos veces.

—Ésa no puede ser—contestó la buena madre.
—Ésa no sabe nada. Si supiera, ya no estaría su hija aquí. Hubiérala sacado.

Entonces se fijaron en Melita. Quizás la novicia no era tan inocente como ellas se figuraban. Suelen llevarse en esto mucho chascos. Su inocencia pudiera ser disimulada. En tal caso, después de lo que con ella habían hecho, después del extremo á que se [hubo de llegar, á que llegó pocos días antes sor María Josefa del Consuelo para hacerla conocer las dulzuras del éxtasis, del amor divino, *por un método y procedimiento especial*, como dijo el picaro del confesor, no tenía nada de extraño que el tiro partiese de allí, que Melita fuera la delatora. Que lo hubiera dicho aquel mismo día, en la confesión, teniendo en cuenta que las novicias se confesaban antes que nadie, las primeras.

Pero la maestra protestó enérgicamente.

¡Pobre muchacha! ¡Fingir la inocencia! ¿Por ventura, entre las que estaban acostumbradas á fingirla, eso no se conoce? ¡Á la légal! No; Melita era, y continuaba siendo, inocente en absoluto, de la manera más perfecta, más estúpida. Había prometido guardar el secreto de los éxtasis, y lo guardaba. Seguramente.

Y añadió:

—Todos los días me pide que la conduzca al éxtasis.

La superiora soltó la carcajada.

—No es mal trabajo. Enséñala á que se lo procure por sí misma.

Esta vez se unieron las dos risas. Volvieron á pensar. ¡Demonio del hombre! ¿De qué medios se habría valido?... De pronto, la superiora lanzó una exclamación, equivalente al *eureka* famoso.

—¡Ah! Me parece que no me equivoco. Ya lo sé.

—¿Quién? ¿Quién te figuras que ha sido?

—Sor María de la Soledad.

—¡Ah! ¡Qué ideal.... Ésa es muy capaz. Pero ¿cómo?

Sucede á las gentes perspicaces, con las ideas, lo que al príncipe de los naturalistas con los fósiles encontrados en una excavación. Que con un solo hueso reconstruyó el esqueleto entero del ictiosauro; y con otros pocos nos reprodujo has-

ta la forma que tenían una multitud de animales antediluvianos. Así, en aquella ocasión, fija la malicia de las dos mujeres en la verdadera culpable, á cuya fijeza las llevara el odio hacia la recién profesa, paulatinamente todo lo adivinaron.

—No te quepa duda. El cura se quedó esta noche pasada en el cuarto de la marquesa. Salió por la comunicación con el claustro. La marquesa es cómplice. Llegó al dormitorio.

—El primer biombo es el de sor María de la Soledad—replicó la otra;—ésta lo vió, y en lugar de gritar.....

—¡Gritar ella! ¡Gritar al ver un hombre! Ésa, lo que no le gustan son las mujeres. Le faltaría tiempo para esconderlo....., y se lo contaría todo.

—¡Y han pasado la noche juntos!

—¡Qué abominación!—dijeron á duo, abriendo mucho la boca.

Ellas, sor María Egipciaca y sor María Josefa, la habían pasado en el mismo camastro, yéndose la una al de la otra á media noche, sin que nadie las sintiera andar, que para eso tenían la ventaja de aquel voto especial de ir descalzas.

—Es preciso hacer un escarmiento—vociferó, más bien que dijo, la superiora.

—¡Justo!—apoyó su amiga; pero más práctica

en todo, hubo de añadir:—Tranquilízate, se hará. Yo cuido de recordártelo, por si se te olvida. Pero no se trata ahora de eso. Eso es para más adelante. Ahora tenemos que resolver algo inmediatamente.

—¡Resolver algo! ¿De qué?

Entonces, con una sonrisa indefinible, acercándose mucho:

—¿De qué quieres que sea? De lo que estamos tratando hace hora y media. ¿Ó es que vamos á dejar sin contestación, satisfactoria ó no, buena ó mala, ese memorial de pretensiones de nuestro padre espiritual?

Sor Maria Egipciaca se estremeció, como si hubiera recibido una sacudida eléctrica. Luego, dominándose, tomó á su vez la palabra:

—Hay que pensarlo mucho; estudiar todas las contingencias y... también las *necesidades* de la comunidad, las *constituciones* de las hermanas (acentuaba á maravilla los dobles sentidos de sus palabras) en los conventos, entre los casos más graves que pueden ocurrir y que tiene que resolver la abadesa, éste es el más grave de todos y el que mayor meditación exige. Mucho tacto sobre todo. Vamos á ver. Yo no afirmo ni niego (porque necesitaría conocer al sujeto más íntimamente); no afirmo ni niego que ese cura, si le permi-

tiéramos entrar aquí, dejara de portarse, no ya como un buen cristiano, sino como un cumplido caballero; pero falta saber cómo le recibirían las monjas, si se produciría entre ellas un movimiento de escándalo...., que, en todo evento, no me alarma, porque yo tengo medios de presentarlo como injustificado.

—¡Oh! Si no es más que por eso, yo, en tu lugar, no dudaría un minuto. Créeme, no vaciles.

—Sí, vacilo—replicó la superiora poniéndose muy seria.—Escucha. Tú tienes veintitrés años; yo tengo treinta: de algo me han de servir esos siete años que te llevo de ventaja. Conozco el corazón humano mejor que tú. Estamos solas, nadie puede oírnos, y voy á expresarme con toda claridad. Tú sabes lo que aquí sucede. Yo me propuse al ser reelegida, seguir la tradición y la costumbre, puesto que con ella tan bien nos iba.

—¡Oh! Lo que es eso de bien.....

—Bueno. Menos mal, mucho menos mal que en otras comunidades. La nuestra se cita como modelo, y verdaderamente lo debe ser para los profanos, para el mundo, y lo es hasta para el señor arzobispo. Porque nadie está en el secreto.

—¡Ah! *¡Los éxtasis!*

—Justo. Todo pasa aquí entre nosotras. Será

lo que se quiera, pero las apariencias quedan cubiertas. Aquí no se ha dado el caso de que se rompa la clausura; el convento es una tacita de plata de pura limpieza y arreglo. El silencio es tal á veces, que, suceda lo que suceda, aquí no se oye una mosca. La obediencia entre nosotras es un placer. Se obedece porque se ama, y hasta los inconvenientes de exclusivismo que tiene el amor los hemos salvado, observando rigurosamente el precepto de la Regla que nos manda no tener preferencias en nuestra *amistades*. Todas aman á todas. Yo veo que cuando llega *la visita*, el clero nos mira maravillado, como si fuéramos seres de distinta y superior naturaleza. La malicia nos examina *de medio cuerpo para abajo*, una por una, porque no es raro el fenómeno de encontrar en estos casos de inspección muchas monjas á quienes les viene corto y estrecho el hábito, y aquí no descubren nada de eso, y nuestro interés está en que no lo puedan descubrir nunca.

Hizo una pausa para dar toda su intención é importancia á lo que iba á decir.

—Ese es el primer inconveniente que se opone á la pretensión del padre Acebedo.

—Ese, hermana, puede salvarse muy bien.

—Ya lo sé; y por tanto, no hago hincapié en semejante obstáculo. Pero hay otro que se despren-

de de lo que dejo dicho. Nuestro bien tiene su daño, y la ventaja su desventaja.

—¡Cómol *El éxtasis*....

—No le llames *éxtasis*, no le llames *amor divino*, Deja eso para engatusar á tus novicias. Aquí no hay que engañar á nadie. Al *éxtasis* y á la *unión* llámales lo que son ambas cosas. Vicios contra la naturaleza. Aberración del instinto. Extravíos del organismo. Pues bien: tú no sabes cuánta fuerza adquieren éstos sobre nosotras.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir lo que digo. Que pudiera acontecer un nuevo conflicto, y es que algunas de nuestras hermanas aborrezcan al hombre. Éstas, al ver entrar aquí á nuestro confesor, ¿qué harían? Y si ellas se oponen, ¿qué haremos nosotras?

El caso era, en efecto, como había dicho la superiora, por todo extremo digno de meditación. El diálogo continuó de esta suerte, y en igual forma que la parte que he transcrito, no por pueril afán de dialogar, propio flaco de novelistas, sino por el de completar y atesorar documentos para el análisis objeto de este libro. Sus mismas palabras retratan, mejor que cuantas descripciones pudiera yo hacer, el carácter y estado de ánimo, el grado de vicio y el quilate de hipocresía y de gramá-

tica parda á que habían llegado las dos hermanas.

Discutieron el asunto largo y tendido, hasta el punto de retrasar la hora del refectorio. Aquel día, las monjas tuvieron que comer las viandas recalentadas. La superiora estaba, si hemos de ser en nuestra minuciosidad sinceros, más excitada que la maestra de novicias, aunque aparentándolo menos. Más interesada. Todas sus objeciones tenían una base capitalísima. La de que no se malograra el éxito de aquella empresa.

—Hay que hacer todavía muchas cosas. Déjame á mí—terminó,—y en mí confía. Yo exploraré el ánimo de la comunidad, monja por monja. Además—añadió, coloreándose las mejillas,—yo misma tengo que hablar con el padre Román para decidirme.

Luego, después de la comida, durante la recreación, en el huerto, también pasearon juntas. Esta segunda plática se limitó á tratar de sor María de la Soledad.

Los odios del convento son implacables, y aquél estaba justificado sobradamente. Es este punto, debe hacerse historia de los sucesos.

La recién profesa no ingresó en el noviciado.

en condiciones iguales á las de Melita. Tomó el hábito como lo toman otras muchas, yendo á la vocación por los caminos del despecho, y mal aconsejada por el desengaño. Ella misma hubo de decírselo á Román, momentos antes de caer en sus brazos. «Monja soy, pero también soy hembra, muy hembra.» Eso era, y todas las decisiones de su vida, á esa modalidad obedecían. En la religión buscó un refugio, y entró en el claustro de regreso de la jornada, de vuelta del mundo, herida de amor. Todo ello muy temprano, todo prematuro, todo ilusoriamente sentido, decidido á la ligera: el amor á los diez y siete años, á la edad en que el amor es dejar á un lado las muñecas, para coger pluma y tintero y contestar á las cartas de un cadete. Era Soledad, como se ve, la figura opuesta de Melita. El cadete tuvo su novia, y hubo de enorgullecerse del caso entre sus compañeros. Además de tenerla, fumaba, sabía decir palabras soeces, mil indecencias en menos tiempo que nadie, jugar á carambolas y pasear con aires de Tenorio por la mezquina plaza de Zocodover. Era bastante para el año último de carrera que estaba cursando. Terminado éste, terminó su estancia en Toledo y sus relaciones con la hermosa toledana.

En la histórica ciudad imperial son numerosos

los conventos que se abastecen de novicias por estas nimiedades. La mujer es allí como la población: conserva mucho de lo árabe y de lo gótico. La pasión y la seriedad. Se apasionan en serio y profundamente. Se *sensibilizan*, si se me permite la frase, no por la poesía del cielo y del cantar, por la música de la guitarra y el aroma de las flores, como la mujer andaluza; allí no hay nada de eso; el llamado medio ambiente rodea y envuelve de otra manera. Parece una influencia sólida que llega á los nervios y los sacude de una vez, pero bruscamente; que penetra en la sangre, quemándola; emanación, en las oscuras noches, del río que está en la hondura recordando las tradiciones de Florinda, vapor que corona las altas moles de granito; aire que pasa por las severas ojivas, que orea las agujas y encalados de la catedral; está lleno de sonoridades graves, como las notas del órgano y los cantos del cabildo en el coro; convierte el amor en una segunda religión, y cada billete perfumado parece escrito con caracteres indelebles; se convierte en una página inmortal de historia: el sentimiento no es allí poesía; es mejor si se quiere; tiene lo eterno y admirable de nuestra hermosa prosa castellana. Soledad dió al cadetillo los honores de general, á la niñería los de hombrada; creyó herida de

muerte lo que era sólo un rasguño, y decidió de su suerte, puesto que vivía en un país donde el Estado permite que decidan en asunto tan arduo los menores de edad porque así conviene á los intereses de la Iglesia, descaradamente protegida en sus desafueros por un sentimiento de cobardía que hace á los gobiernos cómplices de tales crímenes. A los diez y ocho años tomó el hábito. Contar lo que pasó en el año de noviciado, y más tarde en el de profesa, hasta el momento en que mis lectores y yo la hemos conocido, fuera tarea en extremo prolija; basta con hacer una gran síntesis de ello, diciendo que las hermanas procedieron con ella de muy distinto modo que con la hija de la marquesa: la buena madre había adquirido sus informes, y sabía, así como toda la comunidad, la historia del noviazgo, porque en el silencio de la clausura llega á oídos de las monjas todo lo que pasa en el mundo. Sor Maria Egipciaca, Sor María Josefa y cuantas llevaban allí el velo y hábito de la bienaventurada Clara, guardáronse muy bien de hablar á la novicia de los consabidos *éxtasis*, y mucho menos del *período unitivo*, en lo que se refiere á *unión consumada*.

No se trataba de ninguna inocente, y era preciso tener paciencia y esperar. Esperar el seguro triunfo; esperar á que la solemnidad de los votos

pronunciados la pusiera bajo el poder de la abadesa y de la maestra de novicias, de las vicarias y de las oficiales del monasterio, por uno de ellos principalmente, por el de la obediencia. Entre tanto, y como para hacer boca, cumplieron con ella al pie de la letra los preceptos con que empieza el capítulo de la Regla referente á la admisión de las monjas.

«A todas las que deseen entrar en esta religión y hayan de ser admitidas, antes de que varíen de hábito y entren en ella, se las aplique á los oficios y ejercicios más duros y escabrosos, por los cuales se llega hasta Dios.»

Hiciéronla servir á las mismas donadas ó hermanas domésticas, fregar los suelos, limpiar, barrer, y aun cultivar de huerto un pequeño espacio de terreno; con esto se proponían, sin duda alguna, hacerla desistir de su empeño, ya que ellas no podían rechazarla, puesto que venía impuesta por el arzobispado; y es que adivinaban en ella el enemigo, un enemigo terrible de sus vicios verdaderos y de sus fingidas virtudes; *la hembra, muy hembra*, que sólo en un momento de arrebató puede condenar sus entrañas á la esterilidad, y á quien la pasión iba á despertar del marasmo algún día. Todo fué inútil, y Soledad tomó el velo, que la impuso el mismo cardenal protector de la orden.

Ya no era forzoso el disimulo. La recién profesa, á la hora de la recreación, fué llamada á la celda de la superiora, de sor María Egipciaca, y allí, crudamente, sin ambages ni rodeos, puesto que no cabía engañarla, se la propuso la práctica del horrendo vicio que era la podredumbre del monasterio. Soledad se negó; súplicas y amenazas fueron vanas; y cuando se quiso excitar su carne con la caricia, se resistió, se defendió luchando á brazo partido, furiosa como una leona, amenazando á su vez con delatar el caso en la primera ocasión que se presentara al señor arzobispo. Se pensó en un abuso de fuerza; pero Soledad no se dejaba sorprender fácilmente una vez advertida del peligro, y hubo que desistir en absoluto.

Entre aquellas mujeres del amor divino y la toledana, que se consideraba víctima del amor humano, quedó entablada una lucha desigual, y surgió un odio inextinguible, que se enconaba más á cada instante. Las penas corporales con que la afligieron *sus hermanas* no fueron, sin embargo, tan duras de soportar como otras que abrumaron su espíritu á poco tiempo de tales sucesos. Cesó la ceguera de la joven. Pudo ver el abismo en que la hiciera arrojar su impresionalidad, su locura; el vicio, de que no fué partícipe, hizo, sin embargo, que despertaran sus sentidos; vióse

tal como era, mujer, nacida, no para inutilizar su sexo en las nocivas soledades del claustro, sino para entregarlo al hombre, para compartir los goces del amor legítimo, y sentir, en la agitación de las entrañas, cumplido el fin del amor, esperando enternecida el desgarramiento doloroso que produce el primer grito de júbilo inmenso de la maternidad. Por eso sus noches eran de insomnio y fiebre, agitándose en el camastro el cuerpo lleno de purezas de virgen y de convulsiones de bacante, sin sentir más deseos que los que inspira la naturaleza; no extraviándola para aplacarla; pensando, no ya en el famoso cadete, sino en el hombre; no de una manera concreta en uno solo, sino en cualquiera; no en el amor, sino en verse fecundada; en todas las fábulas de todas las religiones: en la de Leda y Júpiter, el dios que, transformado en cisne, posee á la virgen pagana; en la de María de Nazaret y el Espíritu Santo, otro Dios que se presenta bajo la forma de una paloma (así lo vió Soledad en los cuadros del arte cristiano), y entra así á la virgen del cristianismo; pensó en que todo esto era posible; y como tardaba en realizarse, sofocaba sus gritos de desesperación mordiendo el hábito, revolviéndose vestida y ceñida en el mismo lecho.

Si Román, aquella noche, cuando lo detuvo al

pasar y lo hizo entrar en la separación de biombo que la servía de alcoba; si Román no se hubiese adelantado á tenderla brutalmente en el lecho, con las impacencias y excitaciones inextinguibles de la satiriasis, ella, ella misma se lo hubiera propuesto. Su primera noche de amor. La realización de sus sueños.

—¡Ahora—dijo de madrugada la esposa infiel del Señor al levantarse para ir al coro,—ahora ya puedo morir!

En el Capitulo de aquel día, en el refectorio, en las labores, en el huerto, mientras que la abadesa y la maestra paseaban juntas, sor María de la Soledad miraba á todas las monjas, no ya con reciprocidad de odio, sino compasivamente, como á inferiores. Le parecían seres incompletos.

—¡Ahora ya puedo morir!

¡Bien dicho! ¡Bien previsto! Porque ya se estaba tratando de su martirio.

El odio. ¿Qué es odiar, para lo que sentían María Egipciaca y Josefa del Consuelo?

Hablando de la profesa, todos los planes de venganza que formaban, todas sus palabras tuvieron estas otras por estribillo, y eran la clave de sus siniestros propósitos.

—¡Ah! ¿Conque ella antes que ninguna? ¡La costará muy caro!

IX

Román acudió presuroso al locutorio.

—Le he llamado, padre, y ya debe suponer el objeto de esta entrevista—dijo al otro lado de la doble reja la hermosa voz de la superiora.

—Lo supongo, aun cuando no tengo certeza absoluta.

—Pues téngala, sin escrúpulos. La hermana sor María Josefa del Consuelo me ha contado los extremos á que se redujo la plática de ayer en el confesonario.

—¡Ah!

—Y yo desearia que, pues se trata de una revelación, si en ello no hay inconveniente, saberla por boca del mismo favorecido con este don de privilegio. Sobre todo, atendiendo á que se le han revelado cosas que atañen á la comunidad que está bajo mis órdenes.

El padre Acebedo guardó silencio.

—¿No contesta, padre?

—Es difícil, reverenda madre; comprenda que es difícil mi situación. Ciertamente que todo lugar de este convento es sagrado, y en él se puede tratar de las cosas más santas. Pero hay algunas que no se avienen para el licutorio.

—Eso deseaba saber, y esperaba ya esa respuesta—replicó la monja con alborozo.

—Conozco la Regla, reverenda madre. He estudiado las constituciones, y, por tanto, me desespero ante un imposible.

—¿Cuál?—preguntó con cierta sorna sor María Egipcíaca.

—Me refiero á los párrafos tercero y cuarto del capítulo octavo de dichas constituciones, que, si mal no recuerdo.....

—No se moleste, padre; me los sé de memoria. Dicen así: «Los confesores de las monjas no podrán entrar en la clausura si no es por causa de administrar los sacramentos á las enfermas, encomendar el alma á las que están en agonía y hacer el oficio del entierro. Y se declara que los dichos confesores no podrán entrar á decir misa en el coro, ni en la iglesia interior de las monjas, ni menos entrarán por causa de edificios.» Está terminante—añadió;—y por si no bastara, se remacha el clavo en el párrafo siguiente, en el cuar-

to, que es el otro á que se refiere: «Y sea cierto—dice—que entrando fuera de las necesidades susodichas, incurrirán *ipso facto* en pena de excomunión y maldición eterna y perpetua privación de los actos legítimos, y echados de los conventos. Y todas las veces que hubieren de entrar en el monasterio, entrarán con alba ó sobrepelliz, según la costumbre antigua de la religión; y no se la quitarán todo el tiempo que estuvieren dentro de la clausura, en la cual no les podrán consentir más del tiempo que precisamente fuere necesario para el ministerio á que entraron.»

—¡Prodigiosa memoria!—comentó el sacerdote.

Pero la religiosa con una melosísima transición de tono:

—Dígame, padre, ¿llevaba antes de anoche alba ó sobrepelliz?

El confesor pegó un salto en la silla.

—¡Basta de disimulos!—dijo la voz, enérgica ya y resuelta.—Juguemos á cartas vistas, porque yo soy la más fuerte. Esta tarde, al anoecer, después de que se toque el *Ave María*, esté en la puerta exterior, que allí habrá persona que abra y lo conduzca á mi celda sin ser visto.

Y levantándose, á través de la reja, le envió una sonrisa y una larga mirada.

—Hasta luego.

Román vió cerrarse el locutorio y desaparecer los hábitos con indecible regocijo. Se retiró á su vez, diciendo:

—¡Esta tardel

En veinticuatro horas, la abadesa y su favorita no habían perdido el tiempo. No era cosa de que en meditaciones y proyectos se fueran los días.

Después de la primera recreación, la Regla marcaba que se recibieran las obediencias; pero, con gran sorpresa de todas, allí, en el mismo puesto, sor María Egipciaca las hizo saber que, por caso de consulta extraordinaria, acaso tendría que reunir el Capítulo, precediendo á esta reunión algunas conferencias particulares. Dicho esto en voz alta y en medio de un corro bajo los árboles, empezó una escena curiosa. Se acercaba la superiora á una monja, la maestra de novicias á otra, alejábanse del grupo estas dos parejas, enlazados los brazos, hablando en voz baja.

La consultada miraba con sorpresa, con desconfianza á su interlocutora; luego buscaban con la vista á sor María de la Soledad, que estaba separada del corro, abstraída en sus recuerdos, sonriendo á imágenes placenteras por ella sola percibidas; mordíanse los labios y fruncían el ce-

ño, todas con la misma expresión de despecho y de envidia, y luego contestaban lo mismo:

—¡Por mí, sí!

Tras de lo cual, las dos mujeres se separaban. Las consultadas volvían muy contentas; y las parejas se multiplicaron, porque en su impaciencia encargábanse de ayudar á la maestra y á la abadesa en el desempeño del cometido, esto es, en hacer circular la noticia.

Contaban el caso.

—Esto es. De esto se trata. Yo he dicho que sí. ¿Y tú?

—¡Por mí, sí!

Tan unánime fué el parecer, que sor María Egipcíaca consideró inútil ya formalizarlo con la reunión anunciada del Capítulo. ¿Para qué? Éste se reunía habiendo diversidad de pareceres. Entonces se adoptaban los acuerdos por mayoría de votos. Se votaba con habas blancas y negras, y era votación secreta.

—Pero en el caso presente, todas las habas que cayeran en la urna iban á resultar del mismo color.

—En vista de este resultado, que ya teníamos previsto—dijo la superiora sonriendo triunfalmente,—voy á llamar al padre Acebedo al locutorio. Hablaré con él. Hoy, no. Mañana.

—¡Mucho cuidado!—dijo una voz.

—¡Oh! Ya sé. No se hará nada sin tomar todas las precauciones.

Y como diera el reloj las dos en aquel instante, dijo, de memoria también, la que estaba encargada de recordar los deberes en aquella semana, las palabras del precepto escrito:

—A las dos tenemos media hora de lección en particular, durante la cual, si alguna se sintiere atraída a la oración, siga en buen hora su impulso, con tal que lea lo bastante para contribuir a la conversación espiritual de después de Vísperas.

La que esto dijo tuvo que detenerse a la mitad de la retahíla, por el acceso de una tosecilla seca, que terminó arrojando un esputo de sangre. Estaba tísica.

—¿Qué leeremos hoy?—preguntó una hermana?

—El *Palacio del Amor divino*.

—El *Catecismo teológico*.

—Las *Ocupaciones de los santos*.

—Cada una, lo que sea más de su agrado.

Y hubo monja que leía el retrato del amor divino, que ya copié *textualmente* en páginas anteriores, mientras que otras, en el *Catecismo teológico* y en las *Ocupaciones de los santos*, devoraban descripciones no menos edificantes.

En el primero de estos dos libros está escrito lo siguiente:

»*Pregunta.*—¿Qué veremos en el Paraíso?

»*Respuesta.*—La sagrada *humanidad* de Cristo, el adorable cuerpo de la Virgen y de otros santos, amén de mil y mil bellezas.

»*Pregunta.*—Nuestros demás *sentidos*, ¿gozarán del placer que les es propio?

»*Respuesta.*—Sí, y lo más admirable: *gozarán eternamente sin fastidiarse nunca.*

»*Pregunta.*—¿Cómo! El oído, el olfato, el gusto y el tacto, ¿gozarán de todo el placer que pueden recibir?

»*Respuesta.*—Sí; el oído gozará del encanto de la armonía; el olfato recibirá el placer de los olores; el gusto el de los sabores; *nada faltará al deleite del tacto.*

»*Pregunta.*—¿Con qué vestido se cubrían los bienaventurados?

»*Respuesta.*—Con un vestido de gloria y de luz, que brillará por todas las partes de sus cuerpos, y señaladamente por las que sufrieron más por Dios.....»

En cuanto á las *Ocupaciones de los santos*, son no menos curiosos los siguientes párrafos:

»Capítulo 73. Hombres y mujeres gozarán en el Paraíso con festines, máscaras y bailes.

»Capítulo 74. Los ángeles se disfrazarán de mujeres, y aparecerán á los santos con suntuosos vestidos de señora, rizados los cabellos y con camisas de muselina.

»Capítulo 75. Jesucristo mora en un magnífico palacio, y cada bienaventurado tiene en el cielo una habitación particular.

»Allí hay largas calles, hermosas y grandes plazas, castillo y ciudadelas.

»Capítulo 62. El supremo placer consiste en besar y abrazar los cuerpos de las bienaventuradas, al bañarse en pilas bien dispuestas, donde cantarán como ruisiñores.

»Capítulo 65. Las mujeres tendrán blondos cabellos, se adornarán con rubies.....»

Y así sucesivamente, resultaba de todo ello que los santos tienen por ocupaciones lo que durante su vida en la tierra nos dijeron que era pecado á los miseros mortales.

Con esta lectura se prepararon, según recordó la tísica, para contribuir á la conversación espiritual de después de Vísperas, que omito transcribir, puesto que el lector ya se figura que versó única y exclusivamente acerca del padre Acebedo.

Eran Vísperas..... de un gran suceso que iba á formar época en las crónicas del convento.

Todas aquellas hembras se miraban unas á

otras de soslayo, analizando lo mismo, no el estado de su espíritu, sino el de sus carnes.

Sonreían complacidas.

Podía venir cuando quisiera. Estaban guapas, y prontas hasta á que Román imitara con ellas las *ocupaciones de los santos*, que define el capítulo 62.

«*El supremo placer consiste en besar y abrazar los cuerpos de las bienaventuradas, al bañarse en pilas bien dispuestas, donde cantarán como ruiseñores.*»

Había además, un juego de palabras de doble sentido que las encantaba. Ellas eran esposas de Jesucristo, y Jesucristo es Dios, y Dios el Padre espiritual del mundo. Pues bien: El padre Acebedo se llamaba en aquel convento, á imitación del nombre que adoptaron las agustinas, y por tanto, las de la Visitación, el *padre espiritual de la casa*.

Más gracia les hubiera hecho el caso con el otro, con el capellán difunto, el de la orden de los menores. Pero la falta de exclaustros era cada vez mayor, y al fin tendrían que pasar todos los conventos por someterse al clero secular. Del mal, el menos, porque este sacerdote no era jejuita.

Entre tanto, la buena madre no quiso tampoco dejar enfriar sus odios, de que ya toda la comunidad era partícipe.

La víctima de ellos ignoraba cuanto ocurría en torno suyo...

A las seis era la hora de la cena. Aquella noche daba regocijo ver la entrada de las religiosas en el refectorio. Iban todas con gravedad y modestia; los ojos bajos, los hábitos no enfaldados, sino es sueltos; inclinando la cabeza á la imagen de Cristo, y poniéndose en dos filas. Tres de las religiosas se adelantaron, se arrodillaron delante del asiento de la superiora, y dijeron cada una una culpa, brevemente, con claridad y en voz un poco alta, para que todas pudieran entender lo que decían. Culpas leves. La superiora pronunció el *Benedicite* delante de su asiento, y las religiosas estuvieron inclinadas, cruzadas las manos durante la bendición y antes de ir cada una á ocupar su sitio.

La lectora en pie, y juntas también las manos, inclinándose un poco, dijo, al par que la que iba á servir la mesa, el *Jube Domine benedicere*. La superiora respondió con el *Mensa cœlestis*, y la lectora subió al púlpito, donde, puesta de pie, empezó su tarea, exclamando: *In nomine Domini Jesu Christi*.

Todas las monjas respondieron:

—*Amén.*

Hizo la buena madre la señal, diciendo: *En el nombre de Dios.* Empezó la lectura, y entonces desdoblaron las servilletas, y no dejaron vacío ningún lugar, salvo uno. *Sor María de la Soledad* se había retrasado; pero se presentó en seguida, y ya se dirigía á ocuparlo, cuando la abadesa la detuvo:

—Falta de puntualidad. Cumpla el precepto, hija mía.

La recién profesa se puso encendida como la grana, y con manifiesta repugnancia se inclinó y besó el suelo del refectorio.

—Por el asco que adivino, tiene hoy que hacer la mortificación--dijo de nuevo la abadesa.

Sor María de la Soledad no replicó.

—¿Qué mortificación, madre?

—La de estilo.

La de estilo, la de rigor, digámoslo así, consistía en besar los pies una por una á cada religiosa. Acabada su mortificación, la víctima volvió al medio del refectorio, besó de nuevo la tierra y ocupó por fin su asiento. No comió nada.

Por ser día de fiesta se salvó de mayores castigos, porque con este motivo no se hacían advertencias.

La que servía á la mesa enfaldó su hábito, recogién-dole en la cintura, y levantóse las mangas hasta el codo; llevaba puesto un delantal, y por la ventana del repostero tomaba el portador con las raciones; llegada al medio del refectorio, hacía la venia á la comunidad, y á la superiora, siempre que la servía la comida ó pasaba por delante de ella; después de la ración de la superiora daba la suya á la asistente, y después iba repartiendo á las derechas, ó bandas de una y otra que estaban ocupando las cabeceras. La lectora pronunciaba, con voz interrumpida por frecuentes toses, las sílabas; era la tísica. Leía *el libro de las costumbres y estilos de la comunidad*. Acabóse la cena. Sor María Egipcíaca hizo la señal para levantarse. La tísica dijo: *Tu autem miserere nobis*.

Contestaron todas:

—*Deo gratias*—separándose de la mesa, puestas de pie, otra vez en dos filas.

Y la lectora y la que había servido á la mesa sentáronse á su vez á comer, después de besar el suelo.

La semana, después de las gracias que dijo sor María Egipcíaca, de pie delante de su asiento, empezó el *De profundis*, que las religiosas prosiguieron á coro; y acercándose de dos en dos, una de cada banda, hacían su inclinación á la

abadesa; y acabado el *De profundis*, recibían la bendición de su buena madre, al pasar por delante de ella, encaminándose al segundo recreo en silencio.

Este ceremonial se cumplía estrictamente. Aquel día, con mayor exactitud. Siempre atendiendo á la presencia entre ellas de las novicias.

Ya en el huerto, se decían con repugnante contento:

—Bueno ha estado. Nos besó los pies á todas.
Mirala, allí va ¡La muy puerca!

X

¡La menopausia! ¡La edad crítica! Al diablo vaya la Medicina con todos sus tecnicismos para calificar como enfermedades cosas que no pertenecen al cuerpo, al organismo. También son los médicos monomaniacos. ¿Qué tenía que ver el fenómeno que se estaba cumpliendo en ella, la desaparición de una función importante, con aquello que sentía? Eran celos, sí. Gertrudis tenía celos, y con ese instinto maravilloso que para los celos tiene la mujer, túvolos cuando había causa y motivo suficiente.

Celos de las monjas. Reprochábase la debilidad con que se había prestado una noche á dejarle pasar, á que rompiera la clausura por la puerta de comunicación de su cuarto. Permaneció el amante en el monasterio hasta la madrugada. ¿Qué había hecho? ¿Dónde estuvo? El no se explicó de una manera clara, con palabras explícitas, con tono

decidido. Mentía. No estuvo rondando, como dijo, sin atreverse a entrar en el dormitorio común. De seguro que entró. Y, una vez dentro, algo debió ocurrirle, alguna aventura puesto que lo ocultaba.

Después de todo, era su castigo. Había obedecido los mandatos de aquel hombre como una esclava. Fué ciega, muy ciega. Ahora los celos quitaban la venda de sus ojos. La venda puesta por el amor. Si ella no hubiese estado enamorada de Román, todavía, enfermo ó sano, viviría su marido, el marqués de la Florida, el gentilhombre. Todavía luciría en las antecámaras de Palacio su llave de oro, puesta en la casaca á la espalda, colgada en sitio tal y en tales inmediaciones, que un chusco la creyó por esto la llave del retrete; su llave de oro y sus enclenques pantorrillas. Todavía ella, Gertrudis, seguiría dando bailes en los preciosos salones de su hotel, siendo la reina de la moda en Madrid, escuchando sandeces de los gomosos, esas sandeces que agradan mucho por lo mismo que no impresionan nada, y acaso, acaso cometiendo aquel lindo adulterio á la francesa con el diplomático, con el secretario de legación, que era, después de todo, un guapo mozo y una gentil figura, un hombre dotado de una porción de talentos de sociedad, y, entre ellos, el

de dirigir *à merveille* á última hora el cotillón, y el de saber abrazar á sus queridas españolas como á las *cocottes* de los boulevares.

Y en lugar de esto, ¿qué? ¡Ah! ¡Maldita la hora en que se le ocurrió acudir á la rejilla del confesionario, llevada allí por lo que oyó hablar del padre Acebedo á sus amigas! Maldita la mañana aquella en que Román, al verla arrodillada ante un reclinatorio en el templo, adivinó en ella una aristócrata, lo que era; una de esas divinidades del séptimo cielo madrileño que de vez en cuando se sienten acometidas del hastío, llenas de saciedad por la adoración de su brillante corte de galanes; y mal envuelto el rostro en los pliegues del manto, madrugadoras un día, acuden á la casa del Señor, cargados aún los ojos por el sueño del baile, fijan sus miradas en la cruz, llevan una joya por devocionario, esparcen olor mundano en el sagrado recinto, y parecen acudir allí á escondidas del marido para una cita del místico amor con el Varón desnudo y herido en el Calvario.

Desde entonces desapareció y huyó la poca felicidad que la restaba. Durante la confesión, uno y otro sintiéronse impresionados: Gertrudis notó con sorpresa que á las mujeres les puedengustar los curas. Notó que Román era joven, era guapo y tenía mucho talento. Y entonces fué cuando le dió una

cita en el misterio del confesonario: «Mi casa está abierta desde hoy á todas horas para mi director espiritual.» Y levantándose tras la absolución, dejó al sacerdote embriagado con sus perfumes; luego, después de la comunión, volvió á pasar por la capilla con las alegrías de la bienaventuranza; y al retirarse, se volvió para mirar al juez á quien debía la sentencia absolutoria; movió los labios; sonrió: fué una despedida desde lejos, en que con los ojos, con la boca, con toda la actitud, la dama de la reina pareció decirle de un modo adorablemente discreto: «Hasta mañana».

¡Oh! ¿Por qué hizo aquello? Le valiera más, si el secretario de embajada, el rey del cotillón, iba á casarse, hastiado de amores ilícitos, cambiar de pareja de baile y seguir girando como una peonza en brazos de otro; y luego cambiar también, siempre así, dando vueltas de vals, viendo la vida á través del vértigo, hasta tropezar y caer en el sepulcro. ¿En qué la convirtió aquél hombre de traje negro, de tez pálida, de palabra severa? En una cosa, en un instrumento que él utilizaba, y del que se servía para todos sus fines. Era ambicioso, y, por ambición, para conseguir el favor y la gratitud de Roma, usaba de las riquezas del marquesado, enviaba al *dínero de San Pedro* una millonada; disponía de todo sin manifestar grati-

tud, como propietario, como dueño; Gertrudis miró á su rededor con extrañeza, viendo dónde estaba por primera vez. Estaba practicando el retiro conventual. Estaba en un convento. Aquellas paredes, aquella pobrisima cama de tablas, y por único adorno sobre la puerta de entrada, este letrero bajo un crucifijo: *Teme al Señor tu Dios, y no adores sino á Él solo*, eran, en resumen, el cuadro de tristeza en que se había convertido tanta alegría mundana. ¡Y Madrid? ¡Y el hotel? Madrid estaba lejos; el hotel cerrado por orden suya; mermada su fortuna; perdidas sus amistades de la corte; y su hija, Melita, allí estaba á dos pasos de ella, también sacrificando su juventud, porque así lo exigiera Román, anulando su belleza, hundiéndose en las sombras del claustro. ¡Ella también! ¡La hija de sus entrañas!

La marquesa vió por fin, vió con la clara visión que dan los objetos puestos á toda luz, muy cerca y observados directamente. La devoción no realiza tales transformaciones; no hace la religión católica tamaños milagros. Era el amor: sólo el amor era capaz de aquello. Y de que ella lo afirmase, de que llegara á la más segura convicción, los celos.

Amaba á Román, é iba á perderlo. Las monjas se lo robaban.

¡Ah! Lo veremos. ¡Eso, nuda!

Y su voz, como su pensamiento, fueron una altísima amenaza.

Ya no le cabía duda. Román era codiciado, deseado por la comunidad. Quizás por una sola, por todas probablemente. Su instinto de celos, su conocimiento del corazón humano, no la dejaron sorprenderse ni extrañar tamaña deducción. ¡Por todas! No había que juzgar á las monjas como á las demás mujeres. Ella sabía algo, algo sospechaba de lo que son esas conti-nencias religiosas, de lo que es el voto de castidad, y los efectos que produce en el organismo. Lo sospechaba. Sospechaba que, si se observaran al pie de la letra aquellos preceptos, la Iglesia no tendría á su servicio hombres y mujeres en comunidades y templos, sino monstruos, verdaderos monstruos con figura humana. Y su maravillosa intuición la hizo presumir que Román era un monstruo, esclavo de una asquerosa enfermedad; que el sacerdote no sentía nada por ella, y que era digno de tener por último destino aquel á que iba conducido fatalmente; digno de convertirse en un pedazo de carne viril, que las monjas, los otros monstruos, sin disputas ni celos se repartirían.

—¡Ah! ¡Qué he hecho yo! ¡Dios mío!

Y se le llenaron los ojos de lágrimas. Su tercera ilusión perdida. Y ésta le mostraba un engaño más horriblemente real que ninguno. Al fin y al cabo, el marqués, su marido, su primer amor, en la primera época, durante la luna de miel, era un hombre; y el amante, el secretario, también, también lo era. Los dos la hirieron, la destrozaron el sentimiento, pero como puede hacer estas cosas la humanidad, de una manera limitada, incompleta, siendo el dolor y la herida menores que la intención del daño: ninguno la dejó incurable. Román, no, porque Román no era un hombre. Lo presentía. Aquellos frenéticos abrazos, aquel acariciar insaciable, la engañaron; los tomó por amor, creyó gallardía de la pasión lo que era vicio de conformación, joroba de la enfermedad. La partida no era igual. El hombre es para la mujer; pero Román no era para Gertrudis. Era el sacerdote para las monjas: la satiriasis no empareja más que con la ninfomanía. Porque ella lo sospechaba. En el convento había ninfómanas.

La marquesa iba por buen camino. Ya sentía por el tercero lo que llegó á sentir por el primero y el segundo de sus amores, por el marqués, por el secretario de embajada: asco, la náusea.

—¡Ah! ¡Qué ciega! ¡Qué ciega estuve!

Y luego, con un gesto de repugnancia, propio de la mujer decente y pulcra, de la dama:

—¡Cómo he podido bajar, degradarme hasta ese punto! ¡Yo! ¡La marquesa de la Florida!

Recordó otra vez toda su historia. ¡Qué desgracias la encadenaban! El matrimonio y el adulterio; en ninguno encontró lo que iba buscando. Fué para el marido y el amante, primero un cuerpo sin fibras y sin entrañas: ya lo dijo ella otra vez; algo que sólo era el aparato externo, una muñeca que no se quejaría al abandonarla por cosas más serias: el marido, por la salud; el amante, por el pacto de un matrimonio de conveniencia. ¡Qué había de suceder! Cuando buscó la infeliz un refugio en el templo encontró al cura. El amor de nuevo impidiéndola el paso, el amor de nuevo, y bajo una forma nueva, llegando hasta el sacrilegio. La ley fatal de Gertrudis se cumplía.

¿Fué la *menopausia*? ¿Fué la edad crítica la que influyó entonces en el giro que tomaron sus ideas? Ahora, sí. Ahora, desde la decadencia, veía el esplendor; veía cómo transcurrieron sus años de actividad sexual, desde el establecimiento de este poder en la pubertad hasta aquellos días de su extinción. Entonces pudo juzgar de los hombres, aprender á conocer sus cualidades, las más elevadas, las que ellos tenían por nobilísimas....., y

despreciarlos. Pareció como si al perder lo que perdía, la facultad de concebir, hubiera cesado en ella la facultad de amar, porque vió que la humanidad había hecho del amor una gran miseria y una podredumbre, mientras que, por contraste, la reproducción era la maravilla de la naturaleza.

¡Oh! ¡Esta raza de seres degradados! ¡Estaba maldita! ¡Tenía que morir! ¡Hacía falta un nuevo diluvio que limpiara la tierra de porquerías!

La influencia del cura seguía dominando, como ve el lector y era la productora de estas ideas. Aborrecía al cura como hombre; pero quedaba allí, al separarse del hombre, el cura todavía, allí, en el alma de aquella pobre mujer.

No pudo tener la rápida adivinación acerca de lo que es Dios que tuvo Melita en la torre de la catedral bajo la campana grande de Toledo. Siguió viendo al Dios del cristianismo, y más concretamente aún al Dios de los sacerdotes, creando un infierno eterno, por lo cual se hace un Satanás eterno, con un reino, eterno también, enfrente del reino de Dios, del reino de los escogidos. ¿Cuál es más grande?

Gertrudis no comprendía sino esta gran división de lo divino, el Dios del mal y el Dios del bien compartiendo su poder sobre las almas. Román le había dicho mil veces que la pena del pecado

debe ser infinita, á lo menos en duraci3n, porque ofende á Dios, que es infinito. Y Gertrudis no sabía refutar esta falsedad, este sofisma; no sabía contestar en buena l3gica que para que tuviese car3cter infinito la ofensa hecha por un hombre, sería menester que éste fuese Dios á su vez; porque si Dios pudiera pecar, siendo su pecado el de una inteligencia infinita, tendria el car3cter de gravedad infinita; pero viniendo el pecado del hombre, de una naturaleza finita, no puede tener sino una gravedad finita, y, por consiguiente, sólo puede exigir un castigo finito, limitado, proporcional á la indole de la falta.

Gertrudis no podía saber que la gloria y el infierno est3n aqui, y se cumplen en la tierra. Ella había tenido momentos de gloria suprema cada vez que crecía un nuevo amor en su organismo; momentos de condenaci3n y de atroces tormentos á cada desengaño.

Aquel Satanás absurdo, que estaba en todas partes como Dios mismo, en las nubes que esconden el rayo; en el granizo que devasta los campos, en la criatura aún no bautizada; aquel Satanás que expela el agua bendita, que la campana ahuyenta, que tiene su iglesia en la tierra, sus fiestas y su aquelarre, donde se canta, donde se le ruega, donde se le besa, donde se le com-

pran las almas que él vende, así como antes hacía lo contrario (hasta que se convenció que la venta era preferible á la compra), ignoraba Gertrudis quién era, creyéndole el diablo aquel con que la Iglesia amedrentó á los hombres rudos de la Edad Media.

Y, sin embargo, Gertrudis tenía muy guardada una hoja de papel sumamente curiosa que Román, el sacerdote, la incitó á que pidiese y comprase. era nada menos que la *salvación de su alma*. Le había costado cuatro mil duros. No la daban por menos dónde la vendían.

¡La salvación de su alma! Ya que no la de su cuerpo, esa deseaba con el más puro y supersticioso ahinco. Ahora que el amor no ejercía en sus sentimientos fascinación ni en sus fibras vibración alguna; ahora que consideraba las horas del ayer como tiempo malgastado y perdido, ¡ahora sí que volvía sus ojos hacia la figura más poética de la religión cristiana, ahora sí que sentía amor y devoción á la Virgen madre, á aquella madre admirable que es vida, dulzura y esperanza nuestra; á aquella Virgen purísima, á quien todas las mujeres pueden tomar por ejemplo, mirándose en el cual, quiten todas las manchas de su alma y la procuren toda la hermosura y gracia posibles. Ella, aristocrática y altiva dama, pecadora tanto!

como la Magdalena, quería ser, como la Virgen, humilde, como lo pregona en su cántico misterioso:

«Si me alaban todas las naciones, si me bendicen todas las edades, si me veneran los cielos y la tierra, si el mismo infierno tiembla al sonido de mi nombre, si todos me aclaman bienaventurada y feliz, es porque el Todopoderoso puso sus ojos en mi humildad. La humildad me hizo la más amada del Altísimo; la humildad me elevó hasta el trono de la Santísima Trinidad; para que fuese digna Madre del mismo Dios, el cual aborrece y abate á los soberbios, y, al contrario, ama y exalta á los humildes.»

Ya no despreciaba su cuerpo, por creerlo inútil. Inútil para la fecundidad, pero estimable como morada del alma, que vale más que todas las riquezas del mundo. Pensaba acudir y sustentarle como es razón, pero respetándolo de manera que no sufriera en él la más mínima mancha ni ofensa; que todo esto merecía el que desde entonces iba á ser nada más que custodia de prenda tan agraciada como el alma. En fuerza de esta justísima estimación, aborreció á Román, al secretario de embajada, á su difunto marido, y aborrecería en adelante á todos los que le mirasen con intención torcida; pues claro está que éstos no hacen

honra sino manifiesta injuria á nuestro cuerpo. De la que se llama hermosura, no haría más caso que de una flor que aparece y desaparece, y apenas nace cuando al punto se marchita. Confesaba que era don de Dios, pero que usó mal de ella, dañando con esta feísima ingratitud al Soberano que se lo diera. De su nacimiento, de su alcurnia, juzgó lo mismo. Cierta que la dió nobleza, según las atenciones del mundo, pero no según las divinas, que sólo tienen por noble prosapia la virtud; y siendo esto así, procuraría con todas sus fuerzas adelantarse en la virtud, sin detenerse poco ni mucho en el nacimiento, porque también la más olvidada inclusera pudo nacer de padres nobles y servirla á ella en el mundo; y si fuese santa y ella no, llegará día en que, por fuerza ó de grado, tuviese que postrarse á sus pies.

En aquel punto de sus reflexiones dieron dos discretísimos golpes á la puerta de su cuarto. La puerta que comunicaba con la iglesia.

Palideció Gertrudis intensamente, pero se repuso bien pronto. Adoptó la resolución de no contestar. Llamaron otra vez con más insistencia, y al seguirse el mismo silencio, oyéronse de nuevo los pasos que se alejaban.

Era Román. Por primera vez, aquella puerta se le cerraba.

Gertrudis cayó de rodillas, y leyó con unción el letrero de la pared:

Teme al Señor tu Dios, y no adores sino á Él solo.

Decididamente, la marquesa de la Florida era ya vieja.

Una verdadera *señora de piso*.

La clausura estaba rota al toque del *Ave María*; Román, en la celda de la superiora, conducido hasta allí por la maestra de novicias, hablaba con estas dos hacia ya largo rato.

Hablaba sentado en el borde de la silla, con su hermosa voz atemorada, que hizo pensar una vez á Gertrudis en que el padre Acebedo hubiera interpretado admirablemente el papel de protagonista en el *Profeta*. Salían las palabras con lentitud, timbrándose cada una aisladamente; y como Gertrudis en otro tiempo, ellas, las dos, tenían delante de sí el rostro de arcángel, la palidez de asceta, la figura de buen mozo, engrandecida con los anchos pliegues del traje talar.

Ellas, las dos, sentadas en el borde de la cama (no había otra silla en la celda que la ocupada

por el confesor), no le escuchaban, le veían hablar. Sin el estorbo de los entrecruzados barrotes, sin la separación de la doble reja del locutorio, en libertad y solos el sacerdote y las monjas, se miraban.

Se miraban mucho, con ansia de satisfacer el ansia de verse. El, Román, tan conmovido como ellas, luchando la voluntad con el disimulo.

Calló un momento, porque llegó, por abstraerse en mirar, á no saber lo que decía.

—Padre, siga. Eso que dice es muy hermoso. Nosotras hemos leído algo así en los libros, pero no está tan bien explicado.

La explicación era la de los éxtasis famosos y la de las revelaciones.

Román recobró la hilación de sus ideas; y mientras el pensamiento decía: «hermosas son las dos» (esto ó cosa así), los labios siguieron moviéndose.

—Decía, pues, que.....

—Estábamos en *los coloquios*.

—Eso es. Justo. Pues el coloquio puede ser *sucesivo, formal y sustancial*. El *coloquio sucesivo* se verifica cuando el alma, al mediar una verdad de fe, oye en cierto modo que le responde su espíritu como si fuera otra persona. Si produce efectos de amor, puede ser una luz especial de Dios. El *coloquio formal* tiene lugar cuando el

alma oye ciertas palabras distintas, pero fuera de sí misma, y puede oírlas con los oídos, con la imaginación ó con el entendimiento. El coloquio *sustancial* es lo mismo que el formal, no diferenciándose de él más que en el efecto; pues en tanto que el coloquio formal instruye, el sustancial obra súbitamente lo que expresa; por ejemplo, si dice «*consoláos, amadme*», en el mismo punto el alma es consolada é inflamada de amor.

Dijo estas últimas palabras buscando el efecto, tratando de sorprender con una impresión brusca en los nervios de las dos mujeres. Algo de esto hubo de haber, porque bajaron los ojos y se estrecharon las manos en un estremecimiento. Pero la naturaleza monjil recobró su imperio sobre la humana.

—Diga, padre: ¿y si manda cosas contrarias á la prudencia cristiana? ¿Y si manda á nosotras dos, por ejemplo, que faltemos á uno de nuestros votos?

—¡Ah, tunantas!—pensó Román.—Ahora veréis.

Y en voz alta:

—¿Á uno de vuestros votos? ¿Á cual?

La superiora fué la más valiente.

—Á la castidad, por ejemplo.

—¡Distingo, reverenda madre! Quizás se sor-

prenda un poco con lo que voy á decirle; pero esta opinión no es mía, aunque la adopto y apruebo. Sabido es que *no se peca más que por el consentimiento y la cooperación*. Susana era casta, y Susana dijo: «*Si me abandono á los deseos impúdicos de esos viejos, soy perdida*». Pues dice el jesuita Corneille de la Pierre en sus *Comentarios acerca del profeta David*, publicados en París en el año 1622, sobre poco más ó menos, que en semejante extremidad, si por un lado temía la infamia y la muerte, por otro Susana pudo decir: «*No consentiré en acción tan vergonzosa; pero la sufriré sin desplegar los labios, á fin de conservar la vida y el honor*». No consintiendo ni cooperando, pudo permitir Susana, y, como ella, puede permitir cualquier mujer, que un hombre sacie su lujuria, pues no tomando parte *interiormente*, es decir, con el espíritu, no peca.

—¿Y las monjas tampoco?—preguntáronle ambas á un tiempo.

—Tampoco.

Las dos mujeres le miraron asombradas.

—Padre, ¿nos engaña?—exclamó la maestra.

—Ya he dicho que acepto la doctrina, que la apruebo, pero no es mía. Es de una autoridad eclesiástica; y otra os citaré de Jacobo Tizin, otro jesuita que, en sus *Comentarios acerca de*

la *Biblia*, añade también, hablando de este mismo asunto, «que la *casta Susana* debió abandonar su cuerpo á los ancianos....., pues *la reputación y la vida son preferibles á la pureza del cuerpo*».

Juntaron ellas las manos, y dijeron:

La maestra.—¡Dios mío! ¡Qué ignorantes éramos!

La abadesa.—¡Y nosotras que odiamos á los jesuitas! ¡Lo que es vivir engañadas!

Ya era tiempo de terminar aquella ridícula escena de hipocresía.

Después de todo, Román, vencedor en esta lid, fué doblemente, renunciando á llegar á sus fines por tales medios, y quiso abordar el asunto francamente.

¿Querían tomarle por juguete? Le habían llamado. Estaba allí solo, con ellas. No gritarian, porque todos iban á salir perdiendo si se enteraban con los gritos las únicas que eran temibles: las novicias.

Se levantó, se convenció de que la puerta estaba bien cerrada, y volviéndose:

—Hermanas, estáis en el caso parecido al de Susana.

Pero en lugar de encontrarse con dos caras de susto, de espanto, vió á las monjas, que le sonreían. Ellas. Las dos.

También fué la superiora la que le contestó con no menos franqueza:

—Lo esperábamos. Esto le esperábamos. Dos mujeres contra un hombre. Nada de violencias, porque podemos resistirnos. Somos las más fuertes.

Y luego, volviendo á su tono hipócrita, sin saberlo, por costumbre ya:

—No, padre. Estamos resueltas á que no pueda ser..... sin ciertas precauciones.

El sacerdote comprendió. Por lo demás, si así no hubiera sido, la vista de algo que le mostró la maestra de novicias hizole saber que las monjas están muy al corriente de ciertos usos. Prestóse á cuanto quisieron.

Á poco, Román salía del monasterio con el mismo sigilo que hubo de adoptarse para su entrada.

Salía con los ojos brillantes de satisfacción.

Ya en la puerta, la maestra de novicias le dijo, apretándole la mano:

—Hasta la noche.

—¿Dónde?

—Aquí mismo. Se abrirá.

—¿Á qué hora?

—Á las diez estamos recogidas. Á las once.

Y á las once, en efecto, habia en el silencio del

retiro conventual algo extraño: no era el de todas las noches; el viento silbaba en las crujiás del claustro, como quejándose ó maldiciendo á los réprobos; y en medio del patio, sobre uno de los brazos de la tosca cruz de piedra, el pajarraco aquel, mochuelo, lechuza ó lo que fuera, aleteaba, y sus redondas pupilas, fijas en la única luz que se veía, la del dormitorio común, miraban aquella tenue claridad de una manera que hacía pensar en que ciertas aves pueden expresar con los ojos muchas picardías.

XI

Sor María de la Soledad se enteró de todo, porque nadie trató de ocultárselo. La recién profesada no sintió cólera ni celos. Al fin y á la postre, ¿qué podía importarle el vicio, y los extremos á que por el vicio llegaban sus hermanas de la comunidad? Ella no amaba al confesor ordinario. Su amor ya pasó. Fué uno solo, el cadete. A Román, ni se entregó siquiera. Se sirvió de él para algo que es muy difícil comprender; no para satisfacer una necesidad, no para un fin puramente sensual, no. «Ante todo, era hembra, muy hembra.» Pues así, como hembra, para cumplir un deber de hembra, para obedecer un mandato imperiosísimo que en su organismo estaba exigiendo la naturaleza. Hubo en su abandono caracteres augustos; hubo en su cuerpo esas solemnidades con que la tierra recibe, coronada de rayos de sol, la semilla que ha de fructificar,

venga de quien venga, arrojada por el labrador á puñados, ó traída al surco por el viento. Hecho esto, lo que fuese del labriego después, el rumbo que el viento tomara, impórtale á la tierra ya fecundada un ardite. Así, María de la Soledad, al convencerse de que el sacerdote estaba de nuevo en el dormitorio común, lejos de mostrar alegría, cerró herméticamente la mampara de su biombo: ya no necesitaba, y, por tanto ya no quería que entrase. ¡Ahl ¡La recién profesal No había nacido mujer sino porque había nacido única y exclusivamente para madre. Ella no era como Melita; era hembra á su tiempo, y el instinto de la reproducción en ella, como en las hembras de los animales, se despertaba imperiosamente, la inclinaba á buscar al macho, que hasta entonces había tratado de evitar. Cumplido este fin, huía nuevamente de él; le hubiera resistido obstinadamente. Las abejas obreras mantienen y crían los zánganos en la colmena hasta que llega la época en que la reina los necesita. Usa de ellos, y después, todas las obreras, las estériles, clavan sus aguijones en aquellos cuerpos que ya para nada sirven; matan á los zánganos, que ya no tienen que cumplir ninguna misión. Melita y Soledad formaban el más acabado contraste. Melita estaba expuesta á la clorosis, á la tisis, á una

porción de enfermedades. Soledad, á una sola, de la cual se había salvado; la salvó Román sin saberlo, por haberse presentado aquella noche primera en el dormitorio. A una sola. Al histerismo. Ahora, sin pensar ya en el hombre, en el macho, en el zángano, fijos sus ojos y abstraída la mirada en un punto cualquiera, pensaba en el porvenir, y sonreía de una manera inefable á la imagen que veía en este arrobamiento. Era una cabecita rubia, unos ojuelos azules, una boca como un piñón de pequeña, como una fresa de encendida en color, un cuerpo de ángel, desnudito, no entre nubes, sino allí, en su regazo, y los labios de Soledad decían impacientes: «¡Hijo mío! ¡Hijo de mi alma!» No cambiaba su dicha por la de una reina, ¡por la de la reina de las abejas!

Y entonces surgió en ella, como culto religioso, la aparición sobre la tierra de María, como hermosura inaudita y portento sin segundo; María, no como virgen, sino con los atributos y la excelencia de madre; y como madre, reuniendo todas las virtudes, anunciándola el Espíritu de Dios y profetizándola en las Sagradas Escrituras: ella era el templo de Salomón, fabricado en su exterior del blanco mármol de la castidad, de la verdadera castidad humana, la castidad de la es-

posa, y en su interior del oro purísimo de la caridad; la vara de Aarón, que, colocada en el tabernáculo, se cubre de flores y de frutos; el suave vellón de Gedeón regado del celestial rocío, mientras que la tierra permanece seca y árida en todo su contorno; el vaso de oro que contiene el maná celeste; el arca de la alianza que encierra en sí, no sólo las tablas de la Ley, sino también el Autor de la misma Ley; la predestinada para aplastar la cabeza de la serpiente; la nueva Eva de la creación evangélica.....

Se desesperaba porque no podía rezar delante de la imagen de su devoción. Soledad adoraba á la Madre de Dios, no á la Virgen. Quería confiarla sus temores, sus esperanzas; pedirle su ayuda y protección bajo una sola de sus advocaciones. La única que no había en la iglesia de las monjas. La Virgen de la Leche y Buen Parto.

Transcurrieron así tres meses, cuatro. Soledad esperando, esperando siempre, y á cada nuevo día siendo más enternecedora su sonrisa, mayor la dulzura de sus sueños y más íntima la alegría de su corazón. Volviendo á repetir, sintiendo los estremecimientos de sus entrañas, aquellas dos pa-

labras, únicas que pronunciara al caer en brazos del hombre: «¡Por fin!»

La comunidad también estaba contenta. En todo el claustro reinaba el mayor regocijo. Desde por la mañana, las monjas acudían al coro con verdadero apresuramiento. Rezábase el Oficio divino como nunca. Por allí, á través de la inmensa reja, penetraban las miradas de las religiosas en el templo, no se detenían en curiosear las actitudes y semblantes de los pocos fieles arrodillados de trecho en trecho; llegaban hasta el altar, y no perdían uno solo de los movimientos del sacerdote, de *su sacerdote*, de Román.

Ya se comentaba mucho el lujo que de improviso ostentaban éste y la iglesia. Las vestiduras eran nuevas, casullas preciosas, albas, cingulos, manipulos del mayor coste. Encajes riquísimos, todo ello primorosamente bordado á mano por sus penitentes. Todo regalo de las monjas. El torno de la sacristía no se daba punto de reposo. Giraba á cada instante, y una voz gangosa decía, repetía como un estribillo: «Para el altar.» Eran velas rizadas y ramos de flores. «Para el padre Acebedo.» Y entonces el presente era algún pañuelo marcado al realce con seda ó con cabello, algún alzacuello, y á veces zapatillas para andar por casa, y gorros de terciopelo, que abrigan la

cabeza mucho más completamente que el solideo; confituras, tartas, y hasta guisos de tal ó cual manjar, en que la comunidad tenía fama culinaria.

Pero si Soledad no ignoraba el por qué de tales agasajos, tampoco las monjas habían olvidado sus agravios con la recién profesa, y ellas también la espiaban cuidadosamente; también al verla discurrir sin compañera por el huerto á las horas de recreación, ó acudir á los ejercicios con paso cada vez más tardo y pesado, con creciente indolencia en la actitud; al observar que iba siendo más intensa la palidez mate y la demacración del rostro, más pronunciadas las ojeras, cuchicheaban entre sí; mientras que la superiora y la maestra de novicias, por todo comentario, elevaban los ojos al cielo, como poniéndole por testigo de que en sus manos no estaba impedir el escándalo, y si sólo castigar á la que era su causante. ¡Oh! Lo que es eso, podía tenerlo por muy seguro. El castigo empezaba ya. Soledad tenía que aguantar pullas como ésta.

—Hermana, cuídese—decía una monja al pasar por su lado.

—Hermana, no engorde tanto; procure enflaquecer para cuando sea la visita del señor arzobispo.

—Hermana, ayer tuve la revelación de que iba á hacerse un milagro en este convento.

Otras, al pasar por su lado, fingian tropezar con riesgo de caer, y, para evitarlo, ponían brutalmente ambas manos en el abultado vientre de sor María de la Soledad.

Luego, la buena madre se atuvo á unas penas para la recién profesa, que eran refinamiento de crueldad, atendiendo á su estado. Dejábala muchos días á pan y agua en el refectorio; y si alguna vez comían de carne, la prohibía este plato. Hizola ayunar una semana entera. La obligó á estar de rodillas dos horas de cara á la pared, actitud y postura insoportable durante el embarazo.

Por fin, Soledad comprendió de lo que se trataba. Vió el peligro. La conspiración no tenía otro objeto que el de un crimen horrible. Se revolvió como una leona que defiende á su cachorro. Una mañana, después de la comida, al retirarse todas del refectorio, quedóse la última, y se acercó resueltamente a la abadesa.

—Tengo que hablarla, reverenda madre.

Sor María Egipcíaca manifestó en el rostro el mayor y más cándido asombro; la miró de alto á bajo.

—¿A mí? Ya puede empezar, hermana.

—Aquí no. En una celda, ó en cualquier sitio. A solas.

¿Tuvo miedo la superiora? No pudo saberse; pero ello es que miró á su rededor, y percibiendo á la maestra de novicias, que se alejaba, la llamó á gritos:

—¡Sor Maria Josefa, la necesito!

Y al verla regresar presurosa, triunfalmente, tranquila ya, contestó á la peticionaria:

—Está bien. Concedo. A solas será, porque así lo quiere.

—Pero entonces—dijo Soledad,—la hermana ..

—No entrará. Se quedará á la puerta de la celda esperando hasta que yo la llame.

Soledad se encogió de hombros. Después de todo, resuelta estaba, y la presencia de la maestra no había de impedir que usase de la energía que era su única salvación.

—Eche á andar, ya la sigo. A mi celda.

Y la abadesa quedó breves segundos hablando en voz baja con su íntima, que la escuchó atentamente, haciendo por fin un ademán de perfecta inteligencia.

Soledad llegó á la celda. La superiora entró tras ella y cerró la puerta, pero no tan á tiempo que la recién profesa dejase de ver á sor Maria Josefa del Consuelo ocupando su puesto de centinela.

—Ya estamos solas, hija mía—exclamó la buena madre con su más hipócrita acento.—Hable lo que guste, y sea breve todo lo posible, porque me llaman otras atenciones.

—No podré yo ser breve, madre, porque es mucho lo que tengo que decirle, mucho, y no admite espera.

—Sin embargo, mire si puede dejarlo para otra hora ó para otro día.

—Imposible, madre; ha de ser ahora mismo.

La ahadesa se irritó sobremanera ante la decisión de aquel acento.

Bajó los ojos.

—Dios me perdone si pienso mal. Pero se me figura, sor María de la Soledad, que en este momento trata de amenazarme. Estoy pensando en castigarla por falta de respeto.

—No trato de faltar al respeto que debo—contestó la infeliz sin intimidarse,—sino que empiezo por declarar la urgencia de esta entrevista.

—Y, ¿por ventura—preguntó sor María Egipcíaca con socarronería,—por ventura, el objeto de ella es siquiera el piadosísimo de acusarse por alguna grave falta cometida, por algún delito que yo ignoro?

Júzguese del estupor que causaría esta respuesta:

—Sí, madre.

—¡Ah! Siendo así, ya escucho.

Entonces, con sonora voz, levantando muy alta la frente:

—Mi delito es uno solo, y para cometerlo he tenido cómplices.

—¿En plural?

—En plural. Cómplices. Y mis cómplices han sido mis padres y Ud: misma.

Es inenarrable el cómico asombro con que la abadesa levantó los brazos y luego se llevó ambas manos al pecho.

—¡Yo! Piense bien lo que dice, hermana. ¡Yo cómplice de un delito! ¡Yo, sor María Egipcíaca de la Ascensión.

—Me acuso —contestó Soledad, sin tener en cuenta este aspaviento,—me acuso de haber entrado en el claustro y haber profesado sin tener vocación para las perfecciones de este estado. Me acuso de esto, que no tiene más atenuación que mi edad, la edad en que hice tal cosa, ignorando todavía lo que es el mundo, lo que es la naturaleza, lo que son las pasiones, y lo que era yo misma.

—¡Su edad!—profirió la monja con enojo.—Hermana, no parece sino que cuando entró aquí de novicia no sabía hablar, y estaba con andado-

res todavía. Ya andaba sola, hermana, y podían dejarla, que no se perdería seguramente. Hace dos años. Más de dos años. Tenía entonces diez y siete. Mire bien lo que dice... Tengo entendido que hasta llegó á tener antes de entrar aquí no sé qué intriga mundana...

Pero la ex novia del cadete no la dejó concluir. Ya no la dió el tratamiento que en la regla se preceptuaba.

—Señora, según todas las leyes del mundo, incluso las de nuestro país, tuviera yo lo que tuviera, nada podía imputárseme como incurso por ello en responsabilidad. Aún no la tengo ante los tribunales. Lo sé muy bien. Tengo diez y nueve años; pues bien: pido para mí el beneficio que la ley concede á los menores. Menor de edad era entonces, y sigo siéndolo todavía.

—¿Qué está Ud. diciendo, desdichada?—gritó la buena madre con voz lo más chillona y estridente que puede oírse.

Soledad llegó al colmo de la exasperación.

—Estoy diciendo lo que Ud. oye. Que yo no quiero permanecer aquí ni un minuto más. Que declaro haber jurado en falso, todo lo que se le antoje; pero con tal de salir, no me importa ni el escándalo, ni la publicidad, ni el convento, ni usted, ni mis padres, ni nada. Estoy diciendo que

se trata de hacer conmigo una infamia, y que no hay fuerzas humanas ya que me detengan.

—¡Exclauustarse! ¡Quiere Ud. exclauustarse!

—Eso quiero. Nadie me lo puede impedir.

Con alegría indecible dió la contestación sor Egipcíaca.

—¡Nadiel! ¡A Ud. le parece que no somos nadie todas nosotras? ¡Yo misma, y... y, sobre todo, el señor arzobispo!

—Las autoridades me protegerán contra Uds. La abadesa sonrió.

—¡Cálmese Ud., hija mía, y piense bien las cosas! Usted no tiene nada que ver con las autoridades.

—No me engaña Ud., señora; estoy bien enterada.

—¡Ah! ¿Conque lo sabe Ud.? Pues bien: para que las autoridades penetren aquí, es preciso que Ud. les dé parte, que Ud. manifieste su resolución.

—Es que pienso manifestarla si no me se da ahora mismo la libertad que reclamo.

—Eso, lo veremos; si la toma por la violencia, á la violencia recurriremos.

Y luego, de repente, dulcificando mucho, y en una transición maravillosa, la voz, la actitud, la expresión del rostro, acercóse á su víctima:

—Vamos, hija mía. Está Ud. loca, y quiere enloquecerme también. Basta de gritos, basta de cóleras. Pecamos las dos mortalmente. Hable usted con calma. Traquilamente. ¿Qué motivos tiene? ¡Dígalos! Fruslerías, niñadas. Motivos serios, ¡de fiijo que ninguno! Y, sobre todo—añadió todavía con más dulzura,—sobre todo, antes de llegar á los medios extremos, se prueban otros de transacción, que son siempre mejores y de más provechoso fruto. Usted, hija mía, me oculta algo indudablemente, y hace mal, muy mal. Reflexioné. Dos años lleva en esta casa; llamémosla ahora casa y no convento; hablemos el lenguaje profano, y como si ninguna de las dos fuéramos monjas; lleva, pues, dos años, más de dos años, y en ese tiempo, yo no niego haberla castigado algunas veces, cierto; quizás en estos castigos que yo impongo sólo por obedecer lo que me manda la Regla, haya Ud. creído ver lo que no existe. Odios ó malquerencias. Esto es lo que yo pienso ahora, al verla tan enojada, tan fuera de sí. Se equivoca, hija mía. Se equivoca de una manera lastimosa, ofensiva para mí. Ya ve que no le hablo sino como á una amiga, como si fuéramos nada más que dos mujeres. No quiero que entre en mi lenguaje ni Dios, ni los santos, ni la Virgen. Dos mujeres somos que hemos vi-

vido juntas bajo el mismo techo. ¿Y cree Ud. que en el trato de esos dos años no se ha formado ningún lazo entre nosotras? ¿Cree Ud. que no nos queremos? ¿Niega Ud. también que exista la amistad?

—En *estas casas*, como Ud. dice, sí, señora; lo niego.

La abadesa se contuvo más aún, y siguió su trayectoria de disimulo.

—También es verdad; también es una triste verdad. Ya ve Ud. que no quiero ser hipócrita, y, como vulgarmente se dice; juego limpio. Es cierto, y á mi me parece, aquí, entre nosotras dos, ahora que nadie puede oírnos, que las demás hermanas la tienen á Ud. envidia. Me parece que confieso, y no se me puede exigir que sea más explícita. Algo de eso me había figurado hace tiempo, Pero vamos á decidirlo todo, hablando con el corazón en la mano, mireme bien, de frente, cara á cara. Ya no hay ningún secreto entre nosotras. Estudie Ud. la expresión de mis ojos. A ver si disimulo. A ver si miento. Juro que las demás podrán odiarla, envidiarla, pero yo, no. Yo la quiero á Ud. mucho, de veras, mucho, y voy á probarérselo no teniendo para Ud. ningún secreto.

Soledad estaba sorprendida. Lo cierto es que no esperaba este lenguaje.

La buena madre la cogió las manos.

—Vamos á ver. Lo que pasa aquí es muy sencillo. Confie Ud. en mí, que yo sabré poner remedio á todo, sin necesidad de esa exclaustación, que, no lo niego, nos perjudicaria á nosotras mucho: haria públicas una porción de cosas del convento, pero que también sería para usted dañosa. De otro modo, entendiéndonos ahora, entendiéndonos bien, yo sé la manera de arreglarlo. Hablemos sin rodeos. Yo lo se todo, y usted también. No haga usted caso ya de mi cariño; no crea en él, si gusta, y figúrese que si propongo la paz, es por motivos de conveniencia que existen para la comunidad, lo mismo que para usted, lo repito.

—¡Ah! Pues si lo sabe usted todo, señora, ya sabe lo que tratan de hacer conmigo—replicó la profesa con lágrimas en los ojos.—¡Una iniquidad!

Sor María Egipcíaca, con su mismo pañuelo, la enjugó los ojos.

—¡Pobre niña! Tiene Ud. razón en lo que dijo antes. Es absurdo que se nos permita hacer voto de clausura y de castidad, de obediencia y de pobreza, en la edad en que no sabemos nada del mundo ni de nosotras mismas, y que estos votos, hechos en la minoría, tolere el Estado que sean

eternos. Tiene Ud. razón, porque no importa que las leyes protejan la exclaustación. La exclaustación es un escándalo, y se necesita una dosis de energía maravillosa, motivos poderosísimos, para que una débil mujer no mire en ello, salte por todo y se ariesgue á firmar su intancia al gobernador, al juez y á las autoridades.

—Es que yo los tengo. Yo tengo esos motivos.

—Lo sé; hija mía. Pero confiese Ud. que nosotras, yo sobre todo, tengo los míos para evitar que ese escándalo se realice, para que ceda usted un poco por su parte y yo cederé también, cederé mucho por la mía. ¿Quiere Ud. obligarme al bochorno de ciertas declaraciones? Pues bien, las haré. Todas somos culpables, Ud. y nosotras....., culpables en cierto modo. Nuestra atenuación está en los votos formulados, como Ud. dice, cuando no teníamos uso completo de raciocinio. Ha sucedido lo que era lógico que sucediera. Hemos quebrantado el voto más solemne....., y también el más absurdo. El voto de castidad. Usted y nosotras, con.... con el padre Acebedo. Por eso no conviene que vuelva Ud. al mundo. No nos conviene á nosotras, porque sabe Ud. nuestro secreto.

—¡Oh! Yo no lo diría nunca. No lo diré, lo juro. ¡Por el hijo que llevo en mis entrañas! Pero

me voy, señora, me voy, porque ya que estamos en este terreno, no seré yo menos sincera. Me voy, porque las hermanas quieren que mi hijo no nazca, que muera antes de nacer. Lo sabe Ud. tan bien como yo. Eso es lo que se han propuesto. Me voy, pues, pero jurando que por mí no se sabrá nada. ¡Oh! Y puede Ud. creerme.

—¡Loca!—exclamó sor María Egipcíaca con tono cariñosísimo.—Está Ud. trastornada, ofuscada con ese temor, y no ve, y no puede apreciar los hechos claramente. Se sabrá por Ud. sin que usted lo diga. Si mañana sale Ud. de aquí, ¿de dónde sale? De un convento. Y ¿cómo sale? Embarazada. ¿Puede Ud. ocultar su embarazo? ¿Puede Ud. evitar el parto? Ya ve que es imposible. ¡Una monja que sale de la clausura con este motivo! Basta con eso.

—Pero, señora—gritó Soledad desesperada,—¿y yo qué voy hacerle? Mi hijo, la vida de mi hijo es antes que nada. Antes de nacer, lo veo, lo siento, estoy conmovida, estoy llena de anhelos y de ternura por él. Le adoro.

Entonces sor María Egipcíaca echó el resto. Soltó las manos de la profesora, que acariciaba entre las suyas, la echó los brazos al cuello, la besó en la frente.

—¡Tonta! Yo pondré el orden que hace falta.

Pero eso no puede ser hasta mañana. Desde mañana nadie la molestará. Ninguna de las hermanas. Usted se queda. Usted no puede marcharse.

—Pero, ¿y mi hijo?

—*Su hijo de Ud. nacerá aquí.*

No puede narrarse cómo se combinaron y surgieron á la par en el ánimo de la desventurada el estupor, la alegría, el reconocimiento, la ternura, todos los afectos más nobles y las impresiones más sorprendentes, al oír aquellas palabras.

—¿De veras? ¿No me engaña Ud.?... ¡Ah señora!... ¡Ah señora!... ¿Conque mi hijo?... ¿Conque usted consiente?... ¡Dios mío! ¿Qué feliz soy!... ¡Qué buena es Ud.!... ¡Perdón, perdón!... ¡Yo pensaba muy mal!... ¡Sufria tanto!... ¡Ahora sí que la creo!... ¡Usted me quiere, sí!... ¡Usted me quiere!... ¡Usted es un ángel!... Y yo... ¡yo también la quiero!... ¡Yo seré su esclava!... ¡Si usted hace eso, yo besaré por donde Ud. pise!... ¡Hijo mío! ¡Hijo de mi alma!

Y cayó de rodillas ante la superiora.

Esta la levantó con la actitud y el arranque del mayor cariño.

—Vámonos, ya pasó. No se hable más de ello. Quedamos en eso. ¿No es verdad? Usted no nos deja, no se va.

—¡Ahoral ¡Oh! ¡No! ¡Nunca! Yo no sabré con qué pagar este beneficio.

Y la abrazó llorando, dando explosión á su sentimiento.

—Bueno. ¡Basta! Una emoción fuerte puede hacerla daño. Cállese. Un beso. ¡Ea! Vámonos, vámonos ahora. Juntas. Para que las demás lo vean, pasearemos por el huerto así, del brazo. Empezaré dando el ejemplo.

Y abrió la puerta de la celda, diciendo á sor María Josefa, que no se había movido de su puesto, y que las vió salir maravillada:

—Retírese, hermana. Vaya al huerto, que allá vamos todas.

Fuése la maestra más que de prisa, haciéndose cruces por aquel impensado desenlace de la entrevista.

XII

En el huerto estaban las novicias. Pero no estaba Melita entre ellas. Melita ocupaba ya su puesto en la enfermería del convento. No queremos dar la explicación del suceso por nuestra cuenta. La ciencia la da con terribles y decisivas palabras. Melita estaba tísica. Estaba condenada á morir, y había puesto en su organismo asiento hasta la muerte la terrible tuberculosis. Hagamos el proceso estrictamente científico.

Todo había conspirado en ella á la aparición á esta enfermedad. Sabido es que la tuberculosis no tiene más que una sola causa constante, que es una manera de ser particular del organismo, ó diátesis, llamada *diátesis tuberculosa*.

«Cualquiera que sea el aspecto exterior de los individuos dispuestos de este modo—dicen los patólogos,—la diátesis, por los caracteres de su producto, acarrea una debilidad constitucional:

en virtud de esta disposición, el organismo llega á afectarse con las provocaciones irritativas, que de otro modo serian ineficaces por sí, á causa de que la diátesis responde á la provocación, según sus fuerzas; esto es, con una formación lenta y de mala naturaleza, y no con la formación rápida y transitoria de la inflamación propiamente dicha.»

Y luego añaden:

«Precisar en qué consiste esta debilidad constitucional especial es cosa imposible; pero si, dejando á un lado toda hipótesis, nos limitamos á interrogar á la clínica, vendremos á concluir que esta diátesis de productos imperfectos está constituida esencialmente por la imperfección, ó, para hablar con más exactitud, por la *insuficiencia de la nutrición*, tomando esta expresión en su sentido fisiológico más lato.»

Por último, comparan la tuberculosis con la escrófula de una manera terminante, y que comprende de lleno á nuestra protagonista:

«La debilidad constitucional es la causa común de las dos enfermedades; y como la escrófula es propia de la infancia, así como la tuberculosis es más especial de la juventud y de la edad adulta, *se concibe que si no ha desaparecido la causa primera*, un individuo escrofuloso en su infancia

puede ser tuberculoso más adelante: esta sucesión no implica relación de causa ó afecto entre ambas afecciones.»

Pasando después á la etiología, explicase que las condiciones que desarrollan y producen la diátesis tuberculosa son, en primer lugar, la herencia; en segundo, *la disposición innata*; y en tercero, *las condiciones individuales ó exteriores* que, obrando sobre el individuo después de nacer, modifican y alteran poco á poco su constitución primitivamente intacta.

Así, pues, en Melita, la tisis tenía que tener los caracteres de innata y de adquirida.

Innata y después adquirida, porque las causas de esta última, enumeradas en conjunto, son cuantas circunstancias higiénicas ó patológicas existen capaces de determinar á la larga una debilidad constitucional definitiva. Y estas circunstancias son: en los niños, la lactancia insuficiente ó artificial, la aplicación intelectual precoz ó forzada; y en los púberes, la permanencia en habitaciones oscuras y mal ventiladas, los excesos del onanismo y del coito, y, en una palabra, siempre que el gasto orgánico es mayor que el ingreso, puede decirse que está creada la condición generatriz de la tuberculosis.

Melita fué acometida de la tisis, con su carácter *sofocante*. Sin pródomos, ó con los que pertenecen á todas las enfermedades febriles, adquirió una fiebre subcontinua, cuyo grado térmico no excedía de 39°,5, y cuya remisión matinal consistía en un grado ó grado y medio á lo sumo; á los pocos días, sin dolor de costado, ni tos, ni expectoración; adquirió una disnea violenta, amenazando con la sofocación. Excepto la fiebre, su estado se asemejaba al de una enferma del corazón ó al de una asmática. Podía también creerse en una bronquitis capítular; el pecho, sin embargo, no revelaba más que algunos estertores insignificantes, y á veces tan sólo la disminución general del ruido respiratorio. Luego, esta forma sofocante llegó á presentar también síntomas catarrales: á medida que los estertores se generalizaban, aumentóse la disnea; la tos apareció, se presentó la expectoración. Los accidentes torácicos se complicaron con una diarrea alarmante; todos estos síntomas persistieron, y aparecieron otros peores. Su carácter se tornó espantadizo; veíase acometida de un profundo desaliento y de disgusto de todo lo que la rodeaba; el apetito disminuyó rápidamente; perdió en absoluto las fuerzas; los accesos de fiebre tenían lugar al medio día y á la media noche. Su cara, su hermosa cara,

no tenía ya expresión; secábasele la lengua; las ventanas de la nariz estaban pulverulentas, y apareció un delirio tranquilo nocturno. Llamaba á su madre, al confesor; hablaba de la catedral de Toledo, de la torre, del cielo y de los astros brillantes. Sus manos, en las extremidades de los dedos, se habían deformado: eran achatadas y cuadradas, terminando por un ensanchamiento en forma de porra ó maza. Dedos hipocráticos. La tos era cada vez más seca; aumentaba por la tarde, y no le dejaba punto de reposo durante la noche. Sudaba copiosamente: en pocas semanas llegó á la *consunción*; el organismo, deteriorado, era incapaz ya de soportar nada. El acceso cotidiano empezaba siempre de cuatro á siete de la tarde, siendo el gasto ó consumo febril la causa más poderosa de la consunción. Á la par que se establecía la fiebre hética, se agravaron todos los demás síntomas: hizose la diarrea más abundante, en ocasiones incoercible; la tos más penosa, más frecuente y provocando vómitos, que se agregaban á las pérdidas y fatigas de la enferma. Presentáronse, además de estos vómitos casi mecánicos, los propios de la tisis, debidos á catarros y ulceraciones gástricas; la expectoración aumentaba de día en día, y su voz empezaba á enronquecerse, á extinguirse. Una disfagia doloro-

sa, provocada por ulceraciones de la epiglotis, aumentó sus sufrimientos, y una emaciación creciente la llevaba con rapidez al último grado de marasmo. Los sudores cesaron de pronto, y la piel se hizo seca, áspera y callosa, por falta de espoliación epidérmica.

Resumiendo: éste era su estado, en el que había, como principales caracteres, la fiebre héctica, el adelgazamiento, la diarrea, la tos y una expectoración purulenta, que procedía de las ulceraciones pulmonares. Existía, pues, el cuadro clínico que constituye el estado de tisis.

La expectoración presentó, en el curso de la enfermedad, importantes modificaciones: mientras no hubo ulceraciones, los esputos eran resultado del catarro bronco-pulmonar, blancos al principio, transparentes, mohosos, pobres de elementos morfológicos, con los caracteres de los esputos crudos. Pronto, sin embargo, desaparecieron la transparencia y fluidez, para dar lugar á la opacidad y consistencia del periodo de cocción, haciéndose moco-purulentos, verdosos y privados de aire, pero no viscosos. Á veces tenían estrias amarillentas muy marcadas, que cortaban la masa fundamental. Precedió este sintoma al periodo de ulceración; y cuando comenzó este último, hubo en los esputos un número variable

de fibras elásticas, contorneadas en división dicotómica, procedentes de las paredes alveolares destruidas. Era la tisis incipiente. Luego, al producirse las *cavernas*, experimentaron el último cambio, no menos característico, componiéndose entonces de dos partes distintas: un líquido mucoso aireado, procedente de los bronquios, y masas aisladas, de forma nummular, de color verde ó gris, opacas y privadas de aire, que nadaban en el líquido y se reunían por reposo en las capas medias ó profundas: estas masas, relativamente densas, provenían de las cavernas; estaban á veces estriadas de sangre, y contenían glóbulos de pus atrofiados, detritus granulosos y fragmentos membranosos desprendidos de las paredes cavitarias.

¡Pobre Melita! Ya no continuaron desarrollándose aquellas curvas suaves de la forma que iban á caracterizar y hermohear su incipiente sexo. Estaba, como vulgarmente se dice, *en huesos y pellejo*. ¡Lástima daba oír, al acercarse, su *espiración* fuerte y prolongada, su respiración, que se verificaba en varios actos, y producía el efecto de ser contenida, reprimida para que durase más! ¡Lástima primero, y horror después, cuando aparecieron los estertores después de algunas sacudidas de tos! Dejaban de oírse un rato, cuan-

de tosía, pero volvían luego; el trabajo de ruina se extendió á los bronquios más voluminosos, y los tabiques interalveolares empezaron á desaparecer; hiciéronse los estertores numerosísimos; se marcó más su carácter burbujoso: eran los ronquidos de los tubérculos reblandeciéndose, que indicaban la extensión del catarro y que la infiltración empezaba á licuarse. Coincidió con ellos la *brancofonía*, el soplo bronquial, que se percibía en toda la región enferma.

Se adivinaba ya que la enfermedad tenía una marcha continua, agravándose gradualmente, yendo en derechura á la muerte por los progresos de la consunción, en un espacio de tiempo que había de ser de maravillosa brevedad.

La curación, aunque rara, hubiera sido posible, y sus probabilidades mayores al principio de la enfermedad, porque sabido es que es más fácil precaver la tisis que curarla. Con todo, cuando los desórdenes pulmonares no eran muy extensos, cuando permanecieron estacionarios, pudo esperarse algo, hacer cesar la fiebre, la tos, la expectoración, y restablecer la nutrición; todo esto aprovechando la marcha lenta de los primeros instantes, sacándola del claustro, del convento, para que habitase en el campo, proporcionando al organismo aire libre, amplitud de horizontes.

alimentación sustanciosa, carnes asadas, vino puro, ayudado todo ello con una medicación tónica; aguerrir su constitución, en el lugar de confinarla en una habitación herméticamente cerrada; ponerla en estado de tolerar, sin afectarse, las vicisitudes atmosféricas, pero en otro clima; no en Toledo, sino en nuestra religiones templadas de Andalucía; y si posible fuera, la marquesa, su madre, debiera haberla llevado al llegar el estío a vivir en los países alpestres de la Suiza ó el Tirol. ¡Oh, sí! En lugar de la vida sedentaria del convento, la vida en el tren y en el buque que se hace á la vela; el verano allí y el invierno á orillas del lago Mayor, del lago de Como, en las cercanías de Méran, en Vevey, Montreux, Clarens. Producir un endurecimiento climatérico; hacerla recorrer los distintos puntos de Europa; tomar las aguas de Pyrmouth, de Schwalbach, de Moritz; reemplazar los venenos de la religión que matan, con los venenos de la ciencia que curan. Combatir la devoción exagerada con el arsénico. El insomnio con el opio. Los vómitos con el láudano ó el cloroformo.

Salir de Toledo, salir pronto, y no detenerse hasta Panticosa.

La marquesa de la Florida tuvo que considerar como un gran favor que las monjas la permitieran,

por su calidad de *señora de piso*, entrar en la enfermería y permacer allí, sentada en un sitial, á la cabecera del lecho de la enferma.

Así, desde que empezó la tisis, pudo seguir paso á paso su marcha.

Así pudo ver morir á su hija y cerrarla los ojos.

Hecho esto, se levantó y contestó á la superiora, que la estaba diciendo muy contenta:

—Tiene Ud., señora, el consuelo de haberla asistido y de ver con cuánta piedad ha recibido todos los sacramentos. Ha muerto hecha una santita.

¡Díos la reciba en su seno!

La marquesa no pudo contenerse:

—La recibirá, sí. Pero ¿y á mí? ¿Y á Uds?

—¡Señora marquesa!

—Ustedes y yo somos responsables de esta muerte.

—¡Señora, el dolor la vuelve loca! Yo la perdono con toda caridad cristiana.

La aristócrata, mirándola de alto á bajo, volvióse de espaldas, y alejándose del lecho murtuorio:

—Participo á Ud. que mañana dejo desocupada mi habitación. Vuelvo á Madrid mañana mismo.

Sor Egipcíaca no se atrevió á replicar. La amedrentaba aquel dolor sin llanto de madre. Era la forma más terrible de la desesperación.

XIII

Durante el resto del día, sor María de la Soledad fué dichosa: á cada instante volvían á su memoria las palabras de la superiora, palabras categóricas, que no dejaban lugar á duda, terminentes:

—¡El niño nacerá aquí!

Ahora estaba tranquila con respecto al porvenir, en lo que se refería á los riesgos que hasta pocas horas antes la amenazaban. La superiora se lo garantizaba. Ella hablaría á todas las profesas, y era indudable que, detallando los términos de la entrevista recién verificada, había de exponerles el peligro que habían corrido, la amenaza de exclaustación formulada con tanta energía. Soledad se figuraba que á tal decisión era debido el cambio de conducta.

—Hice bien. Si no me resuelvo, sabe Dios lo que hubieran hecho conmigo.

¡Su hijo vivirá! ¡Su hijo! Tenía un hijo. ¡Iba á poder estrecharlo en sus brazos! Decíasele siempre con sorpresa, como negándose á creerlo, y necesitando esta repetición para llegar al convencimiento propio. La mujer siempre recibe como impresión de maravilla y de milagro los síntomas de la primera maternidad.

Estaba contenta y triste. Contenta, porque iba á dar vida á un ser. Triste, porque ignoraba lo que á éste ser le reservaría el destino. ¡Ah! La vida no es una gran cosa. Ella mejor que nadie pudiera decirlo. La vida contraría todos nuestros anhelos, las aspiraciones más legítimas, y trastorna los nobles instintos, los generosos; hace llegar muchas veces la hidalguía hasta el crimen. La vida es una serie de espejismos, de engaños, que nos producen los sentidos. Ella creyó amar, y no amó. Creyó en el desengaño, y el desengaño no era cierto. Creyó que, como mujer, estaba anulada, que el claustro era su único refugio, y luego sintió brotar, no como retoños, sino como planta nueva, toda su sexualidad, hasta después de la profesión no sentida. Creyó que cifrando en Dios las aspiraciones más grandes aplacaríase su ardor, y vió que los labios rezaban y el pensamiento todo no se acordaba más que del hombre. Se creyó lasciva, y no lo era. Se creyó

lasciva cuando atrajo á Román, y luego, cumplida la misión á que obedecía, sintió hacia el hombre la repulsión que no siente nunca la lasciva. Sí. No podía saberse nada de nada. ¡Su hijo! ¡Qué vida sería la de aquel pobre ser! ¡Ah! Si ella no hubiese tenido aquella serie de equivocaciones, era distinto. Si ella, en lugar del velo y toca, del rezo y la celda, hubiera compartido la existencia, las penalidades y las bienandanzas, las tristezas y las alegrías, con algún hombre honrado, trabajador, inteligente, bueno, cariñoso, cualquiera, plebeyo ó noble, bohemio del arte ó potentado; si en lugar de aquel dictado de monja, tan agradable á los oídos del clero, tuviese el de esposa, tan respetable en la sociedad, entonces su hijo tendría un nombre, el de su marido; no fuera preciso ocultar su nacimiento como un crimen, sino antes, por el contrario, conmemorarlo con fiestas y regalos, bullicio y ceremonias ostentosas. Esto, esto era lo que la entristecía. Sor María Egipciaca tenía razón. ¡Exclaustrarse! ¡Para qué? ¡Qué iba á hacer en el mundo? En el mundo, verse rechazada por todos, llevar su hijo en brazos, es decir, llevar acariciada y querida su deshonra, y morir, morir acaso de hambre y de miseria, á menos de entregarse al vicio de los demás, de seguir el calvario empezado, seguirlo

bajo otra forma, la más espantosa, la de la prostitución. ¡Oh! Eso, nunca. Exclaustrarse, sólo en el caso de que la vida de su hijo peligrase. Ahora, no.

Sus imaginaciones hicieron con esto más lisonjeras. ¿Quién sabe? Después de todo, el porvenir era lo más halagüeño, lo mejor que podía ser. Prefería que fuese una niña, porque así veía su destino muy claro. Una niña no correría peligro alguno: se educaría allí, entre las monjas; y ya se la figuraba corriendo con las novicias por el huerto, siendo ella misma novicia desde el nacer. Y ¿por qué no? Las profesas guardarían el secreto. Podían decir que era una inclusera adoptada por la comunidad, deseosa de realizar, á la par que un acto caritativo con la adopción, otro más agradable y acepto á los ojos de su Dios, procurándole una esposa más, á Él, que no atiende á las altezas de cuna, ni al encumbrado nacimiento, y que sólo pide amor y fidelidad á las vírgenes que se le consagran. Y esto era una dicha. Una dicha; porque una vez conseguido, ya podía la madre morir tranquila. Es verdad que su hija no conocería jamás lo que es el mundo, lo que son los goces castos del amor humano compartido; pero ¡son tan pocos y cuestan tanto! ¿Que se lo preguntaran á ella! No conocería nada

de esto; pero, en cambio, estaría guardada contra la deshonra, contra los desengaños, contra todos aquellos monstruos que despiadadamente habían herido á su madre.

Así pasó resto del día, y así vió llegar la noche.

Durante la segunda recreación, después de la cena, sentóse en el huerto bajo un hermoso árbol; y abriendo el libro de ejercicios espirituales, estuvo aprendiéndose de memoria la fórmula de la renovación de los votos. Sí. Pensaba decirle á la superiora que, lejos de exclaustrarse, quería ejecutar este acto de confirmación. Repetir sus juramentos.

«Oid, cielos, lo que digo; oiga la tierra las palabras de mi boca. Vos sois, ¡oh Jesús Salvador mío!, con quien habla mi corazón: aunque yo no sea otra cosa que polvo y ceniza, ¡oh Dios mío!, yo confirmo y renuevo de todo mi corazón los votos que tengo hechos á vuestra divina Majestad de vivir en perpetua castidad, obediencia y pobreza, según la Regla de Santa Clara y las constituciones de este convento. Para cuya observancia, ofrezco y consagro á vuestra divina Majestad, á la sagrada Virgen María, vuestra Madre y nuestra Señora, y á la referida congregación, mi persona y mi vida. Recibidme, ¡oh Padre Eterno!, en los brazos de vuestra piadosísima pa-

ternidad, para que constantemente lleve el yugo y suave carga de vuestro santo servicio, y me abandone del todo y para siempre á vuestro divino amor, á quien de nuevo me dedico y consagro. ¡Oh gloriosísima, sacratísima y dulcísima Virgen María! Ruégoos, por el amor y por la muerte de vuestro Hijo, me recibáis en el regazo de vuestra maternal protección. Á Jesús, mi Señor y mi Dios, elijo por único objeto de todas mis afecciones. Á su santa y sagrada Madre, por amparo mío. Y á la congregación de esta casa, por mi perpetua dirección. ¡Gloria sea al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo! Amén».

Lo leyó tres ó cuatro veces, y á cada vez cerraba el libro, procurando repetir lo leído, recordarlo así textualmente. Desde lejos, cruzáronse en varias ocasiones sus miradas con las de la madre abadesa, que hablaba una por una con todas las profesas. Sor María Egipcíaca contestaba á las miradas de Soledad con una sonrisa por vía de saludo. Una sonrisa afectuosa.

Esta sonrisa la encontró siempre: después de la recreación, en las obediencias, en Maitines y Laudes, en el examen de conciencia, en la lectura de los puntos de la meditación.

Tocóse á silencio mayor. Eran las diez. Las religiosas se dirigieron al dormitorio común. Todo

el claustro quedó á oscuras. Sobre la cruz de piedra, en el centro del patio, el pajarraco habíase ya posado en uno de los brazos, y desde allí lanzó su canto de ave agorera.

Soledad se tendió en su camastro. Tenía frío. Introdujo sus descalzos pies por la abertura del mísero jergón, para que se calentasen entre la paja de maíz. Al día siguiente iba á decir á su amiga, á la superiora, que la permitiese usar alpargatas, nada más que alpargatas, en consideración á su estado.

Transcurrió una hora. La profesa no podía conciliar el sueño. Un hecho se estaba produciendo que la sorprendió: el silencio absoluto que reinaba en todo el dormitorio. Y luego extrañaba que aquella noche no hiciese Román su visita acostumbrada. ¿Qué era aquello? Encontro, ó creyó encontrar, la explicación más natural, más sencilla, más lógica. Había muerto la novicia, la pobre Melita. Estarían las monjas contristadas. En cuanto al sacerdote, velaría al cadáver acaso. Ella no sabía si esto estaba previsto así en las reglas del convento; pero tenía caracteres de verosimilitud, y era satisfactorio como aclaración.

—¡Después de todo, son buenas!—comentó sor María de la Soledad.

De pronto, en medio de aquel silencio, oyó dos palmadas. Eran una señal. Al mismo tiempo crujió la paja de todos los jergones. Las profesas indudablemente se levantaban. Soledad se incorporó. Ignoraba qué suceso extraordinario obligaba á tal maniobra; pero supuso que las palmadas eran una señal de la abadesa, á que todas obedecían, y quiso imitarlas.

No tuvo tiempo. Los cuatro biombos de tela que formaban su compartimiento fueron separados bruscamente, y aparecieron, formando corro al rededor del lecho, todas, sin faltar una, las veintisiete religiosas, encerrándola en aquel círculo.

La maestra de novicias tomó la palabra.

—De orden de la abadesa, y por acuerdo del Capítulo, levántese y obedezca, hermana.

Sor María de la Soledad las miraba con espanto.

—¡El Capítulo! ¡La abadesa! ¿Dónde está la abadesa? ¿Qué queréis de mí? ¿Qué es esto? Quiero ver á la madre superiora. Esto parece un castigo. Estáis equivocadas. Que venga.

—La abadesa no puede venir. Está en el coro rezando para aplacar la cólera divina. El Capítulo....

—¡La cólera divina! ¿Por qué?

—¡Basta de preguntas! —gritó un grupo de monjas.— ¡Que obedezca! ¡Que nos sigal! ¡Pronto!

—¡Eso! ¡Que se levante y que nos sigal! —replícaron otras con más furor.

Entonces se puso pálida, se estremeció; un terror loco la obligó á saltar de la cama, ponerse de rodillas antes sus verdugos; sus verdugos, si, porque ya presentía que lo eran; que todo aquel aparato, aquel reuniese todas á una señal, y rodearla así, no podía traer aparejado sino algo monstruoso, algo que ellas considerarían como castigo ó revestirían de tal apariencia y forma, pero que en realidad era la venganza, el saldo del odio.

—¡Oh! ¡Por Dios, qué vais á hacer conmigo! Lloraba.

—¡Justicia! —contestó sor María Josefa del Consuelo.

—¡Justicia! Y ¿qué justicia? ¿Qué he hecho yo?

Repugnaba el semblante, la actitud del grupo. Era un motín como el de la calle, cuando en todos los ojos se ve la expresión del mismo deseo. «¡Vamos á arrastrar á uno!» Cosa que el motín convierte de pensamiento en grito y de grito en hecho. Cosa que realiza, como si fuera la muerte, la horrible muerte de alguien, una necesidad del *organismo-motín*.

Horrorizaba que pensase en estas dos palabras, en cualquiera de ellas, «justicias», «venganza», la maestra de novicias. Horrorizaba que en el retiro

del claustro hubiese llegado á concebirlas como aspiración de un goce, ella, mujer; ella, juventud; ella, hermosura. Sor Maria Josefa del Consuelo ejercía justicia á los veintitrés años, edad en que no se ejerce más que la compasión.

Ninguna la tuvo. Ante su compañera, de rodillas, que tendía sus brazos en desesperado ademán suplicante, muda la voz como los sentimientos, dejaron oír estas palabras:

—¡La sentencia del Capítulo!

—¿Qué sentencia? ¡Dios mío! ¿Qué sentencia? —repitió la infeliz.—¿A qué se me condena?

—¡Al *in pace!*

Y se acercaron, se apoderaron de ella á viva fuerza, la levantaron, y el numeroso grupo se dirigió fuera del dormitorio, hacia el patio, hacia el centro del patio. La lechuza, asustada, lanzóse desde la cruz con pesado vuelo, y al pie de ésta levantaron una losa, que dejó ver la prisión más horrible; la del sepulcro, porque no otra cosa era aquella cavidad: era como una fosa.

Allí, á pesar de sus gritos, suspendida entre todas, se vió enterrada viva. Cayó la losa sobre ella, y los gritos no se oyeron.

¡Basta de horrores! ¡Basta! Mi pluma, por deber de conciencia, ha escrito lo que era preciso que se escribiera, que se presentara tal como es. Y es una parte tan sólo de los crímenes que se cometen contra la naturaleza, la civilización y el progreso en *nuestra católica España*.

FIN DE LA NOVELA

APÉNDICE

Al Ministerio público, á la Autoridad gubernativa,
á la acción privada.

APÉNDICE

Al Ministerio público, á la Autoridad gubernativa,
á la acción privada.

Desde que empecé la publicación de mis novelas, se me ha declarado una guerra sin cuartel, que acepto desde luego: pocos días antes de que aparezca cualquiera de mis libros, empieza ésta, procurando crear una atmósfera malsana, y por todos los medios posibles impedir ó dificultar la venta.

Actualmente acaba de iniciarse también, con motivo de la noticia de próxima aparición de LA MONJA. Se delatan mis libros, antes de que se conozca su contenido, al Ministerio público, á las autoridades, á los padres de familia; todo ello, naturalmente, sin nombrarme, y sin decir concretamente que se trata de mis producciones. De una manera baja y rastrera. Temiendo que yo ejerza la acción que me reservaran siempre los Tribunales contra la injuria y la calumnia, y á la que ya una vez he tenido que recurrir.

Pues bien: al Ministerio público, á las autoridades gubernativas y á los padres de familia voy á dirigirme.

Al Ministerio público para recordarle que mis libros, que el género literario á que pertenecen no pueden confundirse nunca con la pornografía; y que mientras ésta no ha sido objeto en España de procesos de ningún género, las iras conservadoras sometieron el naturalismo á la denuncia.

Ahora vea el Ministerio público los considerandos de las SENTENCIAS ABSOLUTORIAS que dieron por resultado estos procesos. Considerandos en los que, como en todas las sentencias dictadas por el Tribunal Supremo de Justicia, queda establecida jurisprudencia.

Hélos aquí:

CONSIDERANDOS DE «LA PROSTITUTA»

Primero. Que aun cuando es indudable que en el libro pueden cometerse delitos ó faltas de los previstos en los libros II y III del Código penal, como por cualquier otro medio de publicación, siempre no lo es menos que el criterio con que el libro debe juzgarse ha de ser conforme con su especial índole

y transcendencia; y que la novela titulada **LA PROSTITUTA**, al desarrollar el argumento que su autor se propuso, no revela tendencia alguna inmoral, ni en dicha novela se hace la apología de acciones calificadas por la ley de delito, ni se ofende á las buenas costumbres ni á la decencia pública al describir determinadas escenas, con el notorio objeto de hacer más aborrecible el vicio, siquiera el asunto tratado sea más ó menos bien elegido y más ó menos bien entendido el estilo al efecto empleado de conformidad con cierto género de literatura, porque no todo lo que no deba ser generalmente leído es penable con arreglo á las prescripciones del Código. Considerando que el Juzgado de primera instancia del distrito del Hospital ha incurrido en error de derecho, calificando y penando como falta un hecho que no la constituye,

Fallamos que debemos declarar y declaramos haber lugar al recurso de casación interpuesto por **D. Eduardo López Bago** contra la sentencia pronunciada por el Juez de instrucción del dis-

trito del Hospital de esta corte, la cual casamos y anulamos, declarando de oficio las costas de este recurso, y mandando se devuelva al recurrente el depósito constituido: lo que se comuniqué á dicho Juzgado con la sentencia que á continuación se dicta á los efectos correspondientes. Así por esta nuestra sentencia, etc.

Otra sentencia.—Fallamos que debemos absolver y absolvemos á D. Eduardo López Bago, declarando de oficio las costas. Así por esta nuestra sentencia, etc. Publicado en Madrid á 19 de Junio de 1885.

CONSIDERANDOS DE «LA PALIDA»

Considerando que la ofensa á la moral, á las buenas costumbres y á la decencia pública por medio de la imprenta, á que se refiere el número 4.º del artículo 584 del Código, hay que apreciarla teniendo en cuenta la naturaleza de la publicación en que se consignan las frases ó conceptos que pudieran revestir el carácter de ofensivos, así como

la tendencia del autor y objeto que se haya propuesto al escribir y publicar lo escrito:

Considerando que aun cuando, según tiene reconocido y declarado este Supremo Tribunal, tanto por medio del libro como por cualquier otro de publicación impresa, se pueden cometer delitos y faltas de los previstos en el Código, es indudable que el libro, de circulación más reducida que otras clases de publicaciones tiene un objeto especial, al que debe atenderse para el juicio y calificación del mismo; y que no resulta prohibido y castigado como ilícito ningún género determinado de literatura, de los que se encuentran admitidos y cultivados con mejor ó peor éxito, aunque parezcan ó sean, en realidad más ó menos inconvenientes.

Considerando que la novela titulada **LA PÁLIDA** no difiere esencialmente de otras del mismo género que libremente circulan, y que cualquiera que sea la crudeza con que con ella se narren ciertas escenas, la tendencia conocida del autor es la de censurar el

vicio que describe, por lo que no pueden estimarse ofendidas con su publicación, á los efectos del Código, ni la moral, ni las buenas costumbres, ni la decencia pública, habiendo incurrido, por lo tanto, en error de derecho el Juzgado de instrucción de la Inclusa, que ha condenado como reo de una falta al autor de la expresada novel :

Fallamos que debemos declarar y declaramos haber lugar al recurso de casación interpuesto por D. Eduardo López Bago contra la sentencia pronunciada por el Juez de instrucción del distrito de la Inclusa de esta corte, la cual casamos y anulamos, declarando de oficio las costas.

Hé aquí ahora los considerandos de otra sentencia absolutoria, dictada por el Juzgado municipal del distrito del Hospital, sentencia que transcribo por verse confirmada en el Supremo y estar redactada en términos no menos explícitos y terminantes.

Dice así:

1.º Considerando que, según el número 4.º del art. 584 del Código penal, incurrirán en la pena de 25 á 125 pesetas de multa los que por medio de la imprenta, litografía ú otro medio de publicación maliciosamente provocasen á la desobediencia de las leyes y de las autoridades constituidas, hiciesen la apología de acusación, calificadas por la ley de delito, ú ofendieren á la moral, buenas costumbres ó á la decencia pública:

2.º Considerando que no puede decirse que el libro denunciado ofenda á la decencia pública, por cuanto su título es palabra usual, corriente y admitida por el lenguaje común, y por su contenido tan solo pudiera ofenderse (de ser ofensivo el libro en su forma) la persona que por un acto libre y espontáneo de su voluntad quiera leerlo:

3.º Considerando que aun en el supuesto de que por el libro denunciado se ofendiere la decencia pública, no resulta justificado que concorra, en el hecho punible que es objeto de este juicio, malicia por parte del autor del libro

LA PROSTITUTA, sino que, por el contrario, del examen y estudio de dicho libro se desprende, según manifiesta el autor de la obra y reconoce el Ministerio fiscal en su acusación, que el fin que don Eduardo López Bago se ha propuesto es moral y encaminado a combatir el vicio, presentándole a este efecto en su horrible desnudez:

4.º Considerando que no es el Juzgado el llamado a declarar si el libro **LA PROSTITUTA** es como obra literaria de las que puedan clasificarse dentro de determinada escuela, ni a proclamar cuál de las escuelas literarias es la que más pueda satisfacer en el día el gusto del público:

Visto el número 4.º del artículo 584 del Código penal y demás pertenecientes al caso, así como los artículos 203, 273 y demás de la ley de Enjuiciamiento criminal que se refieren al procedimiento que debe seguirse en los Juzgados municipales para los juicios de faltas,

S. S., por ante mí el Secretario, dijo: Que debía absolver y absolvía libremente a D. Eduardo López Bago de la de-

nuncia contra el mismo presentada por el Gobierno civil de esta corte.

Así lo mando, declarando las costas de oficio, y ordenando se devuelvan al autor del libro **LA PROSTITUTA** los diez y nueve ejemplares que, de los secuestrados de dicha obra, ha recibido este Juzgado municipal del Juzgado instructor del distrito, de todo lo que yo, el Secretario, certifico.

Esto es cuanto yo tengo que exponer, respetuosamente por supuesto, ante el Ministerio público.

En cuanto á la Autoridad gubernativa, conviene también que antes de proceder á las denuncias á que se ve instigada contra mi, por los pequeños odios y malquerencias, propios entre gentes del mismo oficio, bueno será que recuerde, si así lo hiciera (cosa que dudo, porque conozco sobradamente la ilustración del actual Gobernador civil de Madrid, Sr. Conde de Xiquena), la campaña de Villaverdes y Corbalanes, y á este fin cómo resultó RESUELTO Á MI FAVOR el recurso de alzada que interpuse ante la Superioridad; y por cierto que, de todos los autores de libros sujetos á la penalidad de la multa de quinientas pe-

sotas, el único que la hizo efectiva fui yo, no como multa, si no como depósito para entablar dicho recurso, que también fué el *único* presentado.

De manera que con verdadero orgullo puedo declararme á si mismo el *único defensor de la libertad del libro* en España, defendiéndolo de una manera práctica, real y *efectiva*.

He aquí ahora los principales extremos de este:

RECURSO DE ALZADA

«.....Ya en otra comunicación de este mismo género expuse las dudas que me suscita el texto del art. 22 de la ley provincial, porque su letra dice: «El gobernador deberá reprimir los actos contrarios á la moral ó á la decencia pública, pudiendo con este motivo imponer multas que no excedan de quinientas pesetas.» Y *reprimir* es como contener, refrenar, templar ó moderar esos actos, conceptos todos los anteriores á la ejecución del acto mismo, siendo con este motivo de refrenar, de contener, como aquel funcionario puede hacer uso de la autorización concedida. Mas extendamos fuera de sus límites gramaticales la acción de la palabra *reprimir*, y supongamos que significa «castigar», aunque sea con objeto de evitar la repetición: queda en pie el objeto prin-

cipal que á V. E. corresponde decidir, ó sea si la publicación de un libro, cualquiera que sea su contenido, se comprende dentro de la acción de la palabra *acto*, en el sentido y con el espíritu como lo entendiera el legislador.

»Es evidente que aquí se trata de una medida de policía cuya esfera está dentro de las atribuciones del Excmo. Sr. Gobernador civil; porque fuera de ella está la administración de justicia, á la cual compete únicamente, según la unidad de fuero y de jurisdicción á que se refiere el precepto constitucional, entender de los delitos y de las faltas.

»Considero, por lo tanto, que los actos que á esta parte conciernen del art. 22, y que entran en la jurisdicción de la policía, son actos personales externos, visibles para el público, escandalosos por su naturaleza, que no exigen sino el testimonio de los sentidos, y ofenden así directamente la moral y la decencia: deshonestidades en calles y plazas, ó espectáculos en cafés y teatros abiertos á la universal concurrencia.

»Mas el libro no se halla en este caso: él es ciertamente, una publicación por medio de la imprenta, y lo que á la policía de la imprenta concierne se halla establecido en una ley, la de 26 de Julio de 1883, cuyo art. 19 contiene la parte preceptiva.

de las multas que en casos de imprenta pueden imponerse gubernativamente.

»Todo lo que á este punto concierne, allí está dispuesto y ordenado; y las autoridades, en materia de policía relativa al cartel, á la hoja suelta, al impreso, al folleto y al libro, no tienen atribuciones para salirse fuera de esa ley. Es así que en ella el libro no entra bajo la jurisdicción del Excelentísimo Sr. Gobernador civil: luego por medida de policía no puede imponerse la multa de quinientas pesetas, y la aplicación que ha hecho de las facultades del art. 22 es errónea y debe ser corregida y anulada por la Superioridad; confirmandose así la distinción de la naturaleza entre el acto y el libro, con la distinción jurisdiccional y de atribuciones gubernativas.

»Por otra parte, sostengo que en mi novela no se infieren ofensas á la decencia y á la moral pública.

»Ya es muy difícil, en esto de escribir, el averiguar cómo puede y debe aplicarse el significado de la voz «decencia»; porque si exclusivamente la entendemos con relación á las descripciones de actos carnales, ellos en sí pueden considerarse incursos en la falta de decencia, de donde vendría para toda la literatura una excepción que la privaría de fondo y materia, que es manantial de

belleza donde han buscado sus inspiraciones antiguos y modernos.

»La decencia, desde este punto de vista, está en que la expresión del pensamiento se halle en concordancia con éste, según la escuela naturalista; y según otras escuelas, en que contribuyan elementos extraños á enriquecer la verdad, si bien desnaturalizándola. No puede, ni la administración de justicia, ni la gubernativa, entrado en estas cuestiones literarias, decidir las prohibiendo este ó aquel género de expresión; de donde viene que por límite aceptable, y generalmente aceptado por el realismo, consista en no caer en el yerro de la palabra groséra que la costumbre repugna, y que, ciertamente, trocaría el libro naturalista en libro pornográfico.

»Sostengo que no incurren esta falta de buen gusto y de sentido mis novelas; y como en este punto y momento, sobre todo tratándose de persona tan ilustrada como V. E. (1), sería ocioso é impertinente hacer una excursión de crítica literaria para probar cuánto en la literatura clásica de griegos y romanos, como entre nuestros antiguos escritores españoles, cuyos libros sirven de enseñanza y corren por todas las escuelas, en

(1) Ésto no es Corbalán. Es el Ministro.

manos de la juventud, se han descrito escenas análogas á las que contienen mis novelas, lo mismo poniendo en escena y acción las liviandades de los personajes mitológicos, como haciendo figurar juntos frailes y monjas, terceras y ramerías, dejo á un lado este asunto del recurso, confiándolo á la erudición de V. E.» (1).

Copiaba yo en el recurso los considerandos de *mis sentencias absolutorias* en el Tribunal Supremo, y á continuación decía:

«Como verá V. E., estos fallos contienen, no solamente la exculpación de las obras á que se referían, pero aun de todas aquellas que tengan su mismo carácter y naturaleza, porque la intención del autor y el objeto de su producción es la base del juicio que ha de formarse en derecho; y la crudeza de que habla el Tribunal es la analogía entre el pensamiento del autor y su expresión, que constituye, como he dicho antes, el fondo y raíz del naturalismo, escuela que tampoco, según el fallo, puede ser condenada como ilícita.

»Y, para concluir, he de sacar de esta novedad, introducida por el Excmo. Sr. Gobernador civil de la provincia (2), de aplicar las facultades

(1) Éste tampoco es Corbalán.

(2) Éste, sí.

des del art. 22 al mismo tiempo que se han denunciado ante el Juzgado competente mis novelas, consecuencias que acabarán, según mi opinión, por demostrar á V. E. la necesidad de levantar la multa que aquel funcionario me ha impuesto.

»Si, en la significación del art. 22, *reprimir* vale tanto como *castigar*, para evitar la repetición de un hecho, la multa es castigo; y habiéndose incoado al mismo tiempo causa ante los tribunales ordinarios, que tiene por objeto la calificación de un delito ó falta y la imposición de una pena, si esta acción prosperase, habría yo recibido dos castigos por un mismo hecho: uno en el orden administrativo y otro en el orden judicial, lo cual va contra el precepto constitucional de la unidad de fuero y de jurisdicción; lo cual va contra el buen sentido; lo cual va, sobre todo, contra la intención recta de V. E., á quien acudo en reparación de mi derecho. Y si, por el contrario, el Tribunal á quien se halla sometida la cuestión declara, como declaró antes, en su esfera más elevada, que no hay ofensa ni ataque á la moral ni á la decencia pública, resultará que la multa ha sido injusta, porque no puede haber dos conceptos de la moral y de la decencia: el uno en el orden administrativo, el otro en el orden judicial, supu-

esto que éste y aquél representan siempre el sentido de la sociedad. En su virtud, etc., etc.»

Hasta aquí, pues, la parte seria del asunto, que, por cierto, no merece tanta seriedad; y declaro formalmente que tengo precisión de dominarme mucho para no soltar la carcajada cada vez que encuentro á uno de mis enemiguillos por la calle.

En cuanto á los padres de familia, á quienes también han pedido socorro contra mí, yo no tengo que decirles más que una cosa:

Uno mis deseos á los suyos, mis consejos á esos consejos que reciben.

No. No deben permitir que sus hijas lean mis novelas, por más que yo no quiero ofender á esas señoritas hasta el extremo de suponer que vayan á comprar un libro tan franca y lealmente titulado como *La Prostituta*, *La Buscona* ó cualquiera de los míos.

No permitan á sus hijas que lean mis novelas. Lo repito. Digo más. Ni mis novelas, ni las de nadie.

Y muchos menos las novelas románticas.

Así estaremos todos contentos, cada cual en su casa y Dios en la de todos.

Honradamente, como debe sentirse; con claridad, como debe expresarse, mi pensamiento no difiere (en esta cuestión de la moralidad) en poco ni en mucho de lo que en admirables estudios críticos ha expuesto ya M. Zola. Pido menos declamaciones en contra de mis pobres libros, que no solamente no hacen daño á nadie, sino que están produciendo mucho bien; pido menos hipocresía y más virtud, ó, por lo menos, exijo que la hipocresía vuelva á sus antiguas usanzas, que no me tome á mí como instrumento de que puede servirse para sus planes.

Á poco que se reflexione, se comprenderá lo justo de mis protestas. En el fondo, la hostilidad contra mí, ya en otra ocasión lo he dicho, tiene estas dos bases únicamente. Una cuestión de mercantilismo, y la hipocresía. Dejo aparte la envidia. No quiero llegar á convencerme todavía de que tengo tanto talento, que he sido capaz de crearme tantos envidiosos. Atribuyo, pues, á mis enemigos esos otros móviles.

Quiero analizar en qué consiste la hostilidad ra-

zonada en el mercantilismo. Mejor dicho, quiero explicarlo.

Desde luego se comprende que el hecho sobre el cual haré mis observaciones es uno solo. No se me hostilizaría tanto si éste no existiera. El hecho es la venta. «Los libros de López Bago—dicen los libreros—se venden muy bien.» Y como esto se lo dicen á los autores siempre que los autores lo preguntan, el odio aumenta, y la guerra se hace más cruda. Ante el fracaso y ante el éxito, los literatos en España son implacables. Cuando un escritor cae, lo pisotean; cuando tiene el paso firme y avanza mucho, procuran echarle la zancadilla; y á la verdad que con respecto al éxito de mis novelas, es decir, con respecto á la razón de este éxito, están equivocados. Yo creo que hay algo en ellas; algo apreciable, dígolo con franqueza, como lo siento; porque dicho está que si no lo creyera, no las hubiese escrito. Pero no es éste el secreto sólo de la venta. Hay otro, en que mis adversarios no quieren fijarse. La asiduidad de mi trabajo. En este invierno, por ejemplo, llevo publicadas cuatro novelas. *El Cura*, *El Confesionario*, *La Querida* y LA MONJA. Éste, repito, es el secreto. Hay que atender á que, de estas cuatro, las tres primeras han sido hasta hace pocos días las únicas *novelas nuevas* que ocuparon los escapar-

tes. Desde el mes de Septiembre hasta el de Febrero inclusive, la venta se ha hecho sin competidores. Yo me he dado prisa en escribir. ¿Tengo la culpa de que otros no hicieran lo mismo? Téngase ahora en cuenta que el público que compra libros es en España muy limitado, y que, aparte de la pobreza de nuestro país, los que están en condiciones de gastar dinero dan con preferencia un billete de Banco á los placeres; niegan el céntimo á los menesteres de la inteligencia. Hay que gastar mucho en la vanidad y en la Opera, en la corrida de toros y en el *restaurant*, en el coche y en la querida, en los banquetes, y en seguir las modas de sastrería: de aquí que se procure emplear en el libro la menor cantidad posible. Ajustemos la cuenta con números, y resultará evidente que no son mis novelas las que estorban ó dificultan la venta de las demás, y que si éstas no se venden en la actualidad como otros años, deben culpar sus autores á la propia pereza.

Dadas estas condiciones del país, lo que ha sucedido es lo siguiente: desde Septiembre hasta Febrero, la aparición sucesiva de mis tres novelas, y el interés que despiertan por la novedad del género, ha producido, bajo el punto de vista mercantil, sus naturales resultados de beneficio. Los novelistas sólo se han decidido á publicar des-

pués de Febrero, y el pedido de ejemplares resulta inferior en grado sumo á sus esperanzas. ¡Naturalmente! El público, por este año, no quiere, ó no puede, gastar más dinero en libros. Si no se hubieran publicado *El Cura*, *El Confesionario* y *La Querida*, las nuevas novelas tendrían su venta. Pero este invierno, siendo tres pesetas el precio de cada una de las anteriormente citadas, el comprador lleva ya gastadas *nueve pesetas*. En España, es mucho.

Ahora bien: el problema planteado y resuelto así tiene su verdadera fórmula. Deseo que adquieran esta evidencia matemática: la lucha ha sido desigual este año; todas las ventajas han estado de mi parte.

Paso á examinar la cuestión bajo su aspecto de hipocresía. Este es el más cómico sin duda alguna.

Antes los hipócritas tenían mucho trabajo. La hipocresía, puesta en práctica, daba tantas ocupaciones como un oficio, como una profesión. Para ser hipócrita eran precisos una multitud de menesteres. Ser conservador en política, hermano de alguna cofradía; ir á misa todos los domingos y fiestas de guardar, á la Academia Española los días de recepción, al Congreso cuando hablara Pidal; vestir siempre de negro; saludar á los

que van en carruaje propio, aun cuando no se los conozca; adquirir una condecoración; vestir bien el frac en que la condecoración se cuelga, y de frac ir á los salones de la *buena sociedad*; oír siquiera una vez á Grilo recitando *Las Ermitas*, á Luis Alfonso comentando á Grilo; no comprar nunca *Las Dominicales del Libre Pensamiento*; suscribirse á *El Siglo Futuro*, y aprender alguna de las teorías de Cánovas.

Como se ve, acabadas de hacer todas estas cosas, el hombre de más alientos quedábase sudando. Hoy el hipócrita prescinde de la mayor parte de sus quehaceres. La tarea se ha simplificado. Casi estoy por creer que se reduce á esperar la publicación de cualquiera de mis libros, y antes de la venta, durante la venta y después de ella, repetir siempre la misma frase: «¡Otra novela de López Bagol! ¡Oh! ¡Qué tiempos! ¡Qué inmoralidad! ¡Adónde vamos por este camino! ¡Qué escándalo!» Se escandalizan en público, por supuesto. Y si los hombres serios, los que viven la vida del siglo, se atreven á refutar estos juicios, gritan mucho más alto: «¡Bueno es Ud.! ¡Usted será como él!» Lo peregrino del caso es que, si alguno, irritado ya, quiere entablar la discusión razonable, y les pregunta: «Pero ¿ha leído Ud. alguno de esos libros?», la contestación es siempre la

misma: «Yo, no. ¡Dios me salve de semejante tentación!» Es preciso renunciar al diálogo y alejarse rápidamente. No hay mayor contagio que el de la estupidez.

Esa gente habla, en cambio, con elogio del romanticismo, creyendo molestar con esto á los naturalistas. La reyerta entre los románticos y nosotros no es eso. No obedece á razones de odio; y á fe que si ellos no hubieran sido los provocadores, por nuestra parte tenemos cosas más serias en qué ocuparnos.

«Los románticos abusan de la especulación con la virtud—dice Zola,—y esta especulación es el triunfo de las medianías en la apoteosis de la estupidez universal. En sus novelas, lo es todo el personaje simpático. Dicen que no hay libro ni obra dramática posible sin personajes simpáticos. El personaje simpático representa la idea que la hipocresía de un público cualquiera, más ó menos consciente, se forma de la criatura humana. Así, por ejemplo, una joven simpática es una esencia de pudor y de belleza. Véanse las heroínas de nuestros dramas y de nuestras novelas: ni una sola es criatura viviente; todas tienen abnegaciones sublimes, ignorancias ridículas, tonterías enfáticas y voluntarias. Nuestras jóvenes francesas, cuya instrucción y educación son de-

plorables, y que tienen algo del ángel y de la bestia, son un producto directo de esta literatura imbecil, en la que una virgen es tanto más noble cuanto más se parece á una muñeca mecánica bien montada. Instruid á vuestras hijas; hacedlas para nosotros y para la vida que tienen que pasar; enseñadlas lo antes posible las realidades de la existencia, y ese será un trabajo excelente. Acontece lo mismo con todos los personajes simpáticos: siempre mienten.... ¡Cuántas especulaciones encontramos pasando revista á las obras basadas en los personajes simpáticos! Ahí está el montón enorme de las novelas llamadas morales, páginas sentimentales, sermones sociales, pinturas de la clase aristocrática, quinta esencia de la moda y del buen tono, refinamientos acerca de la religión, costumbres y países extranjeros, por los que se ven cruzar italianas del color de los rayos de la luna, y rusas blancas como la nieve, todas las necedades de las cabezas sin seso, todos los embustes con que se nutren los cerebros ociosos y trastornados, todas las orgías toleradas de la imaginación. Pero donde, á mi juicio, es brutal la especulación é irritante, es en el teatro. Se trafica allí con los buenos sentimientos del público con un aplomo escandaloso. Un drama es mediano, los espectadores bostezan,

y el telón va á caer. Pero el autor tiene sus picardías de oficio, y ha sembrado su obra hábilmente de parlamentos virtuosos: en todas las escenas hay declamaciones acerca del honor, de la virtud, y cada declamación, forzosamente se ve acogida con una explosión de bravos. El entusiasmo no reconoce límites cuando el parlamento es patriótico: entonces el auditorio patea de entusiasmo; y no sólo se declara que el autor es un gran hombre, sino que también un patriota. Desde nuestros desastres de 1870, ¡cuántos dramas sin talento hemos visto obtener algo parecido á un éxito por especular con el *chauvinismo* de las muchedumbres! Es una vergüenza literaria, es un falta hasta de la más sencilla probidad, engañar así á la gente, plantando al fin de cada hemistiquio banderas tricolores. Los autores de esas obras bastardas gritan: «¡Viva Francia!» en los oídos de los espectadores, y se aprovechan del sacudimiento nervioso para robarles los aplausos, como un ladrón tropieza con un transeunte en la calle para robarle el reloj.

»Examinemos ahora—añade—la moral de estas mentiras. Se dirá: «Si, existe una especulación con la virtud, como hay otra con el vicio. Con la diferencia de que las gentes que hacen dinero con el bien, hacen en suma un trabajo

lådable, puesto que no dan más que buenas lecciones.» Eso es lo que yo niego en absoluto. No puedo tratar en este artículo la cuestión á fondo, y repetir lo que á menudo he dicho en otros estudios míos. Pero diré siquiera, una vez más, que la mentira, por noble que sea, tiene siempre consecuencias desastrosas. Si se pudiera abrir el cráneo de un hombre nutrido intelectualmente con estas novelas y estos dramas de embuste, en que no resuenan mas que palabras retumbantes, y que son lo contrario de nuestra existencia cotidiana, se comprobaria el vacío, lo vago y lo oscuro. Tales lecturas y tales espectáculos alienan las crápulas solitarias, las reservas jesuíticas, los compromisos y los extravíos del corazón. Walter Scott ha educado más mujeres culpables y adúlteras que Balzac. Jorge Sand ha creado una generación entera de soñadoras y marisabidillas insoportables. En toda mujer que elige un amante hay siempre un fondo de lectura de una novela idealista, sea *Indiana* ó *La Novela de un joven pobre*. Nada perturba tanto como esas páginas que arrebatan al lector al sueño de las grandes pasiones, y en las que, cualquiera que sea el desenlace, la falta es la única felicidad que se desea en la tierra, merced al cuadro engañoso y seductor que el autor hace de las pasio-

nes amorosas. No se ven más que torrecillas iluminadas por la claridad de la luna, paseos bajo las alamedas oyendo el canto del ruiseñor, largos juramentos y besos, prometiéndose una eternidad de goces. Los personajes no comen, no envejecen, no tienen ninguna de las defectuosidades de la naturaleza, lo cual transforma estos libros, con su moral floja y sus tolerancias poéticas, en un mundo superior que nos hace aborrecer el nuestro, y despreciar nuestras realidades, la casa, el trabajo cotidiano, las necesidades del cuerpo, todo lo que nos une á la tierra. El trastorno cerebral y la perversión sensual son la consecuencia. Tomad, por el contrario, una novela naturalista, y continuamente resultarán las lecciones de la realidad. Los desvarios peligrosos no se toleran; se presenta el mal con todo su horror; la falta con las suciedades y los tormentos de sus consecuencias; así es como se ama y siempre resulta la conclusión de que la virtud y la dicha están en la lógica, en la aceptación de lo verdadero, en el justo equilibrio del hombre con la naturaleza que le rodea.

Lo mismo sucede con el patriotismo de que hablé hace poco: el verdadero patriotismo no está en esa locura heroica que da su vida al recibir la sacudida nerviosa de una gran excitación cere-

bral; está en la razón y en el conocimiento exacto de las necesidades de la patria, en el estudio y en la aplicación de las ciencias, que la salvarían. Ahora, sobre todo, desconfío de esos dramas con parlamentos que cosquillean nuestro orgullo durante una noche, y que se olvidan al regresar á casa; y preferiría, con mucho, escuelas en que se nos enseñara á vencer por los medios nuevos que los descubrimientos recientes ofrecen. En todo, la observación y el experimento deben reemplazar al empirismo, á la demencia lírica, al salto á lo desconocido. Ninguna moral práctica podrá basarse en obras de imaginación, mientras que las obras de la verdad aportan en sí forzosamente una lección segura y provechosa.»

Y, para concluir, añade M. Zola en este mismo estudio:

«Mi deducción es completamente literaria. Muy por encima de los especuladores del vicio y de los especuladores de la virtud, están los verdaderos escritores, los que obedecen á un temperamento, y no se preocupan ni de ser viciosos ni virtuosos. Estudian el hombre y la naturaleza con toda libertad; una sola idea los preocupa: vivir con los siglos. Y he aquí por qué no les importa la moda, y desprecian en absoluto las conveniencias y los convencionalismos sociales.

Así, resulta imbécil el que ve en sus atrevimientos de lenguaje y de análisis una premeditada explotación de la sucia curiosidad de las muchedumbres. Que la muchedumbre trate de contentar su porquería en estas obras, es á lo sumo un pasatiempo innoble que no mancha más que á la muchedumbre: hay mucha gente que hojea las páginas de Rabelais únicamente para buscar en ellas las palabras indecentes. Un verdadero escritor, un gran novelista como Balzac, erige su obra á la imagen de la humanidad, tan alta y tan verídica como tenga que ser, hasta lo atroz. La lección está en la exactitud de los documentos. Conseguido esto, los impotentes y los hipócritas pueden injuriar á la obra y al autor, cubrirlos de lodo, negarlos. No por eso deja de levantarse el monumento piedra sobre piedra, y llega un día en que, ante esta mole soberbia, la posteridad comprende al fin su grandeza lógica, y se inclina ante él con admiración.»

Ahora, para continuar la defensa de las novelas que he publicado, no con argumentos y opiniones mías, que pudieran considerarse como sospechosos de parcialidad; para continuarla, debo

transcribir, en contra de esos ataques y de esas delaciones que se hacen antes de que se publiquen, otras defensas hechas de mi derecho por escritores con los que no me liga ningún lazo de amistad, y á los que ni siquiera tengo el gusto de conocer.

El presbítero Sr. Miralta, en defensa de la libertad del libro, con motivo de las denuncias y procesos con que se me ha perseguido, escribió en el núm. 149 de *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, que insertó íntegro mi recurso de alzada, los siguientes conceptos:

«Lo que está sucediendo con la censura de libros no tiene ejemplo. El ridículo de que se está cubriendo el fiscal, personilla nimia que busca la celebridad por el único camino que acaso le está franco, el del ridículo, excede á cuanto podíamos suponer.

»No bastaba que respecto del periodismo se llegase á los punibles extremos de que es víctima nuestro querido colega *El Motín* y lo venimos siendo nosotros mismos; no bastaba tampoco la estúpida censura de teatros, que pone al autor de una obra literaria á los pies de un polizonte: había que atentar contra el libro, que había disfrutado de cierta libertad con arreglo á las leyes, y ese atentado sin nombre contra todo género

de propiedad, ese delito de lesa libertad, se está cometiendo con el mayor descaro, como consecuencia de este absurdo, que, por lo visto, es axioma de gobierno: *El robo de papeles ó libros contrarios á la religión, la moral ó la monarquía, no es un delito contra el séptimo precepto.*

»El Sr. López Bago ha sido una de las primeras víctimas (fui la primera) de este furor insano y casi bufo. En uso de un derecho indiscutible en nuestros tiempos, ha publicado un libro en que defiende como le place los ideales que en su conciencia cree de justicia defendibles. Esta obra, que nosotros mismos hemos censurado con severidad bajo el punto de vista de las controversias literarias y filosóficas de nuestros días, no tiene otro fin que impugnar lo que está desacreditado hasta en el seno mismo de la Iglesia, lo que detesta el mismo clero, lo que ridiculizan ó atacan todos los pensadores de todas las escuelas y todos los hombres ilustrados: el celibato.

»Sólo por esto, que ya lo hicieron sacerdotes ilustrados, ha sido secuestrada la edición y multado su autor.

»Porque un abogadillo ha definido en su criterio, más infalible que el de la congregación del Índice, esto es inmoral, y sin oír á su autor, sin permitirle defensa, sin más juicio que el uni-

personal del denunciador y juez, se ha infligido la pena, violando además lo que el derecho declara inviolable: la propiedad.»

Con estos párrafos encabeza el recurso de alzada, y, después de transcribirlo, añade por vía de comentario:

«Muy bien; pero á nuestro juicio, ha llegado el tiempo en que esto no sea bastante y haya que hacer algo más, porque la marea sube y amenaza ahogarnos. Cerca de veinte tomos de obritas ligeras, pero no inmorales, publicadas con arreglo á las leyes hace ya mucho tiempo, para que la ilegalidad sea completa; obras de una literatura que se cultiva en todos los países civilizados, no en nuestros días de racionalismo, sino hace ya siglos, han sido en estos días multadas y denunciadas.

»Nosotros creemos adivinar que se trata HIPÓCRITAMENTE de volver á los tiempos de la Inquisición y de anular, por lo que hace al presente, la libertad del libro y el folleto; y creemos también que se piensa en ir mucho más lejos, hasta la rebusca y la quema de libros antiguos, y hasta condenar á presidio á todo autor que no se ajuste á los límites de la hipocresía conservadora al uso.

»Ahora, permita: eos acusar al fiscal de torpe, injusto y poco amante de la religión.

»Es injusto, porque se ensaña con determinados autores. La *Biblia* es denunciabile según el criterio Molero, por el contenido del *Génesis*, los *Reyes*, el capitulo primero del profeta Oseas y el primero de los *Cantares*. Asimismo es denunciabile el *Tratado de Matrimonio* del P. Sánchez, obra indecentísima y hasta sacrilega; parte de la *Suma* de Santo Tomás; los libros de *Teología moral*, y, sobre todo, *La Clave de oro* del P. Claret. Lo mismo puede hacerse con Quevedo, el Arcipreste de Hita, Marcial y Apuleyo. Entre los modernos, ahí están las obras de Rubenspré, *Arte de engendrar niños ó niñas á voluntad*, y de Peratoner, de Belot, de Debay, que llenan los escaparates de las librerías; el *Museo de epigramas*, y hasta la *Colección de autores españoles*.

»Mas como no sólo denuncia libros ligeros, que él llama inmorales, sino filosóficos, que tiene por impíos, debía, pues, recoger las obras de Voltaire de Proudhón, Rousseau, Quinet, Balzac, Boccaccio, Renán, Pelletan, Flammarión, Michelet y otros cien extranjeros cuyas obras, traducidas, están de venta en todas partes, acompañando las de los españoles Espinosa, Pi, Castelar, Fernando Garrido, Nakens, Galdós, Curros Enríquez, Blasco, Palacio, Segovia y otros mil que, sin excepción; atacan en sus libros al catolicismo, á

la monarquía y á la moral convencional de los conservadores. Muchos han sido excomulgados y figuran en el Índice; son herejes estigmatizados por Menéndez Pelayo: ¿por qué no se atreve el Sr. Molero con esta empresa? Sería tan legal como la que ahora le ocupa. Recorrería las librerías acompañado de sus agentes, y sacaría los libros á carros, sin importarle que los maliciosos pensarán como hoy ya piensan..... lo que no quiero decir.

»Ahora, unas preguntas: ¿de dónde le viene al Sr. Molero la facultad de definir lo que es ó no es moral? El Código castiga á los que expusieren ó propalaren *con escándalo* doctrinas contrarias á la moral cristiana. ¿Cuál es ésta? ¿La católica? ¿La protestante ó la griega? Y sea la que fuera, ¿quién es Ud. para definir lo que á ella se refiera?

»Según el texto legal, es penable traducir á Proud'hón, cuya moral es contraria al cristianismo, pero no lo es publicar las *Pastillas de menta*, librito que no propala doctrinas, ni *Los Jesuitas*, de Garrido, porque las propala contra la religión, no contra la moral.

»¿Ha olvidado Ud. que *in odiosis stricte*, y que sólo los favores *sunt ampliandi*? Y ¿no ha reflexionado Ud. que perjudica á la religión, porque llegará un día en que los perseguidos de hoy

sean los amos, y con el mismo derecho podrán perseguir los libros religiosos que propalen la existencia del celibato, de la abstinencia y la moderación, ó la necesidad de someterse al Papa antes que al poder civil, teorías reputadas como inmorales por todos los pensadores modernos, que tienen más autoridad en el presente que los Santos Padres y los Concilios?

»¿No teme el señor fiscal que los perseguidos nos unamos un día, acabada la paciencia, y lo que no pudimos conseguir con apelaciones y zarandajas, lo busquemos por caminos más cortos?

»Pero no: Pidal, Molero y compañeros (iba a decir «mártires», llevado de mi deseo) saben que los liberales en el poder somos muy cándidos; no gustamos de la venganza; todo lo arreglamos dando vivas á la libertad; y en la oposición, somos también humildes esclavos. Así, pues, firme, que lo merecemos: extremar el rigor, y leña, mucha leña, á ver si aprendemos á gobernar.—*Miralta.*»

Hasta aquí, copiados textualmente, los comentarios del Sr. Miralta. Ahora, con todos los datos que constituyen este apéndice, recogidos para que los estudien el Ministerio público, las autoridades gubernativas y los padres de familia, á cuyas iras me delatan los partidarios, no de la

moral, sino de que mis libros no se vendan, espero, confiando en dos valiosos elementos: en la tranquilidad de mi conciencia, que no me acusa de nada, y no sólo en la ilustración de jueces, gobernadores y demás autoridades, sino en el sentido común.

Con el sentido común basta para pronosticar que ninguna acción pública ni privada ha prosperado ni prosperará contra mis novelas.

Las razones aducidas por la crítica que publicó literato de tanto valer como el Sr. Campillo, adversario del naturalismo, en defensa de mi novela *La Prostituta*, recabando para ella la cualidad de inofensiva para la decencia pública, la moral y las buenas costumbres; atacando el procedimiento, pero concediéndole carta de naturaleza é importancia en la literatura; las apreciaciones de otros articulistas, todo esto pudiera copiar, y con ello fuera sobrado para desbaratar los planes tramados contra mí, y sanear esa atmósfera creada por los que con ardides tan reprobados procuran atacarme, y no consiguen otra cosa sino hacer más sólido el éxito; porque el público, con ese instinto que le hace juez sapientísimo en estas causas, se ha declarado en favor mío, y las armas de mala ley de nada sirven cuando se lleva esta ventaja.

Yo bien sé que mis libros no están en poder de las señoritas, y de ello me congratulo, porque no los escribí *para entretener doncellas*. Mis lectores son los que piensan y viven con el siglo, los hombres de ciencia, esos mismos jurisconsultos que estudian en sus páginas las cuestiones sociales analizadas, y se rien cuando no manifiestan extrañeza en cartas particulares que conservo, de la algarada que forman los literatos de escalera abajo.

¡Qué hermosas son aquellas exclamaciones del hijo, del heredero de Balzac y de Flaubert! ¡Qué hermosas, qué oportunas y qué justas!

«¿Dónde están los hombres libres, los que no encierran su pensamiento en el círculo estrecho de un dogma, y marchan resueltamente hacia la luz, sin temor á desmentirse mañana, preocupándose únicamente de lo justo y de lo verdadero? ¿Dónde están los hombres que no forman parte de la alabarda juramentada, que no aplauden á la señal de su jefe, sea éste Dios ó el príncipe, el pueblo ó la aristocracia?

»Estamos enfermos de progreso, de industria, de ciencias; vivimos en la fiebre, y nos complacemos en sondar las llagas, en profundizar cada vez más, ávidos de conocer el cadáver del corazón humano. Todo sufre, todo se queja en las

obras de nuestra época: la naturaleza está asociada á nuestros dolores, el ser se desgarrá y muestra su desnudez.

»Estudiad nuestra literatura contemporánea, veréis en ella todos los defectos de la neurosis que agita á este siglo. Es el producto directo de nuestras inquietudes, de nuestras investigaciones, de nuestros pánicos, de ese malestar general que experimentan nuestras sociedades ciegas enfrente de un porvenir desconocido. No estamos ya, todos lo sabéis, en aquella edad solemne en que la tragedia declinaba sus versos, y en que la literatura entera marchaba regimiento, sin una revolución, sin un grito de dolor. Estamos en la edad de los caminos de hierro y de las comedias palpitantes, en las que la risa es un gesto de angustia; en la edad del telégrafo eléctrico y de las obras extremas de una realidad exacta y triste. La humanidad resbala acometida del vértigo por la rápida pendiente de la ciencia.

»Lo que nos mata, lo que nos enflaquece, es que nos hacemos sabios, es que los problemas sociales y divinos van á recibir solución uno de estos días. Vamos á ver á Dios, vamos á ver la verdad, y no podéis figuraros la impaciencia que nos domina, el apresuramiento febril con que nos adelantamos á vivir y á morir. Quisiéramos dejar

á nuestra espalda los tiempos; damos de barato nuestros sudores, quebrantamos el cuerpo por la tensión del espíritu. Todo nuestro siglo está ahí, en ese malestar.

»Nuestra literatura, con sus arranques generosos, sus caídas profundas, ha nacido directamente de nuestras aspiraciones ardientes y abatimientos repentinos.

»Amo yo, porque la encuentro viva y humana, porque está llena de sollozos, y hallo en la anarquía que la conturba una imagen de nuestro siglo, que será grande entre todos, porque es el de generación de las sociedades fuertes de mañana. Le prefiero á esas otras épocas de calma y de perfección, de madurez completa, que nos han dado obras macizas y sabrosas.

»En nuestros tiempos de investigaciones y revueltas, de derribos y reconstrucciones, sé que el arte es bárbaro y no puede contentar á los delicados; pero este arte personal y completamente libre tiene, os lo aseguro, extraños goces para los que se recrean en las manifestaciones del espíritu humano, y no ven en una obra más que el accidente de un hombre puesto frente á frente del mundo.

»Amo nuestra anarquía, el derrumbamiento de nuestras escuelas, porque tengo gran regocijo contemplando las luchas del espíritu, asistiendo

como testigo á los esfuerzos individuales, estudiando á todos esos combatientes, á los pequeños y á los grandes. Pero en este ambiente se muere pronto. Los campos de batalla son malsanos, y las obras matan á sus autores.

»El autor moderno es una [imaginación [enferma é inquieta que tiene aspiraciones apasionadas hacia la fuerza y la vida libre. [Por un contraste extraño, hay en él dos hombres, un hombre seco y positivo, un matemático del pensamiento, que hace el efecto más singular al lado del poeta pródigo. Su estilo es de nuestra época, y no se entrega á la brutalidad sajona ni á la exuberancia italiana, simpatizando, no obstante, hasta el punto de creérsele imitador con los escritores, pintores y escultores que se han dejado dominar por su sangre ó por sus nervios. Ama la libre manifestación del genio humano, sus rebeldías, sus mismas demencias: busca el animal en el hombre, y aplaude cuando oye el grito de la carne. Sonríe á Rubens, á Miguel Angel, Swift y Shakespeare; los admira, porque esta admiración es instintiva en él é irreflexiva.

»El artista debe andar solo, sin consultar más que su corazón y su época. Tiene la misión de engrandecer el arte, de añadir obras á las obras antiguas. La historia del pasado es la enseñanza

de sus verdaderos propósitos. Empleará lo aprendido en la expresión de su individualidad: sabrá que ha existido un arte pagano, un arte cristiano, para deducir de esto que lo bello, como todas las cosas de este mundo, no es inmutable, sino que marcha transformándose á cada nueva etapa de la gran familia humana.

»Dejadle, por piedad, crear como se le antoje: nunca os da á la creación tal como es. ¿Qué le pedís? ¿Que obedezca á reglas y no á su naturaleza, que sea otro distinto de lo que es? Esto es absurdo. Matáis la iniciativa creadora, ponéis límites á la inteligencia, cuyos límites no se conocen. Aceptad cada obra como un mundo desconocido, como una tierra nueva que tal vez nos dé horizontes nuevos. Os concedo que el pasado tuvo su grandeza; pero el presente está aquí, y sus manifestaciones, por imperfectas que sean, son una de las fases de la vida intelectual.

»Á los que pretenden que los realistas han ido demasiado lejos, hay que decirles en principio que no se llega jamás al fin en el estudio de la verdad. Las épocas y los idiomas son los que toleran más ó menos el atrevimiento; el pensamiento tiene siempre la misma audacia. El crimen consiste, pues, en decir en voz alta lo que otros muchos piensan y callan.

»El reproche más fundado que puede hacerse al realismo consiste en que muchas de sus obras son novelas sobre un caso de medicina. Pero ningún autor niega el gran espacio que debe conceder la reflexión á las observaciones fisiológicas. Si una novela es la pintura de la vida, ¿tan mísero y condenable es el pobre cuerpo por no nos podamos ocupar de él? Representa, por el contrario, tal papel en los asuntos de este mundo, que bien puede concedérsele alguna atención, sobre todo cuando es él la perdición del espíritu, cuando es el mismo nudo del drama.»

Ahora, después de tantas copias, citas, y traducciones, el Ministerio público, la autoridad gubernativa y la acción privada pueden hacer lo que gusten.

En la inteligencia de que mis convicciones son tales, que yo, hagan ó digan lo que quieran, ni me arrepiento, ni me enmiendo.

EDUARDO LÓPEZ BAGO.



Biblioteca Regional
de Madrid Joaquín Leguina



1478508

